CAPÍTULO I

Panamá prehispánico

Richard G. Cooke[1], *Luis A. Sánchez H.*[2],
Nicole Smith-Guzmán[3] *y Alexandra Lara-Kraudy*[4]

La historia es el estudio del pasado en base a la
mayor variedad posible de fuentes de información.
—John Davies, A history of Wales, p. 1

Introducción

Luis Alberto Sánchez Herrera y yo escribimos la primera versión de este capítulo en 2002-03, 15 años atrás. Desde entonces, se han realizado muchas investigaciones, no solo en arqueología *sensu stricto*, sino, también, en disciplinas afines, como antropología física, paleoecología y genética de poblaciones y geología, las que se han vuelto imprescindibles para los estudiosos de los orígenes, la dispersión y la supervivencia de los pueblos originarios del istmo de Panamá a los que se dedican estos dos capítulos. Tanta actividad intelectual ha conducido, no solo a un buen acervo de nuevos datos substantivos, sino también a novedosas metodologías de campo y análisis. Las investigaciones recientes han abarcado, no solo las regiones culturales bien estudiadas como Gran Coclé y Gran Chiriquí, sino también zonas menos conocidas arqueológicamente, como Bocas del Toro, el Caribe central y las provincias de Panamá y Panamá Oeste (inclusive el archipiélago de las Perlas). Leeremos en el siguiente capítulo, que existe una pingüe documentación colonial sobre «los de la lengua cueva», cuyos territorios abarcaron, en el año 1502, desde las faldas orientales del volcán pleistocénico de El Valle, hasta el golfo de Urabá, por el Caribe, y el golfo de San Miguel, por el Pacífico. Es desafortunado que la arqueología de campo no haya cubierto aún un porcentaje adecuado de este amplio territorio a lo largo del cual las descripciones de los cronistas del contacto español ponen en valor comunidades

vibrantes, las que se equivalían en complejidad a aquellas mejor estudiadas del Panamá central y occidental. ¡Ojalá en una futura versión de la *Historia general*, se pueda presentar un resumen de la prehistoria ístmica que sea más equitativo en lo cultural y geográfico que los dos anteriores![5].

Dedicatoria

Dedicamos estos dos capítulos a las memorias de cuatro insignes investigadores, cuyos aportes enriquecieron con mucho nuestros conocimientos de los pueblos originarios del pasado y presente, y cuyas ausencias han dejado profundos vacíos intelectuales y de amistad: Philip Young, Olga Linares, Adolfo Constenla Umaña y Tomás Arias de Para.

Preludio: el pasado y la actualidad de los pueblos originarios

Es probable que más de quince milenios hayan transcurrido desde que arribaron al istmo de Panamá, los antepasados remotos de los siete grupos originarios que aun residen en esta angosta franja de tierra, es decir, los bribri, los naso djërdi (otrora teribe), los ngäbe, los buglé, los guna, los emberá y los wounaan. La mayor parte de los estudiantes de la nación ya saben de memoria los nombres de estas etnias. Las lenguas que hablan pertenecen a dos agrupaciones lingüísticas denominadas «chibchenses» (las cinco primeras) y «chocoanas» (los dos últimas). Según los estudiosos de la historia de los idiomas del Nuevo Mundo, ambas agrupaciones lingüísticas están emparentadas más cercanamente entre sí, que con otras[6], lo cual constata que los vernáculos actuales se desarrollaron durante muchos milenios en las mismas regiones geográficas.

Las siete etnias istmeñas son las únicas sobrevivientes actuales a la violenta invasión española acaecida –estrictamente en el contexto de la historiografía panameña– a partir del año 1502 de la Era Común (EC)[7], cuando el almirante Cristóbal Colón estableció un asentamiento efímero en la desembocadura del río Belén[8] en la ventosa costa del Caribe de la provincia de Veraguas[9], dando inicio a una presencia ibérica que muy pronto se volvería permanente, destructiva y drásticamente transformadora.

La subsiguiente invasión militar a las tierras istmeñas, encabezadas por las huestes de Pedro Arias de Ávila, o «Pedrarias», fue obra de tropas que se beneficiaban de armas muy superiores y de estrategias de combate, las que les dieron una ventaja clara y desigual sobre los pueblos originarios, cuya filosofía del conflicto era el polo opuesto a la de los europeos y cuyas armas ofensivas confeccionadas de madera, piedra, hueso y los dientes de animales, eran menos mortíferas que las espadas, las armas de fuego y los perros de guerra de los ibéricos. La grave desigualdad militar entre los originarios y los forasteros se ha aceptado como una de las causas de la rápida reducción de la población

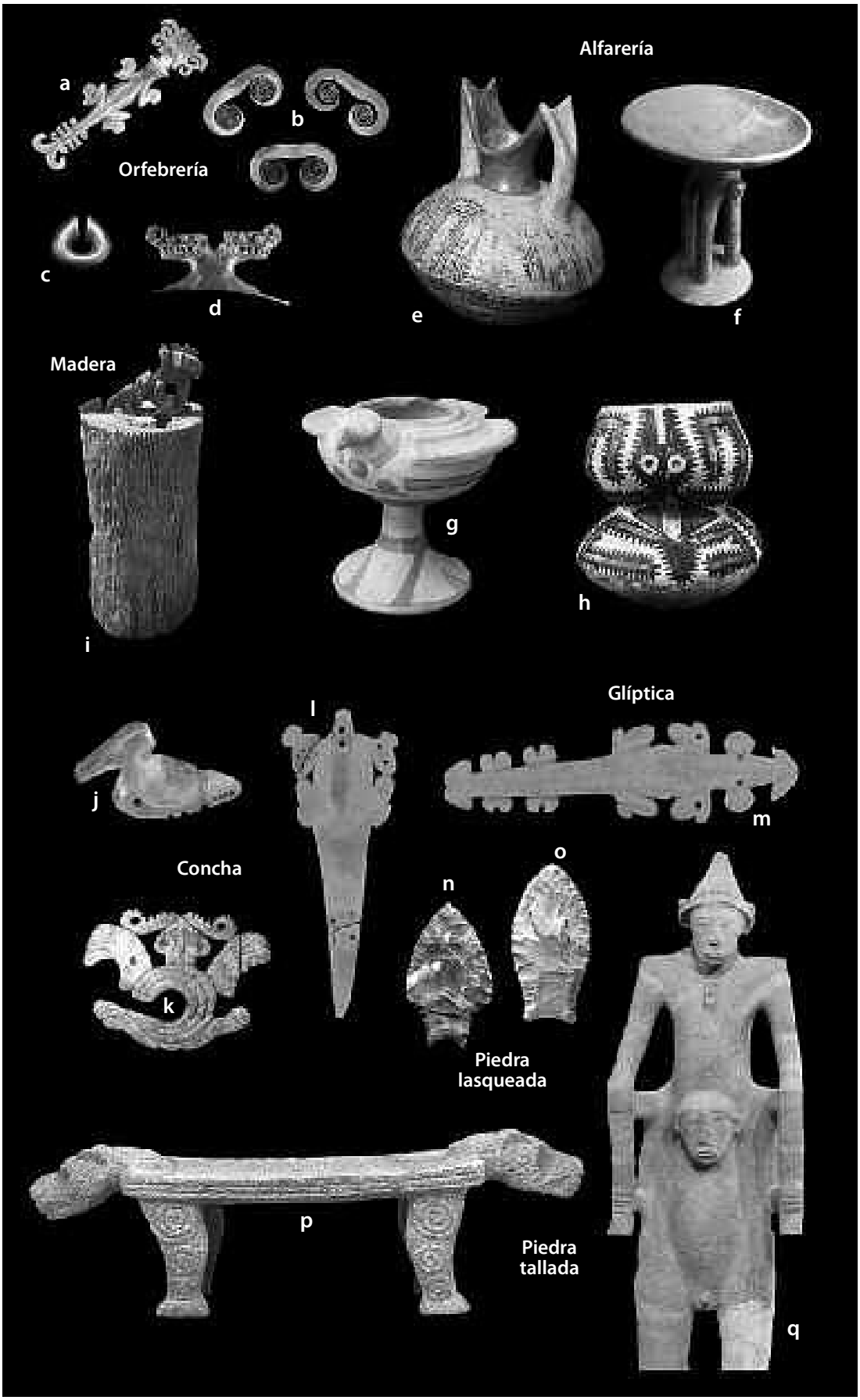
preeuropea del Istmo. Pero de ninguna manera fue la única. La introducción de enfermedades epidémicas evolucionadas en la Eurasia exacerbó grandemente la mortandad de los istmeños, puesto que no tenían defensa natural alguna[10].

Una perogrullada en el pensar popular sostiene que algunas de las siete etnias supervivientes no son «panameñas», sino «suramericanas», o, con mayor precisión geográfica, «colombianas»[11]. Sin embargo, ¡la existencia de las repúblicas de Panamá y Colombia se remonta a tan solo 116 años atrás (1903-2019)! Para los que estudiamos la milenaria trayectoria histórica de los pueblos originarios, la geopolítica reciente resulta confusa. El afirmar que los emberá –una de las siete etnias actuales– «vinieron de Colombia», es correcto únicamente en el contexto de la situación geopolítica que regía a partir del año 1903 EC. Por el contrario, si nos atenemos a una definición *geológica*, las cuencas de dos grandes ríos que corren exclusivamente en el actual territorio colombiano –el río Atrato hacia el mar Caribe y el río San Juan hacia el océano Pacífico oriental– pertenecen al puente terrestre centroamericano[12]. Ambas cuencas estaban ligadas en lo cultural y social al istmo de Panamá durante las eras precolombinas y colonial, y aún lo están[13].

Historia polisémica

A diferencia de otras culturas prehispánicas del Nuevo Mundo que son mundialmente famosas, como los aztecas, zapotecas y mayas de Mesoamérica, los habitantes precolombinos de Panamá desconocían los sistemas de escritura, de aquí que nos harán falta en este capítulo, muchas de las clases de información que se encuentran en los textos, tanto de la historia *documental* de la tradición europea occidental, como de las sociedades variablemente alfabetizadas de la Mesoamérica precolombina. Extrañaremos aquí los nombres de las personas, los personajes de las religiones, los nombres de las plantas y de los animales, las fechas calendáricas, los relatos de los eventos importantes, como las batallas, los tratados y los convenios y, por último, los conocimientos astronómicos. Encontraremos esta clase de información en el capítulo II, aunque tan solo aquella que fue registrada por las plumas de algunos letrados educados en la Europa occidental católica.

Los textos de las sociedades originarias de Panamá son de otra índole y consisten en las imágenes pintadas, modeladas, esculpidas o grabadas, las que encontramos en la alfarería, la orfebrería, la glíptica[14] y las tallas en hueso, marfil, piedras volcánicas y hasta en madera y resina (allí donde estos materiales se resisten al húmedo clima tropical) (figura 1). Todos estos objetos acusan una gran complejidad conceptual y etológica[15] plasmada en simbolismos complejos y polisémicos[16], los que eran entendibles únicamente por los usuarios de la cultura material que sobrevivió en cada tradición cultural y geográfica. En la figura 2, ofrecemos una interpretación filoeuropea de un grupo de símbolos que están pintados en un plato policromado que pertenece a la vajilla que lleva la etiqueta tipológica de «Conte Temprano»[17] (750 y 900 años EC) (figura 2)[18].


Alfarería
a
b
Orfebrería
c
d
e
f
Madera
g
h
i
Glíptica
l
j
m
Concha
o
n
k
Piedra
lasqueada
p
Piedra
tallada
q

◀ **Figura 1.** Los pueblos originarios de la Era Precolombina eran artesanos insignes. He aquí un resumen gráfico de su destreza.
a: Lagarto, oro, fundido en molde, Playa Venado, Museo Dumbarton Oaks, Washington, D.C., EE. UU.; **b**: láminas de oro martilladas con espirales divergentes, tumbaga, cerro Juan Díaz*; **c**: nariguera, oro, Miraflores (CHO-3), río Bayano*; **d**: lagarto bicéfalo, oro, El Caño*; **e**: vasija con asas verticales, decorada con pintura «negativa», Chiriquí, procedencia desconocida (Colección del Museo Bowers, Los Ángeles, EE. UU.); **f**: plato con pedestal modelado como mono, Miraflores (CHO-3), río Bayano (el diseño pintado en negro en el plato está ilustrado en el capítulo 2, figura 2c); **g**: vasija-efigie de un gallinazo «cacicón» (*Sarcoramphus papo*), El Hatillo (He-4)*; **h**: vasija doble que representa una araña, El Indio, Los Santos, estilo Tonosí; **i**: tambor de madera, hallado cerca de El Roble, Coclé, fecha de ^{14}C: 1170 ± 40 a. P. [770-970 cal d. C.]; **j**: pelícano, madreperla (*Pinctada mazatlanica*), cerro Juan Díaz; **k**: nariguera en forma de tortuga marina, playa Venado, Museo Dumbarton Oaks, Washington, D.C., EE. UU.; **l**: rana de cola larga, concha, probablemente *Lobatus galeatus*, cerro Juan Díaz, operación 3, rasgo funerario 94; **m**: cocodrilo modelado en concha, probablemente *Lobatus galeatus*, cerro Juan Díaz; **n**: punta de proyectil de piedra lasqueada, bifacial, variedad «Cola de Pez», lago Alhajuela, Colón*; **o**: punta de proyectil de piedra lasqueada, bifacial, variedad «Clovis acinturado», lago Alhajuela, Colón*; **p**: metate con cuatro patas modelado en forma de un jaguar, Veraguas (Pacífico)*; **q**: hombre que viste una gorra cónica y que sentado sobre los hombros de otro, lava volcánica, Barriles, Chiriquí*. (*)=Colección del Museo Antropológico «Reina Torres de Araúz». Las ilustraciones no están a escala. Arreglo: Raiza Segundo.

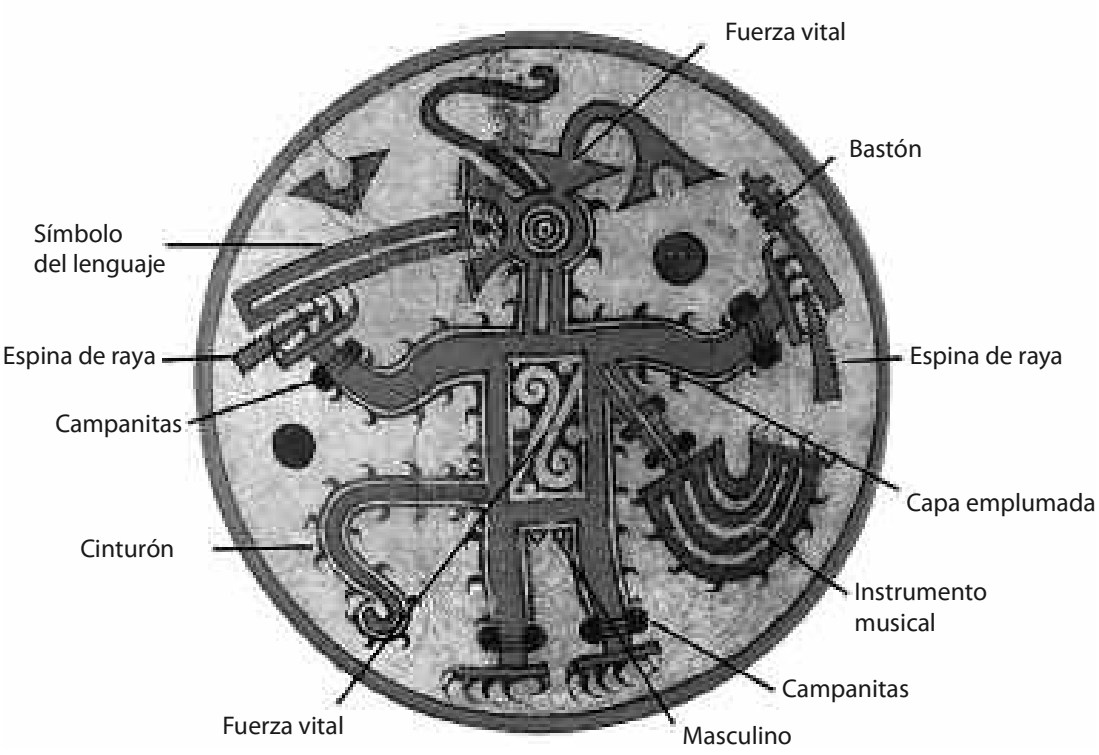


Figura 2. Figura bípeda vestida como chamán.
Interior de un plato policromado del estilo Conte Temprano del área cultural de Gran Coclé (750-900 d. C.). Los símbolos fueron interpretados subjetivamente por los autores. Basada en la figura 58 en *Guardians of the lifestream*, por Armand Labbé.

Arquitectura doméstica y pública

En los centenares de comunidades prehispánicas que existían a lo largo del istmo de Panamá antes del año 1502 EC, las casas no eran construidas, ni de piedra revestida con cal, como las de las residencias más elegantes en Mesoamérica, ni de bahareque o quincha[19], como en el caso de las humildes viviendas mayas y andinas. Los materiales usados en la arquitectura doméstica de Panamá eran usualmente aquellos que no perduran en los yacimientos arqueológicos del trópico húmedo, como la madera, la cañaza, la paja y las pencas. Es cierto que se encuentran unos cuantos lugares en la geografía nacional que eran de gran importancia religiosa y ceremonial para los distintos sectores entre los que la población originaria se dividió. Sin embargo, estos recintos distaron, con creces, de ser tan monumentales como las imponentes estructuras de México, la zona maya y los Andes, las que tanto impresionaron a los conquistadores y que son imanes hoy en día para millones de turistas.

En el Panamá precolombino, los monumentos públicos no sobrepasaron los pequeños montículos, las bajas plataformas de tierra, los muros de poca estatura, las calzadas de cantos rodados, los petroglifos, los grupos de columnas naturales de basalto y las agrupaciones de esculturas talladas en piedras volcánicas. Ejemplos de dichos monumentos públicos se pueden visitar en los pocos lugares donde se hayan puesto en valor, como Barriles (Chiriquí) y El Caño (Coclé): dos sitios que se han adoptado como símbolos nacionales (figura 14).

Reiteramos, sin embargo, que semejante sencillez arquitectónica no debería de desviarnos de la realidad de que los pueblos originarios de Panamá no estaban exentos de la estética, la invención, la habilidad técnica, los conocimientos ecológicos y la religiosidad (figuras 1 y 2). El continuado aprecio público por estos logros se plasma en los murales citadinos y en las artesanías modernas. Muchos artistas y arquitectos del Panamá actual han adoptado como símbolos de la nacionalidad panameña los eslabones, las volutas y las imágenes *zoomorfas*[20] de la exuberante cerámica policroma de la región cultural, la que llamaremos más adelante «Gran Coclé» (Veraguas, Los Santos, Herrera y Coclé)[21].

Puente y barreras

El Museo de la Biodiversidad, situado en la entrada pacífica del canal de Panamá, es un ícono moderno que ameniza e instruye a los visitantes con exposiciones creativas sobre el nacimiento geológico del Istmo, así como su papel de puente terrestre que, hace unos 3 millones de años, facilitó el intercambio de especies de animales terrestres que habían evolucionado en aislamiento en dos vastos continentes[22]. De igual trascendencia fue la separación definitiva de las aguas de los océanos Atlántico y Pacífico, cuyas consecuencias incluyeron a la separación de las poblaciones de peces y de otros organismos marinos, así como a la creación de nuevas ecologías en los mares[23].

La función del istmo de Panamá, como puente terrestre entre dos continentes, fue un factor geográfico determinante en el desenvolvimiento de las poblaciones originarias que residieron allí antes del contacto español. Aun así, es un grave error hacer caso omiso de la influencia que ejerció en el desarrollo humano, la extrema heterogeneidad ambiental de un angosto y montañoso territorio bañado por dos océanos ecológicamente disímiles entre sí, así como por un sinfín de ríos y valles escarpados. Estos últimos facilitaban las comunicaciones en dirección perpendicular a las cordilleras y las obstaculizaban en el sentido longitudinal. Al almirante Cristóbal Colón, le asombró la gran diversidad de idiomas que él escuchó en el litoral del Caribe entre Honduras y Panamá, la que se había desprendido de dicho rompecabezas geográfico, al igual que en otras regiones políglotas de terreno accidentado, como la Nueva Guinea, el Cáucaso, los Alpes y los Pirineos[24].

Es un hecho indiscutible, que la invasión y colonización españolas conllevaron al desplome demográfico de la población autóctona, acompañado del descenso abrupto de su diversidad genética[25], así como de la reorientación tajante de sus relaciones socioeconómicas y de sus *modus pensandi* cognoscitivo. Además, tres escenarios sociales compartidos entre sí desempeñaron papeles importantes en las relaciones entre los originarios y los colonizadores: 1) las uniones sexuales (en su gran mayoría asimétricas); 2) la esclavitud masculina bajo difíciles condiciones físicas; 3) la servidumbre principalmente femenina; y 4) el agresivo proselitismo de la Iglesia. A la vez, no cabe en duda de que, en cuanto se inició la conquista, tuvieron lugar desplazamientos, tanto voluntarios, como obligados de los remanentes de los pueblos originarios precolombinos a lo largo de la baja América Central y de la zona atrateña. Por esta razón, no todas las etnias supervivientes de esta región habitan hoy en día precisamente allí donde habrían residido sus antecesores más verosímiles. Especialmente bien documentadas están las infiltraciones de los gunas y grupos chocoanos a lo largo de extensas áreas del Darién colonial.

En estos dos capítulos, sin embargo, haremos énfasis en el hecho de que dichos movimientos de la población istmeña abarcaron distancias relativamente cortas, en tanto que los datos proveídos por varias disciplinas académicas indican que las etnias originarias que hoy en día están presentes en el territorio nacional, comparten entre sí tantos rasgos biológicos y culturales, que la hipótesis de que descienden en una forma u otra de antecedentes prehispánicos de longeva permanencia en la *región istmeña*[26], luce mucho más sustentable, que otras que han propuesto vínculos con los «caribes» u otros grupos humanos reales o ficticios llegados al Istmo procedentes de Mesoamérica, del Caribe, o de regiones trasandinas[27].

El caso de la etnia trihíbrida conocida como los «coclés» o, con cierto desprecio, los «cholos de Coclé», ejemplifica la relativa estabilidad geográfica de muchas etnias del poscontacto. Los «coclés» siguieron hostigando a los españoles hasta mediados del siglo XVII. Los sectores de los naso djërdi (o «teribes») que se resistieron a los traslados forzados por la Iglesia, así como los ya extintos

chánguenas y doraces y los «guaimíes» (hoy, ngäbes) utilizaron como puntos focales de su resistencia, partes de aquellos territorios donde habrían vivido sus antepasados desde el momento en que sus idiosincrasias culturales se definieron[28]. La oposición a la Corona española de parte de algunas parentelas de estas etnias, fue avivada por los ingleses y los misquitos y continuó hasta las postrimerías de la época colonial.

Uno de los factores sociales que más influencia ejerce sobre la complejidad social y sobre el desarrollo cultural de una población humana cualquiera, es el tamaño y la densidad de su población y la relación que guardan estos factores con los modos de consecución o producción de alimentos, así como con las tecnologías desarrolladas para tales fines. Por tanto, es lógico que el reducido número de indígenas «de guerra» presentes en Panamá en el año 1550 EC, los que ya eran partícipes en relaciones comerciales con los españoles y sus esclavos[29], hubieran poseído artefactos, cultivos y patrones de conducta muy distintos a los de los sujetos de los centenares de cacicazgos agrícolas que los españoles desmantelaron cincuenta años antes (véase el capítulo II de este volumen). Pero está claro que la aculturación, por profunda que haya sido, no condujo forzosamente a la pérdida de la identidad étnica.

A lo largo de la época precolombina, los pueblos istmeños recibieron cultivos y tecnologías procedentes de zonas cercanas y lejanas de la América tropical, los cuales ocasionaron cambios importantes en la trayectoria socioeconómica de aquellos. Si bien se habían establecido pequeñas comunidades de mercaderes de origen mesoamericano en la costa del Caribe en vísperas del contacto español, esta narrativa y la siguiente (capítulo II) destacarán lo determinantes que fueron para la evolución socioeconómica, los procesos endógenos en la evolución de los grupos precolombinos del Istmo. En primer lugar, el Pacífico central de Panamá fue ocupado continuamente desde postrimerías de la última Edad de Hielo por grupos poseedores de tradiciones culturales que evidencian una gran profundidad temporal, así como un marcado conservadurismo conceptual y tecnológico; en segundo lugar, el principal enfoque de las actividades sociales y comerciales realizadas a lo largo y ancho del istmo de Panamá, fue el trato y trueque con los grupos vecinos. La heterogeneidad ambiental que destacamos atrás propició un alto grado de autosuficiencia local en lo que respecta a los alimentos y a los artículos básicos. Los estudios genéticos basados en distintos métodos (por ejemplo, las isozimas, el ADN mitocondrial y nuclear y el cromosma Y), les dan un firme apoyo a los planteamientos de los arqueólogos[30].

En resumen, en contraposición a la primacía del papel del «puente» en la conceptualización otrora popular del desarrollo de las sociedades originarias en la América Central, los arqueólogos actuales suelen tildar las culturas prehispánicas de todas las zonas de la baja América Central donde se hablaban idiomas de la estirpe chibcha nuclear *sensu* Constenla[31] de «conservadoras», «estables», «poseedoras de fuertes tradiciones locales» y «resistentes a los cambios»[32].

Naturaleza de la evidencia

La mayor parte de la información que resumiremos en este capítulo fue proporcionada por arqueólogos. Aunque ellos procuran reconstruir lo más que puedan de los patrones culturales de las comunidades responsables por dichas actividades, estos investigadores rescatan un número muy reducido de las categorías de datos en este país tropical húmedo, cuyos suelos son, por lo general, ácidos y destructivos de las materias orgánicas. Frecuentemente, los únicos restos culturales que permanecen en un sitio arqueológico panameño son aquellos casi imperecederos que son hechos de piedra o de barro cocido, es decir, los «cubiertos», «herramientas», «pailas» y «vajillas» corrientes en tiempos precolombinos. La madera, el hueso, los textiles y la cestería, se descomponen rápidamente, hallándose tan solo bajo condiciones especiales (figura 1i).

La magnitud de esta deficiencia informativa se hace evidente cada vez que visitamos una comunidad indígena actual, donde encontramos un variado inventario de artículos hechos de dichos materiales perecederos. Otra desventaja para el arqueólogo investigador en el trópico húmedo, es la dificultad de encontrar intactos, los restos óseos humanos, los que constituyen una imprescindible fuente de información sobre la dieta, la salud y el físico, así como sobre importantes parámetros demográficos y sociales, como la mortandad y la diferenciación social. Dichosamente, el estudio de los restos humanos que sí lograron sobrevivir en buen estado en hábitat y yacimientos selectos de Panamá, ha avanzado a pasos agigantados desde la primera edición de este capítulo en 2004.

Interdisciplinariedad: una necesidad

El arqueólogo trata de compensar la exigüidad del acervo de datos en las zonas tropicales húmedas al recurrir a nuevas metodologías de campo y de técnicas de análisis. A manera de ejemplo, los métodos empleados para identificar las partículas microscópicas de las plantas que fueron cultivadas hacía muchos milenios por los pueblos originarios –muchos de aquellos desarrollados en Panamá por Dolores Piperno y sus allegados a partir de 1975– han cambiado con mucho nuestra conceptualización de la antigüedad y de la trayectoria de la agricultura en todo el neotrópico[33]. Otros aportes que han estimulado nuevas maneras de vislumbrar el pasado precolombino, corresponden, en primer lugar, a los especialistas en la genética de poblaciones, la lingüística histórica, la paleoecología[34] y la antropología física (junto con la paleopatología); y, en segundo lugar, a otras disciplinas «históricas» que se dedican a reconstruir cómo cambiaron a través del tiempo, tanto las sociedades humanas en sí, como los entornos físicos y naturales en los que estas se desenvolvieron. *La interdisciplinariedad se ha vuelto imprescindible para los arqueólogos*. Cabe advertir, no obstante, lo importante que es evaluar y cotejar con mucha prudencia, las bases de datos de cada uno de estos

rubros de investigación, puesto que ellos no conducen forzosamente a iguales conclusiones sobre un tema en particular. Le toca al arqueólogo rastrear evidencias de la harmonía y de la discordancia entre los aportes de estos rubros, cuyas historias académicas, objetivos intelectuales y metodologías, difieren con mucho entre sí.

Medición del tiempo[35]

En el capítulo I, seguimos usando el sistema preferido por muchos editores de las revistas internacionales indexadas, las que publican escritos interdisciplinarios sobre la arqueología, en español, «años atrás» o «antes del Presente» (a. P. en español; AP, «before Present» en inglés). En el caso de las dataciones radiocarbónicas específicas, entregadas por los laboratorios, presentamos las citas así: 7430±40 a. P. (8345-8180 cal yr AP); entre paréntesis, se colocan las calibraciones estimadas por el programa OxCal13 y expresadas en «cal yr AP» (*calibrated years before present*, en inglés)[36].

La siguiente narrativa del desarrollo precolombino de los pueblos originarios del istmo de Panamá abarca desde la llegada de sus ancestros remotos durante el Máximo Tardiglacial[37], hasta el inicio de la conquista y colonización española en el año 1502 EC. La ubicación de algunos sitios arqueológicos referidos en el texto, se presenta, en el mapa, en la figura 3.

Inmigración (Período I)

El padre jesuita Joaquín Acosta promulgó, en el año 1589 EC, la idea del poblamiento inicial del continente americano a través de «Beringia» (el sumergido puente terrestre entre Alaska y Siberia). Los primeros inmigrantes, después de alcanzar Alaska y el noroccidente de Canadá, continuaron hacia el sur. Esta población comprendió los antepasados directos de los pueblos originarios de Centro y Suramérica, es decir, representan la misma estirpe histórica que los ibéricos encontraron a partir del año 1492 EC[38]. Dicha hipótesis compagina mejor con la racionalidad científica que otras planteadas en el siglo XX, por ejemplo, que los africanos y australianos habían sido los primeros humanos en llegar a América[39]. Hoy en día, existe un consenso general de que la ruta de acceso de los ancestros de las sociedades originarias, fue, en verdad, Beringia. Para los 16000 cal yr AP, se deshieló una franja angosta por la costa Pacífica del norte, debido al calentamiento del clima ártico durante el Máximo Tardiglacial. Muchos genetistas están de acuerdo de que estos inmigrantes ancestrales entraron en una misma ola migratoria, perteneciente a la vez a una población que compartía un mismo acervo genético[40].

Las estirpes de esta población continuaron trasladándose por la costa pacífica hacia el sur hasta alcanzar la costa central de Chile (41˚30'S) donde se estableció por los 14000 años atrás, un asentamiento en Monte Verde, cuyas viviendas estaban cubiertas de hojas de corteza de árboles o de pieles de animales.

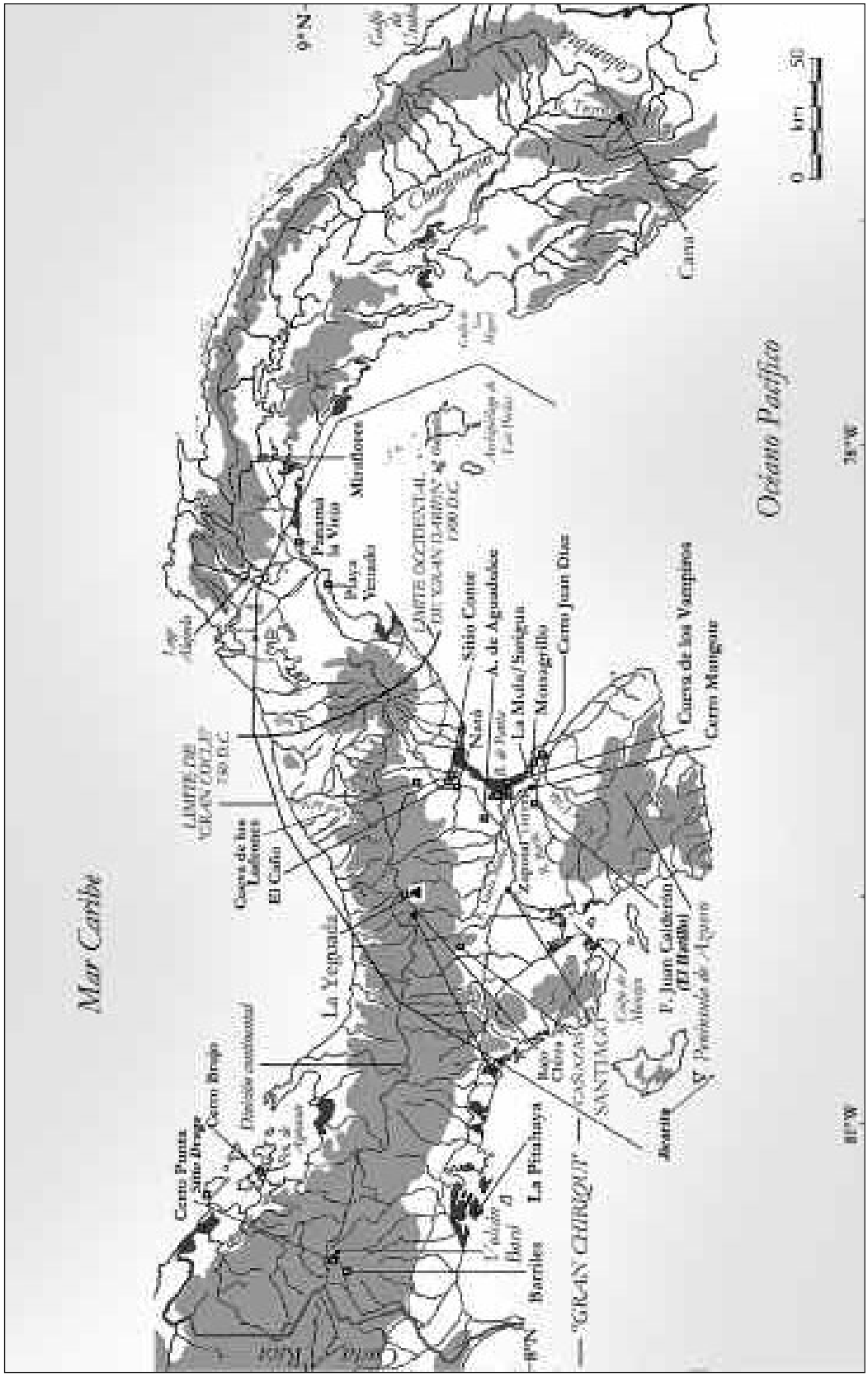


Figura 3. Algunos sitios arqueológicos de Panamá.

Periodización de la arqueología prehispánica de Panamá

Período	Edad (a. P.)	Edad aproximada (cal a. C./d. C.)	Economía de subsistencia	Patrón de asentamiento	Innovaciones tecnológicas
I-A	?-11500	?-11500 cal a. C.	Cacería, recolección, ¿pesca?	Campamentos	Lasqueo bifacial en calcedonia, puntas «Jobo».
I-B	11500-10000	11500-9500 cal a. C.	Cacería, recolección, ¿pesca?, énfasis en mamíferos extintos	Campamentos	Puntas acanaladas, tecnología «Clovis» y «Cola de Pez», raspadores cuidadosamente lasqueados.
II-A	10000-7000	9500-6000 cal a. C.	Cacería, recolección, ¿pesca?, cultivo de plantas domesticadas	Campamentos, caseríos	Puntas sin acanaladuras, pequeñas piedras de moler.
II-B	7000-4500	6000-3300 cal a. C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa	Campamentos, caseríos	Lasqueo unifacial, pequeñas piedras de moler.
III	4500-2500	2300-400 cal a. C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa	Campamentos, caseríos	Cerámica sencilla («Gran Coclé»), plásticamente decorada y con pintura roja.
IV-A	2500-1800	400 cal a. C.-250 cal d. C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa, agricultura en vegas	Campamentos, caseríos, aldeas	Cerámica bien hecha (general), policromía («Gran Coclé»), mesas de moler, hachas y zuelas.
IV-B	1800-1250	250-800 cal d. C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa, agricultura en vegas	Campamentos, caseríos, aldeas	Orfebrería, trabajos en concha, hueso, dientes y glíptica, metales.
V	1250-450	800 cal d. C.-1500 d. C.	Cacería, recolección, pesca, agricultura rotativa, agricultura en vegas	Campamentos, caseríos, aldeas, centros ceremoniales	Talla de piedras volcánicas, metates en forma de animales.

Sus habitantes subsistían de alimentos variados del litoral marino, de agua dulce y de los bordes de los bosques. De vez en cuando, comían carne de mastodontes (cf. *Cuvieronius*) y de camellos extintos (*Paleolama*)[41]. Sus puntas de lanza bifaciales y sin acanaladuras en las bases, eran fuertes y, a lo mejor, eficaces para ultimar animales corpulentos de piel guesa[42].

Un asentamiento en la costa de Perú que es algo más reciente que Monte Verde (13720-13260 cal yr AP), se localizó en una terraza sumergida del último período interglacial y a varios metros por debajo de Huaca Prieta, la que fungió como un asentamiento importante en la era precerámica. Sus habitantes cazaban leones marinos (*Otarius* spp.), pescaban en aguas marinas someras y recolectaban moluscos. Sus utensilios de piedra consistieron en guijarros percutidos para lograr aristas y lascas filosas y comprueban el aprovechamiento de los recursos líticos cercanos[43].

Estos dos sitios suramericanos son más antiguos que la tradición de utensilios de piedra, hueso y marfil conocida en Norteamérica, desde los años 20, como «Clovis», la que es bastante ubicua a través de un territorio amplio (desde el Canadá oriental hasta Venezuela). El utensilio lítico más icónico de esta tradición es una punta de proyectil bifacial y acanalada denominada «Clovis». Los arqueólogos atribuyen la tecnología Clovis al período 13030±40-12655±35 cal yr AP[44].

A la fecha, los yacimientos arqueológicos más antiguos que se hayan encontrado con certeza en el istmo de Panamá comprenden varios que han revelado utensilios de piedra de la tradición Clovis. Los describiremos más adelante. Si las poblaciones que les dieron origen a los asentamientos claramente más antiguos que la tradición Clovis, bordearon el litoral marino del Pacífico, sería lógico que hubiesen transitado previamente por el litoral del Pacífico panameño.

Pero, antes de continuar con la evidencia arqueológica sobre los primeros pobladores anteriores a Clovis, es conveniente hacer una pausa con el fin de introducir datos proporcionados por la genética de poblaciones, los que nos ayudan a reconstruir un *escenario hipotético* para el período cronológico comprendido entre los 17/15000 y 13500 cal yr AP.

Cierto es que la información genética existente sobre las poblaciones globales de las naciones modernas, como Panamá, afina nuestro entendimiento de los procesos geográficos e históricos que moldearon la primera inmigración humana a nuestra área, en contraposición a aquellas pesquisas que se restringen a la herencia de los pueblos originarios, los que sufrieron una contundente pérdida de diversidad debido a los múltiples impactos de la conquista española[45] Un grupo de genetistas de la Universidad de Pavia, en Italia, se ha abocado a analizar la herencia genética de todos los panameños, empleando diversas técnicas. Esta investigación, llevada a cabo conjuntamente con el Laboratorio Conmemorativo Gorgas, aún continúa. La herencia femenina de la población actual de Panamá, inferida con base en al ADN mitocondrial, constata que hubo continuidad genética entre los primeros seres humanos que arribaron a la costa pacífica de

Costa Rica y Panamá y los pueblos originarios que aún residen en el área istmeña. La prueba consiste en el hecho de que, entre una muestra de 1,565 linajes maternos, el 84% confirma la ancestría femenina originaria. Más de la mitad (51%) pertenecen al haplogrupo femenino A_2[46]; el cual, dicho sea de paso, es el de mayor representación en toda la América Central. Los genetistas estiman que su antigüedad abarca entre los 15000 y 10000 años[47]. De especial interés para la prehistoria de Panamá, es el hecho de que el haplogrupo A_2 alcance una frecuencia del 77.1% entre los gunas, los que habitan actualmente en la comarca Guna Yala. Un subgrupo del haplogrupo femenino A_2 –denominado A_{2af}– alcanza el ápice de su distribución (el 24.2%) en una muestra tomada de todas las naciones que bordean el océano Pacífico, en tanto que la proporcionalidad de este subgrupo alcanza el 12.2% en Costa Rica (Perego *et al*., 2012)[48]. Estos datos genéticos sugieren que la población originaria en nuestra región ha permanecido allí perpetuamente por muchos milenios.

Además, los resultados de Perego *et al*. (2012) dan la impresión de que la población originaria en el Pacífico panameño era mayor para los milenios entre los 17000 y 13500 cal yr AP de lo que los escasos datos arqueológicos infieren. De ser así, lo más probable es que cualquier asentamiento perteneciente a estas fechas habría estado sumergido por debajo de las aguas de la bahía de Panamá y de los golfos de Chiriquí, Montijo y San Miguel, en la plataforma continental. Se estima que entre los 16000 y 14500 años a. P. (sin calibrar), el nivel del mar estaba cerca del contorno submarino de los 100 metros por debajo del nivel actual[49]. Para esta época, lo que hoy en día es la bahía de Panamá, hubiera sido una planicie bastante xérica, interrumpida por agrupaciones de colinas, las que posteriormente formaron el archipiélago de las Perlas después del ascenso final del océano Pacífico.

Mencionamos atrás, que las puntas bifaciales halladas en el sitio chileno Monte Verde tenían una forma alargada y que eran talladas en ambas caras. Esta clase de puntas es bastante frecuente en la costa norte de Venezuela y se ha reportado, también, en los Andes en la serranía de Barbacoas (1,200 m), en asociación a restos de perezosos gigantes (*Megatherium sp*.)[50]. Se les conoce por el nombre tipológico de «puntas El Jobo». Dos secciones mediales de estas puntas tipo El Jobo se hallaron en el sitio Taima en estrecha asociación estratigráfica con un juvenil (de 5 a 6 años) de mastodonte (*Haplomastodon*)[51].

Dos fragmentos de puntas similares a las El Jobo se conocen en Panamá, uno recogido en el ahora inundado curso medio del río Chagres (lago Alajuela) (figura 4j)[52] y el otro en La Yeguada (Veraguas, Pacífico)[53]. Un proyecto interesante para el futuro consiste en prospectar en busca de más evidencias de estas distintivas puntas El Jobo en Panamá y Costa Rica. El fragmento ilustrado en la figura 4j, se halló en la parte más baja de la cordillera Central de la América Central, por lo que Cooke (2016)[54] planteó la hipótesis de que los primeros inmigrantes que siguieron la ruta de la costa pacífica, al toparse con un acceso

relativamente fácil al Caribe, tomaron esta ruta y luego continuaron por la costa atlántica hasta Venezuela, donde encontraron un surtido pingüe de megafauna en ciénagas nutridas por manantiales.

Los conjuntos de artefactos de la tradición Clovis eran en sumo grado eficaces para la cacería de mamíferos y reptiles grandes que coexistieron con ella. Tanto Pearson (2004, 2017)[55], como Ranere (2006)[56], consideran que la cacería y

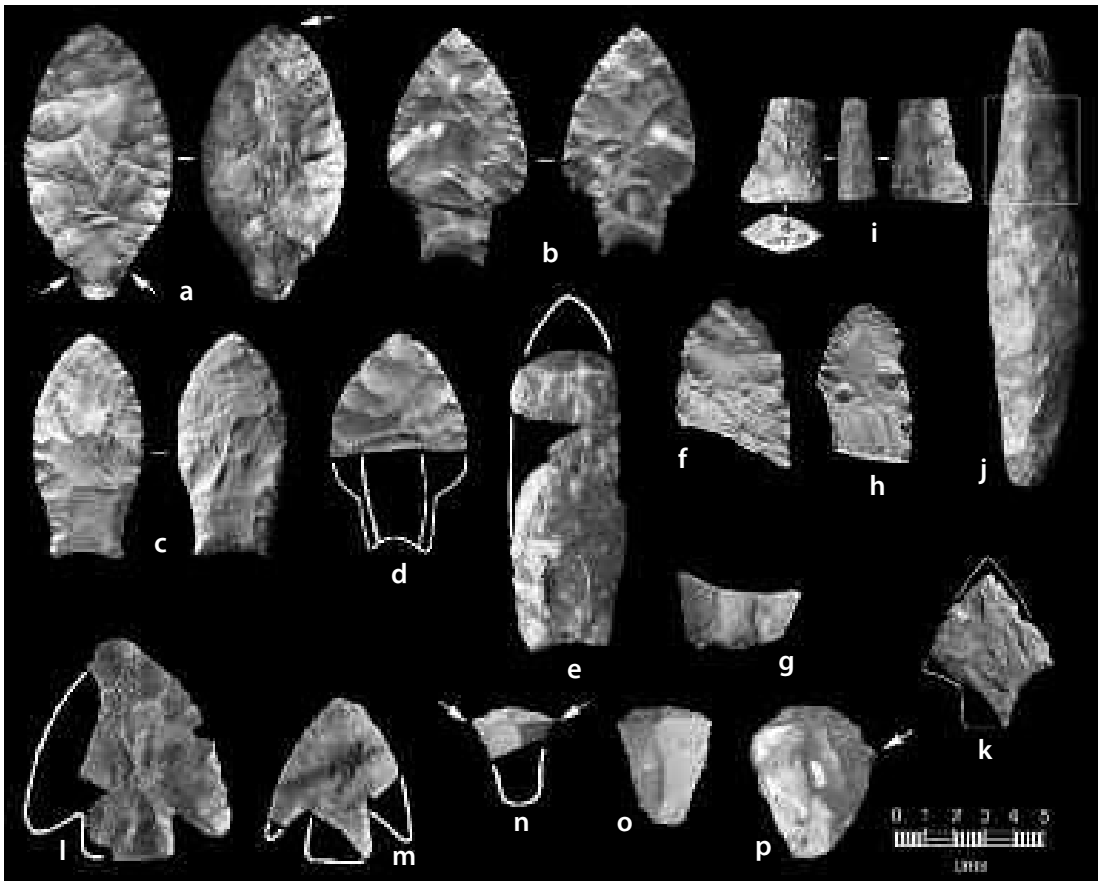


Figura 4. Utensilios de piedra de los períodos I y II A.
a: Punta bifacial de la variedad «Cola de Pez», supuestamente hallada en Cañazas, Veraguas, colección privada; **b**: punta bifacial «Cola de Pez», San Juan, lago Alhajuela*; **c**: punta bifacial de la variedad «Clovis acinturado», isla Macapalé, lago Alhajuela*; **d**: punta bifacial «Cola de Pez», rota arriba de las lascas de adelgazamiento, Cueva de los Vampiros, Coclé; **e**: punta bifacial de la variedad «Clovis clásica», La Mula-Sarigua; **f**: extremo distal de una punta bifacial de la variedad «Clovis», La Mula-Sarigua; **g**: base acanalada de una punta bifacial de la variedad «Clovis», La Mula-Sarigua; **h**: extremo distal de una punta bifacial de la variedad «Clovis», La Mula-Sarigua; **i**: sección medial de una punta bifacial parecida a los ejemplares «Jobo» de la costa de Venezuela (**j**); **k**: punta acanalada y apedunculada parecida a la variedad «Elvira», hallada en La Yeguada; **l-m**: puntas bifaciales sin acanaladura y con orejas laterales, La Mula-Sarigua Centro; **n**: raspador terminal con dos espuelas (roto por la mitad), La Mula-Sarigua; **o**: raspador terminal, SA-27 (Santiago, Veraguas); **p**: raspador terminal con espuela lateral, Cueva de los Vampiros. Fotos de R. G. Cooke, excepto b y c (J. B. Bird), k y p (G. A. Pearson).

el faenamiento de especies extintas, pesadas e hirsutas, como los mastodontes y perezosos gigantes, hicieron las veces de acicates a los traslados rápidos de la población Clovis hacia el sur, a través del istmo centroamericano y continuando hasta el norte de Venezuela[57]. Aún no se sabe con certeza si las poblaciones que cazaron, o aprovecharon ya muertos, los caballos (*Equus neogeus*) y los perezosos gigantes (*Megatherium americanum*) en Arroyo Seco-2 (38°31'38''S), en las pampas al sur de Buenos Aires, para los 14060 años atrás[58], eran los descendientes directos de las primeras poblaciones chilenas, o si pertenecían a las mismas estirpes humanas que habían llegado primero a los Andes septentrionales y a la costa de Venezuela; tal vez, como dijimos atrás, aprovechando una ruta a través del istmo panameño u otra por el eje San Juan-Atrato[59]. Sea como fuera, los posteriores inmigrantes Clovis a Panamá y Venezuela debieron de haberse diferenciado en lo genético de los ancestros de los inmigrantes pre-Clovis a América del Norte, los que luego emigraron por la costa pacífica hacia el continente sur.

Las dos localidades panameñas cuyas industrias líticas pertenecen a la tradición Clovis son «descontextualizadas»; es decir, carecen de estratigrafía prístina: La Mula-Oeste[60] y Sitio Nieto[61]; ambos son canteras-talleres donde los artesanos aprovecharon vetas cercanas de ágata translúcida[62]. Aunque no pudieran fecharse con el método del ^{14}C, las 'preformas» (o etapas primarias) y los fragmentos de puntas de proyectil, así como los raspadores recogidos en estos sitios (figura 4e-g, n), guardan una estrecha similitud con los ya reportados en sitios Clovis de Estados Unidos, Guatemala, Costa Rica y Venezuela, lo que señala que todos pertenecían a una misma tradición morfotecnológicas[63]. Por ello, reviste mucho interés un fogón hallado en la albina de Sarigua (Herrera) en los años 60, el cual arrojó una fecha de 11350±250 a. P. (13635-12735 años atrás)[64]. Pese a no estar directamente asociado con utensilios de piedra y aunque no se haya podido establecer su relación física con el taller Clovis de La Mula-Oeste –descubierto en 1988 dentro de la misma albina– su antigüedad está acorde con la hipótesis planteada por Anthony Ranere y Georges Pearson de que los artefactos hallados en este sitio y en Sitio Nieto corresponden a los albores de la tradición Clovis.

El perfil y el procedimiento de desbaste de la punta de proyectil más completa en La Mula-Oeste (figura 4e) son parecidos a los de varias puntas Clovis de América del Norte[65]. Se asemejan, también, a ejemplares de Finca Guardiria-2, Turrialba, Costa Rica[66], y de Los Tapiales, Guatemala (10710±170 a. P. [12990-12135 años atrás])[67].

Ranere ejecutó un análisis morfofuncional del conjunto lítico de La Mula-Oeste, empleando como su línea base la secuencia de seis etapas propuesta por Judy Morrow (1995) para la reducción de las puntas de proyectil Clovis en su fase más temprana[68]. Ranere concluyó que las secuencias manufactureras de las puntas Clovis de La Mula-Oeste y las del sitio Ready, eran casi idénticas, así como cónsonas con la tecnología Clovis de mayor antigüedad en la América del Norte.

Un sitio panameño que sí ha proporcionado evidencia *in situ* y enterrada de la presencia humana durante el Período I-B en Panamá, es la Cueva de los Vampiros (AG-145)[69], localizada actualmente a 2 kilómetros tierra adentro de la desembocadura del río Santa María en Coclé; aunque, al inicio de la ocupación paleoindia, habría distado unos 60 km de la costa de la bahía de Parita. Lastimosamente, la datación de las actividades paleoindias no es muy precisa, debido a que el número muy exiguo de artefactos de piedra, así como la estratigrafía en extremo comprimida, han complicado la separación microcronológica de las muestras.

El primer piso de ocupación se dató en 11550±140 a. P. (13365-13110 años atrás). Justo encima se recogió la hoja de una punta de lanza Cola de Pez confeccionada en jaspe (figura 4d). Otros ejemplares Cola de Pez se reportaron anteriormente en el lago Alajuela[70] (el curso medio del río Chagres) y Cañazas (Veraguas) (figura 4a-b)[71]. Yaciendo sobre el primer piso de ocupación y por debajo de una fecha de 9100±40 a. P. (10380-10195 años atrás), se recogieron: 1) un fragmento distal de una delgada punta acanalada dañada, a lo mejor, cuando el artesano trataba sin éxito de adelgazarla; 2) tres lascas sobreextendidas llamadas *outre passes* en francés; 3) un raspador unifacial con una espuela lateral reafilada (figura 4e); 4) un raspador lateral hecho de una lasca gruesa; 5), un raspador de la variedad denominada «thumb-nail» en inglés (uña de dedo pulgar); y 6) un burdo artefacto grueso y lasqueado a percusión, que parece haber fungido como cepillo de madera[72].

Los hallazgos de dos puntas acanaladas averiadas que poseen rasgos de la variedad Cola de Pez, así como de raspadores multifuncionales, apuntan hacia el remendamiento de herramientas y de allí, a un pequeño grupo de cazadores que usaban el abrigo Vampiros-1 como una guarida de descanso mientras deambulaban a otros lugares menos áridos que la costa de Coclé. Los sitios suramericanos que constatan la coetaneidad de las puntas Cola de Pez con la megafauna pleistocénica en vías de extinción, no son frecuentes, aunque las asociaciones de animales extintos con puntas acanaladas, son inapelables. Sobresalen dos yacimientos suramericanos, el primero hallado hace más de 80 años atrás por Junius Bird, quien pasó varios años en Panamá buscando a los paleoindios[73]. En la Cueva de Fell, en la patagonia chilena y en el fondo de un yacimiento cultural que alcanzó los 8.5 metros de profundidad, Bird halló puntas de proyectil Cola de Pez mezcladas con restos óseos de caballos, perezosos gigantes y felinos muy grandes (todos ellos extintos), así como de guanacos, los que sobreviven hasta la actualidad. Bird asoció esta simbiosis entre los pueblos originarios y los mamíferos extintos con dataciones de 11000±170 a. P. (13210-12645 años atrás) y 10080±160 a. P. (12185-11215 años atrás). En efecto, los arqueólogos sureños atribuyen el nutrido número de sitios que tienen puntas Cola de Pez al lapso 11000-10100 a. P. (12800-11170 años atrás).

El segundo sitio muy informativo se llama Tagua-Tagua en el Chile central. Un mínimo de doce juveniles del mastodonte (*Stegomastodon humboldti*) fueron

descuartizados en la orilla de un lago. Se hallaron números más reducidos de restos óseos de cérvidos (*Antifer neymeri*) y de caballos (*Equus* sp.). Según Núñez *et al*.74, los cazadores aprovecharon mastodontes debilitados por las condiciones muy áridas en Chile a finales del período Tardiglacial.

Está claro que las armas de caza de los paleoindios se diseñaron para abrir heridas en animales corpulentos e hirsutos, con el fin de acelerar su defunción por sangramiento. Bird demostró que las dimensiones de los pedúnculos de los ejemplares Cola de Pez hallados en la Cueva de Fell, son muy similares a aquellas de las puntas en obsidiana del taller lítico El Inga (00°3'S-78°33') en los Andes ecuatorianos. Es más, las dimensiones de las puntas Cola de Pez recogidas en la superficie del embalse artificial del lago Alajuela, en la vertiente del Caribe panameño, se compaginan con las normas tecnológicas suramericanas[75].

Los datos paleovegetacionales en existencia infieren que, hacia finales del Tardiglacial, el valle medio del río Chagres estaba cubierto de bosques tropicales cuyos doseles eran menos tupidos que en la actualidad[76]. El hecho de que las puntas Cola de Pez proliferen en las llanuras abiertas de Argentina, Uruguay y Chile[77] sugiere que la cacería colectiva de los paleoindios tenía cabida en una gran variedad de entornos ambientales. La distribución geográfica de los yacimientos paleoindios de la baja Centroamérica da sustento a este supuesto. Finca Guardiria (Costa Rica, Atlántico) y bahía Gloria (Urabá), estaban ubicados durante el Período I dentro de bosques tropicales, pero, al igual que en la cuenca media del río Chagres, es probable que estos hayan tenido doseles más abiertos que los actuales debido, no solo al clima menos cálido y lluvioso[78], sino, también, a los efectos despejadores de la megafauna sobre la vegetación. Es probable que la margen oriental de la península de Azuero y del sur de Coclé –el «arco seco» de hoy– hubiese estado cubierta de matorrales xerófilos, los cuales se habrían extendido por la amplia planicie expuesta por el océano descendido del Pleistoceno tardío. La evidencia paleoecológica obtenida en Monte Oscuro (Capira, Panamá) señala que una sabana arbolada pleistocénica fue reemplazada en el Holoceno temprano, por bosques mésicos (moderadamente húmedos) como los actuales[79].

Se mencionó atrás, que los únicos artefactos que pudieran referirse a una ocupación pre-Clovis en Panamá, provienen de la laguna La Yeguada y del lago Alajuela, ambos localizados cerca de la división continental. En los sedimentos de La Yeguada (650 msnm), no se presentan tajantes indicios de una presencia humana en los bosques de encinos, robles y magnolias que la rodeaban durante el Máximo Tardiglacial, sino hasta el 11000 a. P. (12950-12775 años atrás), esto es, unos 4000 años después del apresamiento de las aguas de este lago por movimientos telúricos. La Cueva de los Vampiros estuvo disponible como un refugio cómodo para un pequeño grupo de seres humanos desde 18500 a 18100 años atrás, hasta la primera evidencia de ocupación humana (11500 a. P. [13590-13075 años atrás]), en tanto que los abrigos cercanos de Corona (Veraguas) y Aguadulce

(El Roble, Coclé) no ampararon campamentos, sino hasta el milenio comprendido entre los 13000 y 12000 años atrás, cuando las puntas Cola de Pez estaban en uso[80]. Por tanto, si en verdad había grupos pre-Clovis en esta área, o su número era muy reducido, o ellos hacían solo esporádicas excursiones lejos de la costa del Pacífico desde sus asentamientos hipotéticamente sumergidos por debajo del océano en el borde de la plataforma continental.

Permanencia (Período II-A): albores de la producción de alimentos en zonas de clima estacional

La evidencia paleoecológica y arqueológica comprueba una continua presencia humana en el Pacífico central, después del ocaso de los grupos de cazadores y recolectores paleoindios para los 12000 años atrás[81]. Se cree que los grupos de paleoindios fueron los responsables de la primera perturbación antropogénica en los bosques de la cuenca de La Yeguada, la que prosiguió y se intensificó durante el Período II-A. Una consecuencia importante de este proceso fue que las especies de plantas que se vuelven abundantes en los hábitats afectados por las actividades humanas, como las gramíneas, la «chichica» (*Heliconia*) y el «guarumo» (*Cecropia*), invadían poco a poco la vegetación arbórea (figura 5). Los primeros grupos humanos asentados en esta cuenca recurrían al fuego para abrir claros en los bosques con tanta intensidad o regularidad, que estos no tuvieron tiempo de regenerarse[82]. La combinación de los disecantes vientos alisios del norte, que corren con mucha fuerza en el Pacífico central de Panamá durante la estación seca, con la baja pluviosidad, desempeñaron un papel primario en la dispersión de los agricultores que practicaban sistemas rotativos, o la «tala y quema», en las estribaciones de esta zona del Istmo.

Desde luego, estos datos paleoecológicos no brindan en sí información sobre el acervo cultural de los grupos responsables por esta modificación del paisaje. Varios abrigos rocosos ubicados en la vertiente del Pacífico, sin embargo, resguardan evidencia arqueológica de la continuidad, no solo del asentamiento humano, sino, también, de algunos patrones tecnológicos heredados de los paleoindios, como el lasqueo bifacial de puntas y de otros objetos cortantes, hechos de piedras criptocristalinas[83], si bien sin acanaladuras.

Los abrigos que han proporcionado evidencia de leves ocupaciones humanas entre aproximadamente los 12000 y 8000 años atrás, comprenden: 1) la Casita de Piedra en el pie de monte chiricano (800 msnm), el que comenzó a guarecer a grupos humanos para los 9370±50 a. P. (10725-10490 años atrás[84]; 2) la Cueva de los Vampiros, cuyos ocupantes siguieron empleando instrumentos bifaciales sin acanaladuras hasta los 7430±40 a. P. (8345-8180 años atrás) cuando el abrigo se abandonó después que el océano ascendente lo aislara de tierra firme[85]; 3) el Abrigo de Aguadulce, en la llanura costera de Coclé, donde pequeñas lascas de

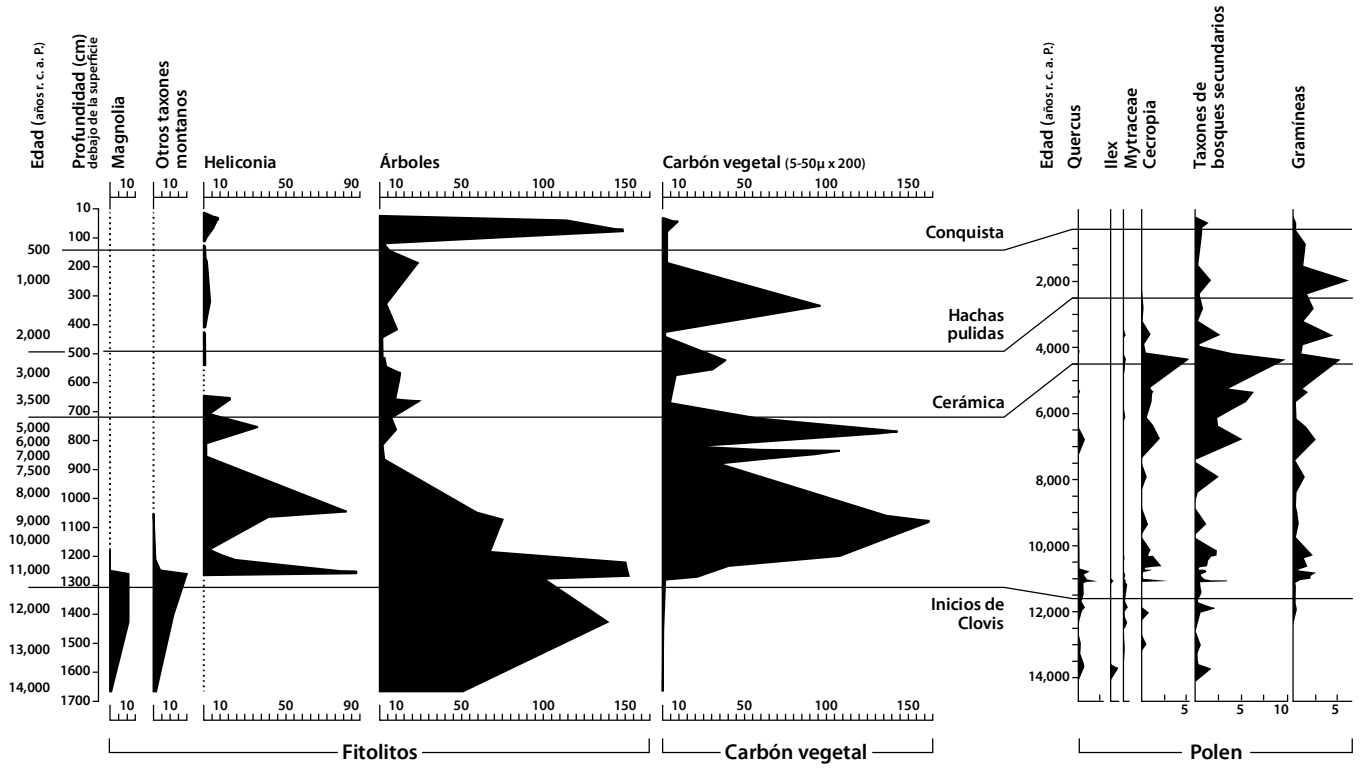


Figura 5. Datos paleoecológicos obtenidos en núcleos de sedimentos extraídos de la laguna de La Yeguada, señalan modificaciones diacrónicas en la vegetación debido a los cambios climáticos y a las actividades humanas (sintetizados en base a: *The origins of agriculture in the New World tropics*, por Dolores Piperno y Deborah Pearsall, 1998, figuras 5.8 y 8.9). Nótese cómo los bosques volvieron a colonizar esta cuenca en extremo alterada por los agricultores precolombinos, durante los últimos 500 años.

adelgazamiento bifacial en calcedonia están acompañadas de fechas de 10725±0 a. P. (12755-12540 años atrás) y 10530±185 a. P. (12580-11805 años atrás)[86]; 4) el Abrigo Corona, en las estribaciones bajas del Pacífico de Veraguas donde se hallaron lasquillas de preparación bifacial asociadas con una fecha radiométrica de 10440±650 a. P. (13725-10415 años atrás)[87]; 5) el Abrigo de Los Santanas, también veragüense, el que arrojó una fecha de ^{14}C de 7100±230 a. P. (8385-7515 años atrás)[88]; y, por último, 6) el Abrigo de Carabalí en la vertiente del Pacífico de Veraguas, cerca de San Francisco de la Montaña. «Carabalí» fue ocupado a partir de los 10480±70 a. P. (12610-12105 años atrás) y siguió siendo un campamento de consideración hasta los 8040±390 a. P. (9923-8156 años atrás) y donde se depositó una buena cantidad de lascas desprendidas de las orillas de puntas de proyectil bifaciales[89].

Ejemplos bien conservados de los tipos de puntas de proyectil que pertenecen al Holoceno temprano provienen de dos sitios. El primero es un pequeño taller ubicado en un gran banco de piedras de la época terciaria en la albina de Sarigua (Herrera), denominado La Mula-Centro, en el que se constató la confección de puntas *sin acanaladuras*, con orejas y, en un caso especial, con la hoja delicadamente serrada (figura 4 1-m)[90].

Algunas de estas puntas se calentaron adrede para facilitar el lasqueo. Otros yacimientos superficiales en las orillas del lago Alajuela relevaron puntas de proyectil que poseen orejas laterales bastante pronunciadas[91]. El desarrollo de esta clase de proyectiles se entiende si, desaparecida la megafauna del Pleistoceno tardío, el sabanero venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*) era la especie de mamífero más grande y más abundante en la vertiente del Pacífico[92]. Se ha asumido, que para entonces, también se practicaba la pesca en ríos y estuarios aunque aún faltan datos sustantivos al respecto[93].

Inicios de la producción de alimentos

Es cada vez más evidente que, una vez iniciado el Holoceno en el continente americano, la simbiosis entre los pueblos originarios y algunos grupos de plantas trascendió la mera recolección de especies silvestres en sus hábitats naturales, poniendo en marcha aquel complejo y prolongado proceso que, a la larga, convertiría algunas clases de plantas ya manipuladas –por ejemplo, las gramíneas, cucurbitáceas y leguminosas, así como varios taxones que producen tubérculos– en especies tan modificadas en lo genético, que el identificar sus progenitores silvestres ha desafiado y, en algunos casos, sigue desafiando a los botánicos. El determinar empíricamente cuándo los vástagos de estas estirpes difieren lo suficiente de sus progenitores, como para merecer la etiqueta «domesticados» o «cultivados», es una tarea desafiante que requiere de la estrecha cooperación entre genetistas, agrónomos, arqueólogos y paleoecólogos. Aunque pasará bastante tiempo antes de que se resuelvan las muchas interrogantes en torno al origen y a la evolución de cada una de las aproximadamente 100 especies que fueron cultivadas por los pueblos originarios en América, los descubrimientos más recientes indican que se comenzó a cultivar la tierra para sembrar especies domesticadas en el istmo de Panamá antes de que finalizara el Período II-A.

El desarrollo del maíz (*Zea mays*) ejemplifica cuán complejos, demorados y, a la vez, asombrosos fueron los procesos que convirtieron varias especies silvestres de poca o nula utilidad para la alimentación humana, en productos que posteriormente llegarían a ser el sostén de las comunidades prehispánicas. Luego de muchos años de debates, se ha logrado identificar mediante técnicas moleculares, no solo la variedad de gramínea silvestre que dio origen al maíz –una subespecie del teocinte (*Zea mays* spp. *parviglumis*)– sino también, la precisa ubicación geográfica del acervo genético fundador, es decir, el estado de Guerrero, México. Al parecer, cuatro o cinco mutaciones, actuando en unísono con la selección y dispersión humanas, convirtieron el eocinte, que era provisto de múltiples y minúsculas mazorcas con solo dos filas de semillas envueltas en glumas, diminutas, duras e imposibles de digerir, en el maíz, aquella planta por todos conocida, El maíz posee mazorcas en el tallo principal, envueltas en un

capullo y provistas de muchas hileras de granos grandes y feculento. Las culturas humanas han desarrollado una infinidad de maneras de preparar y consumir estos granos[94]. Exactamente cuándo ocurrieron dichas mutaciones, es un tema que un equipo investigador multidisciplinario, liderado por Dolores Piperno, con base en el Instituto de Investigaciones Tropicales en Panamá, procura dilucidar, y con bastante éxito[95].

Se demostró en las excavaciones en el abrigo rocoso denominado Xihuatoxtla (Guerrero, México)[96], que ya para los 7920±40 a. P. (8980-8605 años atrás), la transformación del teocinte ancestral en el maíz doméstico ya estaba bien avanzada. El maíz no tardó mucho en dispersarse hacia el sur, pasando a lo largo del istmo centroamericano, por las islas del Caribe y penetrando en múltiples zonas ecológicas en el continente suramericano. Había alcanzado Uruguay para los 4190±40 a. P. (4845-4585 años atrás)[97].

En las vertientes del Pacifico de Chiriquí, Coclé y Veraguas, se ha confirmado a través de las investigaciones microbotánicas de Dolores Piperno y Ruth Dickau, que los siguientes cultígenos eran sembrados cerca de los asentamientos ya investigados, los que datan entre los 8600 y 5700 años atrás: lerén (*Calathea allouia*), sagú (*Maranta arundinacea*), tula (*Lagenaria siceraria*) –cuyas calabazas hacen buenos receptáculos[98]–, zapallo (*Cucurbita moschata*), maíz (*Zea mays*), yuca (*Manihot esculenta*) y ñampí (*Dioscorea trífida*). Esta evidencia consta de fitolitos y granos de almidón; partículas microscópicas que se conservan, tanto en los suelos antropogénicos, como empotrados en los dientes humanos y en las partes desgastadas de las piedras que se usaban para moler o triturar los alimentos vegetales. Los análisis complementarios de los restos macrobotánicos –materiales botánicos carbonizados– indican que, en adición a los recursos cultivados que se enlistaron atrás, se aprovechaban las frutas de algunos árboles silvestres, como la palma de vino (*Acrocomia mexicana*), la palma aceitera americana *(Elaeis oleifera*), el nance (*Byrsonima crassifolia*) y ciertas especies de la familia Zapotaceae (por ejemplo, caimitos, mameyes y zapotes)[99]. En dos sitios precerámicos del piedemonte chiricano (Hornito-1 y Casita de Piedra), Dickau identificó almidón del género *Zamia* procedente de los tallos subterráneos. Se cree que en este caso se trata de especies silvestres, como *Z. skinneri,* o *Z. fairchildiana*. El almidón de *Zamia* requiere una preparación cuidadosa a causa de las sustancias neurotóxicas que contiene. Las poblaciones precolombinas en Florida y las Antillas la empleaban como alimento. A la fecha, los registros de Chiriquí son los primeros en la América Central[100].

Existe el consenso entre la mayor parte de los arqueólogos, que la dispersión de la agricultura a lo largo del istmo de Panamá no estuvo acompañada de desplazamientos a larga distancia de grupos humanos enteros. Se presume de aquí, que el mecanismo mediante el que se trasladaron a Panamá, las especies domésticas de plantas que eran las más productivas, así como las técnicas apropiadas para el cultivo de estas, fue la paulatina transferencia de ideas y productos entre pequeñas comunidades cuyas economías compartían agroecologías y

estructuras sociales similares. Al igual que en el Caribe, algunas transferencias de conocimientos se efectuaron por vía marítima e involucraron a las islas del Pacífico (playa Don Bernardo, Pedro González).

Expansión demográfica e inicios de la diversificación cultural (Período II-B)

La población humana se acrecentó en el Pacífico istmeño con respecto al período anterior (II-A). En la cuenca del río Santa María (Veraguas, Coclé y Herrera), el número de sitios arqueológicos registrados durante las prospecciones a pie realizadas entre 1982 y 1985, aumentó en un 15%, en tanto que la densidad de los materiales culturales hallados en los abrigos rocosos en donde se efectuaron excavaciones de prueba, es bastante superior a la del Período II-A. Se infiere, por tanto, o que los refugios eran usados con mayor frecuencia, o que vivían más personas en ellos[101].

Por el otro lado, la evidencia paleoecológica llama la atención al movimiento de los grupos humanos hacia hábitats donde las estaciones secas eran menos intensas que las de la vertiente del Pacífico central. Por ejemplo, en el curso bajo del río Chagres (Caribe central), los bosques comenzaron a ser perturbados para las siembras a partir de los 5000 a. P. (ca 7650 años atrás) y el polen de árboles casi desaparece en los sedimentos fluviales para los 3200 a. P. (ca 3500 años atrás)[102].

Una constancia arqueológica de la existencia de una población que estaba activa en las zonas muy húmedas de la vertiente forestada del Caribe central de Panamá, nos la brinda el Sitio Lasquita (Pn-53) (120 msnm), ubicada a 1.5 km hacia el oeste del río Indio de Colón y a 23.5 km al sur de la costa del Caribe, donde la precipitación anual es de 3,000-4,000 metros. Aquí, John Griggs localizó fogones grandes hechos de acumulaciones de piedras, una de cuyas funciones pudo haber sido la de asar corozos de la palma mangué (*Attalea allenii*). Una nuez carbonizada de esta especie arrojó una fecha de ^{14}C de 5920±40 a. P. (6810-6660 años atrás), mientras una semilla carbonizada de una especie de bálsamo conocida en la localidad como el «corocillo» (*Humiriastrum diguense*), se dató en 5780±40 a. P. (6670-6485 años atrás). Según los moradores actuales, el «corocillo» produce un ungüento empleado para embalsamar a los difuntos. Una característica sobresaliente de las muestras líticas de Sitio Lasquita, es la nutrida cantidad de diminutas lasquillas alargadas o «microlitos»[103].

Islas y costas del Pacífico

A principios del Período II-B, se volvió bastante más lenta la subida del nivel del mar en la bahía de Panamá, mientras se estabilizaba la relación entre las líneas de las costas, sus hábitats variados y el océano abierto. Para los 6400 años atrás, ya vivían bastantes personas en isla Pedro González (14 km^2), en

el archipiélago de las Perlas y las actividades humanas siguieron allí hasta los 5300-4800 años atrás[104]. Para estas fechas, la configuración de las muchas islas del archipiélago ya era bastante parecida a la de hoy[105].

El único asentamiento que pertenece a este período en la isla Pedro González (L-19/20; 8°23'56"-N-79°5'1"W) se denomina isla playa Don Bernardo ubicada en el lado noreste de la isla en una leve elevación al lado de una bahía bordeada por playas arenosas. La capa cultural alcanza los 4 metros de profundidad y consta de un botadero de desechos que está enterrado medio metro por debajo de la superficie. Este rasgo alberga grandes cantidades de lascas de piedra y de restos óseos de vertebrados. No contiene cerámica. En las capas superiores, son abundantes los moluscos marinos. La gran mayoría de los huesos descartados en el botadero son de peces, tanto especies de arrecifes; por ejemplo, cabrillas (*Epinephelus labriformis*), como otras de agua más clara, por ejemplo, cojinúas (*Caranx caballus*) y bonitos (*Euthynnus lineatus*)[106]. Por primera vez en la arqueología de la América Central, se comprobó el aprovechamiento humano de los delfines de las especies «común» (*Delphis delphinus*) y «nariz de botella» (*Tursiops truncatus*) aunque no se pudo determinar si estos eran acorralados cuando entraban a la bahía, por ejemplo, azuzados por los cayuqueros, o aprovechados cuando se varaban en la playa al ser espantados por los grandes tiburones tigre y toro (*Galeocerdo cuvier* y *Carcharhinus leucas*) que entraban a comérselos[107].

La identificación por Irene Holst de fitolitos y granos de almidón de maíz que se encontraron empotrados en algunas piedras de moler, hace constar que se consumía esta planta a lo mejor sembrada en la isla misma. Al parecer, no había muchas especies de mamíferos en el archipiélago cuando los pueblos originarios llegaron allí. Tan solo resultaron ser frecuentes en el botadero precerámico de playa Don Bernardo, un venado diminuto de filogenia aún incierta (Cervidae sp. aff. *Mazama*), las zarigüeyas (o zorras) (*Didelphis marsupialis*) y los ñeques (*Dasyprocta punctata).* Estas tres especies proporcionaron la mayor parte de la carne de mamíferos a la comunidad. El venadito acusaba un peso estimado de tan solo 7 a 10 kilos y era bastante más pequeño que los venados corzos de tierra firme (*Mazama temama*). Esta última especie frecuenta bosques húmedos.

Se cree que la población de cérvidos enanos se extinguió en Pedro González antes de la llegada de los grupos alfareros unos 2500 años atrás. Se ha demostrado que pertenecía a la misma estirpe que un corcito que aún existe en la vecina isla San José. Sin embargo, reafirmamos que no se le ha podido asignar aún a una especie particular de cérvidos[108].

Un aspecto sobresaliente de los patrones alimentarios de los moradores de playa Don Bernardo es el amplio uso que les dieron a los reptiles, como las tortugas marinas (*Eretmochelys imbricata*), las iguanas verdes (*Iguana iguana*), las boas (*Boa constructor*) y muchas otras especies de culebras no tóxicas, las que suelen llamarse «ratoneras» en el Interior, como las especies *Spilotes pullatus*, que alcanza los dos metros de longitud.

Estuarios prolíficos del Pacífico

Devolvámonos a tierra firme. Los sedimentos de origen terrestre arrastrados por los ríos comenzaron a acumularse con mayor rapidez de lo que el mar avanzara tierra adentro por lo que, en las áreas estuarinas, los asentamientos humanos se fueron alejando del mar debido a la expansión continua de los deltas[109]. Es posible que, tanto en este período, como en el subsiguiente (III), las comunidades de las llanuras y estribaciones en proximidad a la bahía de Parita sincronizaran sus actividades de subsistencia con las estaciones meteorológicas y fitofisiológicas; es decir, las siembras, las cosechas, la recolección de nances y corozos de palma, la pesca en ríos y estuarios y la cacería. Por tanto, es posible que los grupos familiares que sembraban maíz, yuca y zapallos cerca de la Cueva de los Ladrones y el Abrigo de Aguadulce durante la estación lluviosa, se trasladaran a localidades ribereñas o costeras, como Cerro Mangote, huyendo a las sequias en el «verano». Semejante patrón de trashumancia estacional a cortas distancias se practicaba en el área de la bahía de Parita cuando el primer autor hacía pesquisas en esa zona en los años 70.

La muestra de ^{14}C más reciente que se obtuvo en isla Pedro González, data de los 4880±40 a. P. (5300-4975 años atrás). En la costa del Pacífico de Coclé ya se había encontrado, en 1955, un sitio también precerámico, bastante más antiguo que playa Don Bernardo. Se trata de Cerro Mangote (AG-1), descubierto en 1955 por Charles McGimsey en la cima de un cerro prominente del mismo nombre (48 msnm) cuando este estaba ubicado a ocho kilómetros tierra adentro desde la línea de la costa de la bahía de Parita, en el borde interno de una extensa «albina»[110]. Sin embargo, una investigación geomorfológica efectuada en 1979 con base en núcleos de sedimentos levantados en frente de Cerro Mangote y alrededor de él, infirió que el asentamiento humano se encontraba a tan solo 1.2 km tierra adentro al ocuparse por primera vez. Esto se debe al proceso conocido por los geólogos como la «progradación»; en el caso de Cerro Mangote, a medida que el río Santa María acumulaba sedimentos en su delta, la tierra firme avanzaba hacia la bahía[111]. En el momento de su descubrimiento, Cerro Mangote era el único yacimiento precerámico (carente de tiestos de barro cocido) que se hubiese conocido en la América tropical[112].

Este yacimiento precolombino cubría 35 x 65 m (2,275 m^2). McGimsey distinguió cinco estratos naturales. El estrato de mayor profundidad resultó ser una arcilla rojiza cuya antigüedad comprende entre los 7845 y 7190 años atrás[113]. Esta capa es coetánea con la única fecha obtenida en las capas precerámicas en la Cueva de los Ladrones en cerro Guacamayo, Coclé: 6860±90 a. P. (7925-7527 años atrás)[114]. Sobre ella, se acumularon dos estratos consistentes en suelos suaves chocolates, los que contenían una gran cantidad de restos de fauna (moluscos, cangrejos marinos y vertebrados acuáticos y terrestres). El fechar estos últimos suelos con objetividad, ha sido frustrante puesto que, como veremos más adelante,

algunas poblaciones más recientes enterraban a sus difuntos dentro del basurero, revolviendo las capas. La «huaquería» –el saqueo indiscriminado– también hizo estragos, ¡a pesar de que el oro y la cerámica policroma que estos criminales buscan para vender, aparecieron en Panamá, hasta seis milenios más adelante![115].

Los moradores del asentamiento precerámico en Cerro Mangote no tenían que ir lejos para abastecerse de alimentos de origen animal. Pescaban y recogían conchas y cangrejos en charcos mareales, desembocaduras y manglares[116]. Cazaban iguanas verdes (*Iguana iguana*) y negras (*Ctenosaura* sp.), diversas clases

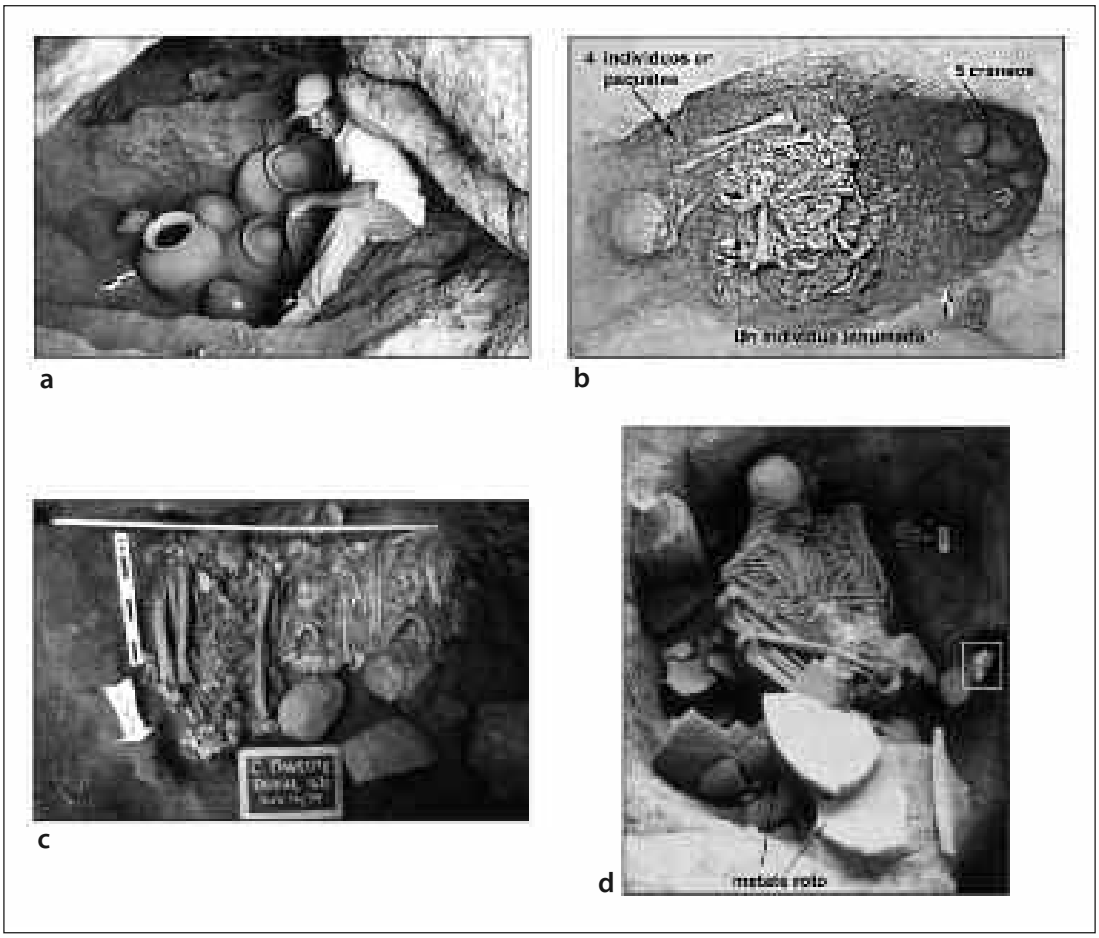


Figura 6. Los pueblos originarios dedicaron mucha energía a las costumbres mortuorias; muchas tumbas se usaban repetidas veces y fungían como bóvedas familiares.
a: entierros en urnas, Abrigo Capacho (PN-62), Penonomé, Coclé, 1300-550 a. P.; **b**: cerro Juan Díaz, rasgo 5, Operación 4, 910-690 a. P. (primero se enterró a cuatro individuos en paquetes; después, se inhumó a una persona, cuyo cráneo mira hacia arriba y cuyo esqueleto fue cortado por la mitad cuando se introdujeron cinco cráneos [910-690 a. P.]); **c**: cerro Mangote, tres individuos enterrados en paquetes, antigüedad incierta, probablemente períodos III y IV (4800-1700 a. P.); **d**: cerro Juan Díaz, rasgo funerario 94, Operación 3 (1400-1100 a. P.), mujer, 20-25 años, enterrada en posición flexionada (el cuadro blanco encierra el artefacto de concha ilustrado en la figura 1, l). Fotografías: J. Griggs (a); R. G. Cooke (b y d); A. J. Ranere (c).

de aves (mayormente playeras), venados de cola blanca y mapaches (*Procyon lotor*)[117]. Se hallaron dos fragmentos distales de costillas de manatí (*Trichechus manatus*) en el botadero depositado en los suelos suaves de color chocolate. Esta especie no existía en el Pacífico durante el Holoceno, lo que indica que los «mangoteños» participaban en una red de comercio con otras comunidades en la vertiente del Caribe[118]. Se cargaban presas del venado de cola blanca, así como tiburones y peces enteros que pesaban entre los 3 y 10 kilogramos, hasta la cima del cerro, casi 40 metros sobre el nivel del río Santa María, lo que indica que los proveedores de alimentos y sus familias tenían sus casas en lo más alto y fresco.

El hallazgo de un húmero de la familia de los perros (Canidae: cf. *Canis lupus familiaris*) representa el registro más antiguo en América Central de un probable perro doméstico del porte de un «collie»[119]. Los perros son una gran ayuda en la cacería de animales arbóreos, como las iguanas verdes.

Los basurales en Cerro Mangote contienen un buen número de instrumentos de piedra. Los patrones de uso de las herramientas de molienda infieren la preparación regular de alimentos vegetales. La variedad más icónica, debido a su amplia distribución en Panamá y Colombia[120], así como a su larga trayectoria cronológica (9000-3000 años atrás), se llama «edge-ground cobble» en inglés, es decir, un canto rodado desgastado en una o más aristas alargadas (figura 7a)[121]. Piperno identificó granos de almidón de maíz en los bordes alisados de los «edge-ground cobbles»[122] en Cerro Mangote, afirmando así que esta comunidad costera consumía los productos de la agricultura, al igual que los asentamientos precerámicos ubicados en las llanuras y estribaciones de Coclé.

Charles McGimsey (1955-56) y Anthony Ranere (1979) encontraron 110 esqueletos humanos en Cerro Mangote[123]. Estaban enterrados, o inhumados (mayormente en posición fetal), o colocados en receptáculos hechos de materias orgánicas desaparecidas[124]. Los pocos y únicos artefactos mortuorios se hicieron de concha marina: un adorno zoomorfo de *Spondylus* cf. *crassisquama* y un collar de 53 ítems. Basándose en la estratigrafía y en la falta de ofrendas de cerámica, estos dos arqueólogos dedujeron que ambos tratamientos funerarios correspondían al Período II-B precerámico. Sin embargo, muestras de colágeno de los huesos de cinco individuos, analizadas por el laboratorio de radiocarbono de la Universidad de Arizona en 1988, arrojaron fechas mucho más recientes cuyo rango conjunto al 2s comprende entre los 2350 y 1695 años atrás[125]. Cuando estas dataciones fueron enviadas por el laboratorio de ^{14}C, los arqueólogos teníamos sospechas, pensando que el colágeno empleado para su fechaje estaba alterado, tal vez debido a la contaminación por la infiltración de residuos más recientes en los suelos. Sin embargo, algunos estamos recapacitando por tres razones: 1) la figura zoomorfa tallada en concha *Spondylus* –hallada en el entierro 31 de McGimsey y extrañamente descrita por él como un «mono»– se asemeja estilísticamente a otras hechas de este mismo material, halladas en Cerro Juan Díaz (Los Santos) en contextos fechados desde los 2000 hasta 1400 años atrás[126]; 2) los

entierros primarios en posición flexionada y los secundarios en «paquetes» se reportaron *juntos* en las mismas tumbas en Cerro Juan Díaz, datan desde los 2000 hasta los 1400 años atrás[127]; y 3) un diente de un adolescente de 13-18 años, arrojó una fecha de 3780±30 a. P. (4245-4010 años atrás). Este entierro fue perturbado.

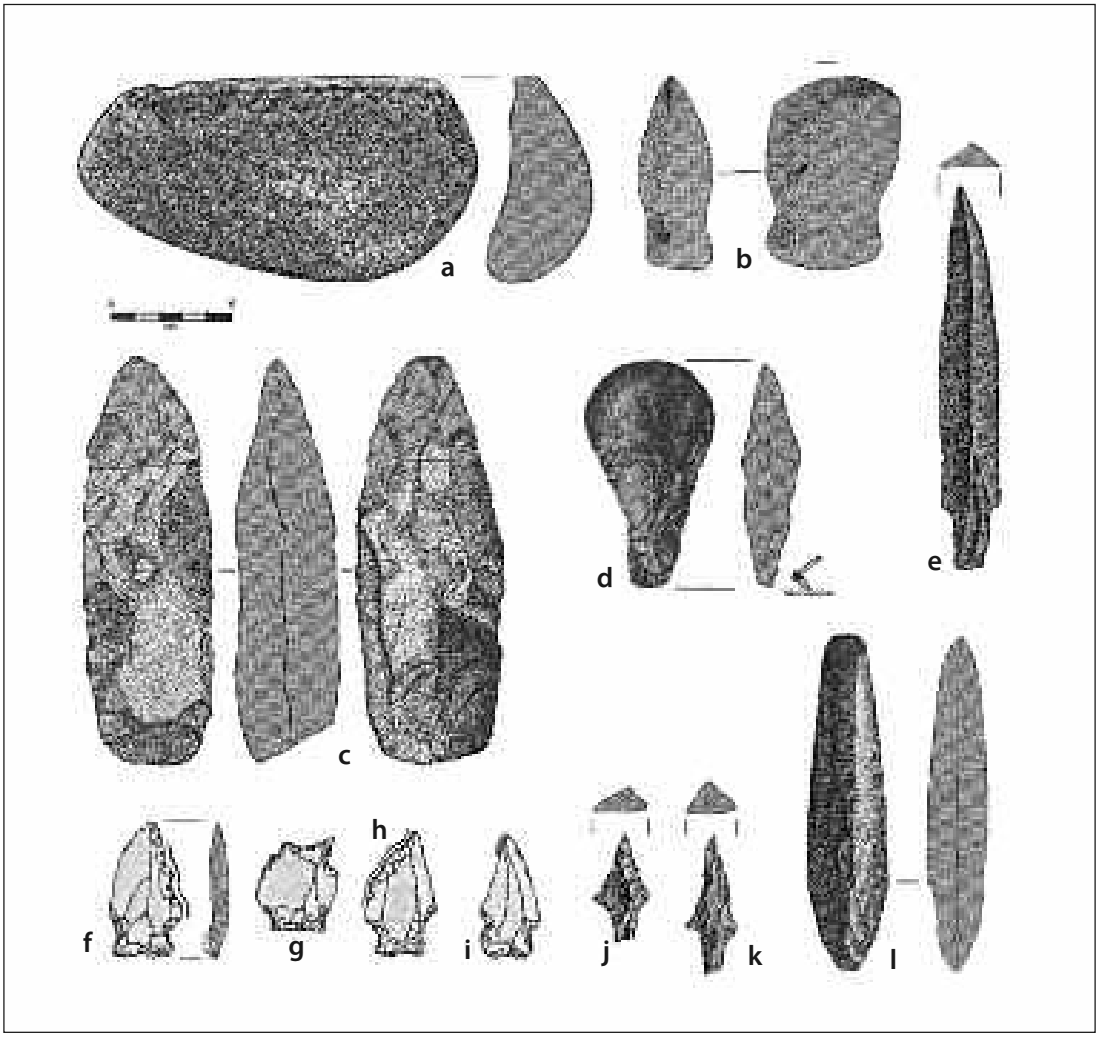


Figura 7. Utensilios de piedra usados para faenas domésticas y agrícolas.
a: Canto rodado con desgaste lateral, conchero de Monagrillo (4500-3200 a. P.), empleado para preparar alimentos vegetales (según G. Willey y C. R. McGimsey III, *The Monagrillo Culture of Panama*, 1954, figura 15 c); **b**: hacha, El Trapiche, río Chiriquí (4300-2300 a. P.), según O. F. Linares y A. J. Ranere ,*Adaptive dadiations in prehistoric Panama*, 1980, figura 3.0-14; **c**: cuña bifacial, basalto, Hornito-1 (Chiriquí), Fase Talamanca (6500-5500 a. P.); **d**: Azuela, Sitio Sierra, hallada en un entierro (1900-1500 a. P.); **e**: navaja apedunculada hecha de toba silicificada, Chiriquí (según W. H. Holmes, *Ancient art of Chiriqui*, 1888, figura 24); **f-i**: herramientas puntiagudas con pedúnculos muesqueados, SA-27 (Santiago) (2300-1800 a. P.), usados para raspar, perforar y cortar; la línea negra indica las zona de uso; **j-k**: puntas con pedúnculos de corte triangular, Chiriquí; estas herramientas se volvieron frecuentes en Gran Coclé a partir del 1000 a. P. (según W. H. Holmes, *op. cit.*, 1888, figura 25); **l**: cincel pulido, *ibidem*, figura 21).

Parte del cráneo de un ocelote inmaduro (*Leopardus pardalis*) perteneció a la misma ofrenda. Esta envergadura cronológica es cónsona con la ocupación más extensa de sitio Monagrillo (He-5) del Período III-A, por ende, con la vajilla del mismo nombre.

En resumen, la antigüedad precerámica de los restos humanos incluidos en los botaderos culturales de Cerro Mangote ya no parece tan inapelable como se creía hace 60-35 años. Es más verosímil que los entierros sean coetáneos con los grupos alfareros de la tradición Monagrillo y con otros posteriores, los que no vivían en el cerro mismo, sino que enterraban a sus difuntos en el asentamiento tal vez ya abandonado[128]. Se espera esclarecer la verdadera antigüedad de los sepelios efectuados en este importante sitio en un futuro cercano. Qué conste, sin embargo, que la antigüedad de la comunidad que arrojaba los restos alimenticios fuera de sus casas en la cima del cerro, sí se comprende entre los 8000 y 7200 años atrás.

Primeros grupos alfareros (Período III-A)

Teniendo en cuenta su antigüedad en el norte de Colombia, donde se remonta a los 6930-6310 años atrás[129], la cerámica tardó en aparecer en Panamá. Las hipótesis anteriores que propusieron que esta tecnología fue transportada directamente al Istmo desde el sur, ya no son sustentables[130]. Los tiestos que se hallaron en los años 70 yaciendo sobre capas precerámicas en la Cueva de los Ladrones y el Abrigo de Aguadulce, demuestran formas y diseños que son muy distintos a los de otros grupos de cerámica de la misma antigüedad en Colombia y Centroamérica. Por lo tanto, el estilo Monagrillo –el más antiguo del Panamá central (5750-3200 años atrás)– representa, a nuestro juicio, el primer esfuerzo de la población local por ensayar independientemente la confección de los receptáculos de barro[131].

Las vasijas del conjunto Monagrillo se hacían con barro arenoso. Sus siluetas comprenden únicamente platos y escudillas y carecen de pedestales, agarraderos y cuellos. Las decoraciones, además de escasas, se restringen a líneas y volutas grabadas en el barro húmedo[132]. No obstante, Fumie Iizuka ha rebatido la idea, planteada anteriormente, de que Monagrillo era una vajilla sencilla y mal cocida[133]. Cuando esta cerámica se reportó por primera vez en los años 40 y 50, se creía que estaba restringida a zonas costeras del Pacífico[134], pero se demostró posteriormente que se usaba hasta en los bosques perennemente húmedos de la cordillera Central en la cuenca alta del río Coclé del Norte donde, en el Abrigo Calavera (LP-8), se la asoció con cuatro dataciones de ^{14}C, cuyo rango al 2s comprende entre los 3825 y 3275 años atrás[135]. Iizuka demostró, sin embargo, a través de una investigación muy cuidadosa de las pastas (arcillas y desgrasantes), que las vasijas del estilo Monagrillo, halladas en Abrigo Calavera, no se hicieron cerca de ese lugar, sino que habían sido transportadas desde las estribaciones del Pacífico de Coclé[136].

Lo que es todavía difícil de explicar, no obstante, es por qué no se haya identificado una vajilla de igual antigüedad que la Monagrillo en otros sectores del istmo panameño. Un recorrido intensivo efectuado en los años 60 por los golfos de Chiriquí, Montijo y Darién, no localizó sitios coevos con los del Período III-A[137]. Los escasos tiestos hallados en El Trapiche –el único abrigo rocoso del río Chiriquí donde se reportó cerámica– parecen representar campamentos establecidos aquí después de los 2350 años atrás[138].

La introducción de la alfarería al Panamá central no conllevó grandes cambios culturales, ni de subsistencia. Se siguieron empleando muchas de las mismas herramientas de piedra que las del Período II-B anterior, entre las cuales sobresalen cantos rodados desgastados en los bordes (empleados para triturar alimentos vegetales), así como raspadores y cuchillos hechos con lascas unifaciales, así como centenares de astillas alargadas de ágata y cuarcita. Aunque estas últimas hayan sido identificadas como inserciones empotradas en tablas de madera usadas para rallar la yuca tóxica o «amarga»[139], probablemente tuvieron otra función. El hallazgo de almidón de maíz, yuca y palma sobre una piedra de moler en el sitio de Monagrillo (He-5) confirma que, pese a su ubicación en la playa, los habitantes de este sitio consumían los productos de la agricultura[140]. En Zapotal (PR-32), Herrera, se halló un escondite de piedras de moler con desgaste lateral, en una de las cuales se reportó almidón de ají (*Capsicum* sp.)[141]. Recordemos que fue en la Cueva de los Ladrones donde Piperno comprobó por primera vez en toda la América tropical, que las poblaciones precerámicas consumían maíz[142].

Al igual que sus antecedentes en Cerro Mangote, las comunidades alfareras que estaban localizadas a menos de 25 km de la costa de la bahía de Parita aprovecharon los abundantes y asequibles recursos de los estuarios, las playas, los manglares y las sabanas arboladas convertidas en ciénagas en los meses más lluviosos. Pero hubo un cambio en las estrategias de pesca con respecto al período precerámico (II-B). En los botaderos de Cerro Mangote, la escasez de pequeños peces que nadan cerca de la costa en enormes cardúmenes, contrasta con su abundancia en Monagrillo (He-5)[143]. Esta situación hace suponer que, durante el Período III-A, se desarrollaron nuevas técnicas de pesca, como las redes agalleras de malla fina y/o los atajos erigidos en zonas mareales[144]. De cuando en cuando, se pescaban tortugas marinas en Monagrillo y Zapotal; se cazaban venados de cola blanca y, con menor frecuencia, conejos pintados (*Agouti paca*) y saínos (*Pecari tajaçu*). Los habitantes del Abrigo de Aguadulce, localizado 18 km desde la costa, dedicaron bastante tiempo a la captura de las jicoteas (*Trachemys venusta*) y los «galápagos» (*Kinosternon* spp.), así como a la pesca de los barbudos (*Rhamdia quelen*), los pejeperros (*Hoplias* sp.), las macanas (*Sternopygus* sp.) y otros peces dulceacuícolas[145]. Los productos de la bahía de Panamá llegaron hasta sitios ubicados en las estribaciones del Pacífico, como la Cueva de los Ladrones y el Abrigo de Corona, donde se consumieron almejas de agua salada y pequeños peces marinos[146].

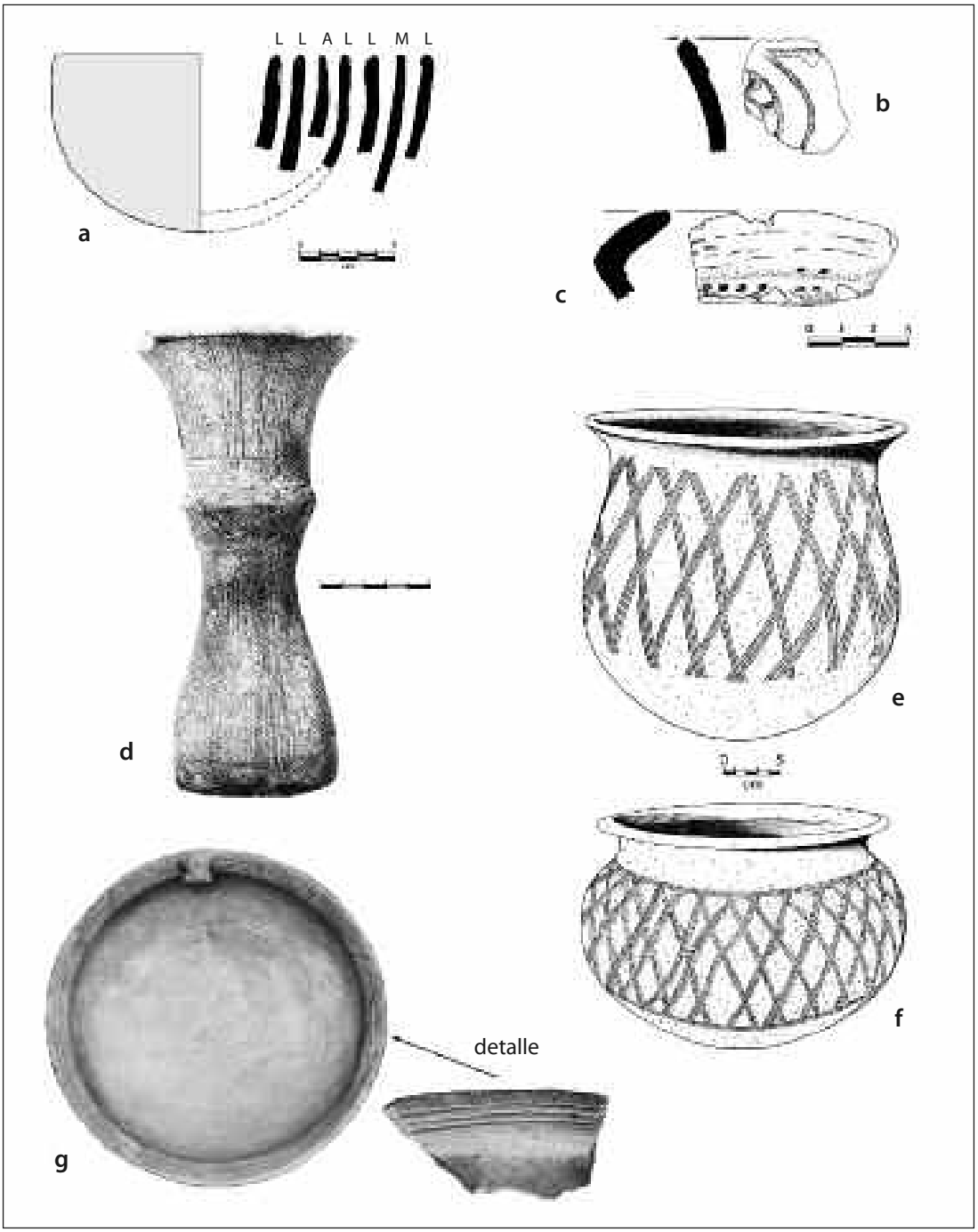


Figura 8. Alfarería temprana.
a: La cerámica Monagrillo acusa formas sencillas, como estas copas reconstruidas con base en bordes hallados en Cueva de los Ladrones (L), Abrigo de Aguadulce (A) y Monagrillo (M); **b**: tiesto decorado con incisiones, estilo Monagrillo, Abrigo de Aguadulce; **c**: borde de una de las primeras vasijas con cuello producidas en «Gran Coclé», Cueva de los Ladrones (probablemente 3200-2800 a. P.; la decoración consiste en crudos punteados; **d**: cáliz hallado en El Limón (Coclé) (M. W. Stirling y M. Stirling, *El Limón, an early tomb site in Coclé province*, *Panamá*, 1964, lámina 27d); **e-f**: vasijas decoradas con incisiones múltiples, Taboguilla (M. W. Stirling y M. Stirling, *The archaeology of Taboga, Urabá, and Taboguilla islands of Panama*, 1964, figuras 41-42); una vasija muy parecida hallada en isla Butler, Lago Alhajuela, arrojó una fecha de 1990±40 a. (60 cal a. C.- 90 cal d. C.); **g**: vasija cuyo borde exverso y aplanado lleva una decoración consistente en incisiones rellenadas con caolina o carbonato de calico, La Mula-Sarigua (2920-2620 a. P. [760-200 cal a. C.]). Diámetro: 38 cm.

En cuanto a la distribución de la población en el Panamá central, tres aspectos subrayan diferencias con relación al período precerámico (II-B): 1) el mayor número y tamaño de los sitios litorales en la bahía de Parita[147]; 2) la evidencia de una sencilla estructura ovalada en Zapotal (PR-32), un caserío de viviendas ovaladas ubicado en una terraza marina que miraba a un extenso estuario[148]; y 3) la composición florística de la vegetación secundaria alrededor de la laguna La Yeguada, conforme a la cual los impactos de la agricultura se habrían vuelto tan extensos en las estribaciones del Pacífico central, para los 4800 años atrás, que se paró de quemar y sembrar, puesto que los suelos ya estaban exhaustos.

Para comienzos del Período III-A (5250 años atrás), los grupos agrícolas ya habían abierto extensos claros en los bosques en el curso bajo del río Chagres en el Caribe central, al igual que en la cuenca alta del río Tuyra (Cana), en el Darién oriental, por lo que se supone que la dispersión de la agricultura rotativa basada en el maíz, habría abarcado otras regiones estacionalmente secas de Panamá y aún faltantes de datos relevantes (como, por ejemplo, las cuencas de los ríos Bayano y Chucunaque, las estribaciones de Chiriquí y el sur de Veraguas)[149].

Después de la vajilla Monagrillo

El estilo de alfarería del conjunto Monagrillo fue bastante longevo y conservador (5750-3200 años atrás)[150], lo cual infiere que su función era en esencia utilitaria. De ahora en adelante, se aceleraron los cambios diacrónicos en la alfarería del Panamá central. Para los 3250 años atrás, por ejemplo, comenzaron a fabricarse vajillas que acusan una variedad de formas y decoraciones plásticas que es bastante mayor que las del conjunto Monagrillo. La cocción se vuelve más uniforme, las pastas más heterogéneas, y los acabados mejor alisados y/o pulidos. También se zonifican las áreas pintadas de rojo con otras incisas. Se emplea una novedosa modalidad de pequeños animales abstractos aplicados en los exteriores de los cálices.

Se le ha denominado «Guacamayo» a estos cálices incorporados en una vajilla «pos-Monagrillo», puesto que, en los años 50, un arqueólogo aficionado encontró varias vasijas de este rubro en sepulturas cilíndricas con cámaras laterales, ubicadas en la cima de cerro Guacamayo, en la vertiente del Pacífico de Coclé[151]. Este cerro alcanza más de 600 msnm en tanto que, a 300 m más abajo en la falda suroeste, se ubica la Cueva de Los Ladrones. En las excavaciones hechas en «Ladrones» en 1974, aparecieron materiales cerámicos que son más recientes que la vajilla Monagrillo, incluyendo un tiesto biselado de una vasija cilíndrica tipo Guacamayo[152]. Algunas vasijas ya tenían pequeños cuellos, los que están ausentes en la vajilla Monagrillo. Su coetaneidad con las vasijas de los entierros de pozo y cámara lateral se reafirma en El Limón, también localizado en las estribaciones del Pacífico de Coclé, donde se hallaron ollitas globulares decoradas con incisiones en los exteriores, conjuntamente con los cálices tipo Guacamayo[153].

¿Quién quita la posibilidad de que los cálices Guacamayo de fondo aplanado, hayan sido la vajilla únicamente ritual o mortuoria de las comunidades que empleaban la vajilla Monagrillo para su vida cotidiana? Esta es una interrogante apropiada para las futuras exploraciones de los recintos con tumbas de pozo con cámara lateral: ¡Si los huaqueros han dejado algunos intactos!

Los cálices hallados en El Limón y cerro Guacamayo reúnen ciertos rasgos únicos que los distinguen claramente de otras vasijas cilíndricas de confección más reciente, como el ubicuo tipo Culebra Appliqué de Ichon, coetáneo con el estilo Tonosí de policromía, que más adelante conoceremos[154]. Estos rasgos son: una base plana, un cuerpo alargado y levemente acinturado, una boca evertida y bastante ancha y una decoración consistente en rayaduras lineales u oblicuas. Aunque los arqueólogos suelen llamar «Guacamayo» a cualquier vasija que tenga forma de cáliz, esta práctica es inconsistente. La modalidad general del cáliz acusa una larga historia en la región cultural de Gran Coclé y exhibe múltiples modos que varían a lo largo del tiempo. Por ejemplo, Sánchez Herrera asigna al tipo Capulí, una vasija en forma de cáliz, la que a veces es modelada en forma de búho. Esta variante se halla conjuntamente con cerámica policroma del estilo Conte Tardío[155]. Tal vez la función principal de los cálices Capulí y de las variantes anteriores, era la de servir bebidas levemente alcohólicas, como la «chicha de maíz».

Es frustrante que no se hayan recogido muestras de carbón vegetal, ni restos humanos, en las tumbas de pozo-con-cámara-lateral en cerro Guacamayo (Coclé), El Limón (Coclé) y cerro Largo (Veraguas)[156]. El recinto funerario de cerro Guacamayo parece haber sido delineado con una cerca de piedras de poca altura (R. G. C., observación personal, 1974), en tanto que las tumbas de pozo y cámara lateral ubicadas en un sitio denominado Pueblo Nuevo, cerca de la desembocadura del río Tabasará por la orilla chiricana, se colocaron sobre una pequeña terraza intencionalmente aplanada. Sin embargo, conforme a lo que se puede observar en las fotos de pobre calidad, este recinto de Pueblo Nuevo es coetáneo con el primero de los estilos policromos del Gran Coclé (La Mula)[157].

Las muestras de tiestos recogidas en algunos abrigos rocosos en Coclé, así como otras reportadas en los niveles más bajos de Sitio Sierra (AG-3), en las llanuras de la misma provincia, documentan la creciente heterogeneidad de los diseños plásticos después del ocaso de la vajilla Monagrillo. Por ejemplo, un abrigo rocoso en las estribaciones de Coclé –cerro Cebollal (LP-134)– proporcionó una muestra estratificada de tiestos entre los que se halló, no solo una muestra de tiestos de la vajilla Monagrillo, sino, también, una agrupación cuya decoración consiste mayormente en incisiones lineales paralelas, arregladas en grupos[158].

Otra de las modalidades pos-Monagrillo es la que Sánchez Herrera denomina «bruñido lineal». Leo Biese reportó una pequeña olla con cuello y decorada con líneas bruñidas entrelazadas en una tumba en cerro Largo, mencionado

atrás[159]. Este último motivo decorativo, además de otros que aparecieron en cerro Cebollal, se encontraron en los botaderos acumulados en la Cueva de los Vampiros, en la costa de Coclé, desde los 2200 hasta los 1800 años atrás[160]. Para esta época, es probable que los dos abrigos Vampiros (1 y 2) hayan sido ocupados por una parentela que se dedicaba al secado y salado de pescado, capturado cerca de cerro El Tigre cuando las aguas de la bahía de Parita estaban muy cerca[161].

Florecimiento de las aldeas y formación de las áreas culturales: Períodos III-B y IV (2600-1250 años atrás)

Pasamos al lapso caracterizado por importantes transformaciones a nivel istmeño. La población originaria acrecentó con mayor rapidez que en los períodos anteriores y llegó a asentarse a lo largo de un buen porcentaje de los múltiples ambientes istmeños, inclusive en islas en ambas costas, como las veragüenses y chiricanas, isla Colón (Bocas del Toro), las Perlas, Taboga y Taboguilla.

Ciertos parajes istmeños eran notoriamente privilegiados en lo ecológico. Uno de los nichos que acusaba una capacidad de sostén excepcional, lo conformaron los cursos bajos de los ríos de buen caudal que desembocan en los ecosistemas fluvio-estuarinos de demostrada productividad. En un menor grado, lo mismo se puede decir de algunos valles intermontanos dotados de suelos volcánicos y/o lacustres muy fértiles. Estas zonas, por supuesto, no se beneficiaban de los múltiples recursos estuarinos y los caudalosos ríos de la montaña albergan una pobre biomasa de peces, especialmente en el Pacífico. Lo más probable es que haya existido una antigua red de intercambio entre los distintos pisos altidudinales, la que incluía pescado seco y salado, al igual que en Coclé y Veraguas (si bien a menores distancias y altitudes). La extrema acidez de los suelos en el interior de las provincias occidentales ha hecho una gran maldad a los arqueólogos desprovistos de los hallazgos de restos humanos y muestras arqueofaunísticas. Aun así, es obvio que en los valles intermontanos, la intensificada producción de alimentos vegetales fue uno de los motores del desarrollo comunitario y territorial. Por doquier, algunas especies que venían sembrándose desde hacía muchos milenios, como el maíz, los zapallos, la yuca, los ñames nativos y los camotes, experimentaron, tanto continuados cambios genéticos, como el desarrollo de nuevas razas adaptadas a hábitats donde sus progenitores no habrían podido prosperar[162].

Con el pasar del tiempo, la población se fue aglutinando, o «nuclearizando», entre unos cuantos asentamientos de mayor tamaño y con viviendas apiñadas y centenares de habitantes, es decir, en *aldeas.* En los terrenos más accidentados donde, por lo general, el patrón de caseríos dispersos continuó hasta el período del contacto español, el número de asentamientos también aumentó continuamente[163].

Cabe recordar, no obstante, que la prosperidad y el desarrollo no están ligados únicamente a la economía de subsistencia, sino, también, al comercio interno y externo, supeditado a diferentes formas de transporte terrestre, fluvial, costero y marítimo. Indiscutiblemente, la posesión territorial de recursos naturales de gran valor ensalzaba la demografía y la influencia territorial de algunas comunidades, permitiendo intercambios favorables con otros asentamientos. Por supuesto, el trueque incluía artículos tan heterogéneos, como los ingredientes de la medicina chamanística y las materias primas de los adornos personales, como la tumbaga (oro-aliado-con-cobre), las piedras vistosas que se pulen, las conchas coloridas, la resina y las pieles, así como la materia ósea de diversos grupos de organismos imbuidos de propiedades cognoscitivas y curativas.

Por último, aquellas comunidades y parentelas cuyos territorios albergaban canteras de piedras ígneas o silíceas, tenían las de ganar en los intercambios. Los «metates» (mesas para la molienda de granos) y las «manos» (piedras de moler) –ambos tallados con pericia– convertían los granos de las razas feculentas del maíz en «masa» con el fin de hacer bollos y chicha «fuerte» consumidos en las viviendas y, también, en prodigiosas cantidades en los festivales de paso y en las reuniones sociopolíticas. A la vez, se proliferaron las hachas, las zuelas y los cinceles de piedra pulida, hechos mayormente de basaltos, los que permitieron, no solo que se despejara eficientemente la espesa y húmeda vegetación ribereña y cordillerana, sino, también, que se volviese menos trabajosa la confección de los imprescindibles utensilios de madera, como las bateas, los tambores, los asientos y los cayucos[164]. Por emplear materiales líticos volcánicos, por ejemplo, lavas, tobas, ignimbritas y basaltos, las canteras y los talleres donde se preparaban las etapas iniciales de las herramientas, por lo general distaban bastante de las comunidades que les daban uso a los productos finales. De esta manera, se plasmaron las redes de comercio recíproco entre las cordilleras, los pies de monte y las costas.

También se introdujeron nuevas técnicas unifaciales de producir utensilios hechos de filosas piedras silíceas (por ejemplo, calcedonias, jaspes y cuarcitas), destacándose el desprendimiento en serie de lascas largas llamadas «navajas» conforme a la nomenclatura arqueológica. Estas eran empleadas en las faenas agrícolas y domésticas. Por el lado, la alfarería se adaptó a las nuevas necesidades, acusando notorias mejoras técnicas, como la cuidadosa selección de arcillas y desgrasantes, el alisamiento y pulimento de las superficies de las vasijas, el control de la cocción y la construcción de ollas y tinajas voluminosas. Las tinajas de bases anulares y cuellos altos y anchos eran aptos, no solo para cocinar grandes cantidades de alimentos, sino, también, para almacenar agua y víveres secos, como maíz, frijoles y pececitos secos y salados. En un sentido social, estos avances repercutieron en la sociología de la alimentación al acomodarse a las reuniones y fiestas.

El perfeccionamiento de la tecnología alfarera permitió otra clase de cambios: la reproducción de imágenes ilustrativas de los entornos cotidiano y cognoscitivo de los hechores y usuarios; es decir, la cerámica se convirtió en un recurso semiótico capaz de surtir información religiosa, social y etiológica.

Áreas culturales

Para el lapso bajo consideración (2600-1250 años atrás), comenzaron a definirse las áreas culturales que tanto han preocupado a los arqueólogos desde la época del arqueólogo de la Universidad de Harvard, Samuel Lothrop, que puso en valor la policromía del Panamá central, o del «Gran Coclé».

Aquellos lectores ya familiarizados con la arqueología precolombina de Panamá, estarán acostumbrados a este agrupamiento espacial de los restos arqueológicos. Antes de la Segunda Guerra Mundial (cuando los únicos datos arqueológicos disponibles se ceñían a los últimos diez siglos precolombinos), se propusieron cuatro áreas coincidentes con los nombres provinciales: Chiriquí, Coclé, Veraguas y Darién[165]. En la década del 70, lograda una mayor profundidad temporal y una mejor cobertura geográfica, se propuso un esquema tripartita que unía las comunidades del Pacífico a las de las vertientes adyacentes del Caribe, formándose las regiones «occidental», «central» y «oriental»[166]. Este esquema sigue vigente aunque los arqueólogos panameños y costarricenses prefieren los términos «Gran Chiriquí», «Gran Coclé» y «Gran Darién»[167], con el propósito de recalcar que dichas áreas culturales sobrepasaron los linderos provinciales y, en el caso de la primera y tercera área cultural, hasta los nacionales (Costa Rica en el oeste y Colombia en el este).

Aunque el acervo cultural de las montañas centrales de Chiriquí difería lo suficiente del de las estribaciones y llanuras del Pacífico de Veraguas, Coclé y el Azuero oriental, como para inferir cierto grado de diferenciación social en lo económico, lingüístico y/o étnico durante el precerámico Período II-B[168], no es sino hasta los 2600 años atrás, que las tres áreas culturales comienzan a ceñirse a los espacios propuestos para ellas desde los años 70. Esto se debe a la aparición de vasijas y de metates decorados con mensajes semióticos, es decir, aumentó y se diversificó el figurativisimo. Cabe recalcar que los linderos de estos sistemas figurativos no eran estáticos, ni en el espacio, ni en el tiempo[169]. Tampoco presentaron obstáculos a la comunicación social o comercial, de manera que se dilucidan zonas fronterizas oscilantes donde está en evidencia una mayor mezcla de tipos y estilos de artefactos, que en los epicentros de cada área cultural donde las poblaciones estaban más concentradas.

Dicha situación se atribuye al hecho de que las sociedades moderadamente jerarquizadas, como las precolombinas de Panamá, suelen dividirse y unirse constante e imprevisiblemente debido a factores tan diversos, como: 1) la declinante fertilidad de los suelos; 2) los fenómenos naturales estocásticos, como las

erupciones volcánicas, los terremotos, las sequías y las inundaciones repentinas; 3) los conflictos entre individuos, parentelas, familias y asentamientos; 4) las enfermedades y epidemias; 5) el hacinamiento y la insalubridad de los poblados, así como aspectos más sutiles; y 6) las predicciones hechas por chamanes, videntes y otras personas responsables por la comunicación con el mundo sobrenatural. Por lógica, el identificar dichos parámetros con los tipos de datos sintetizados a continuación, abarca desde lo difícil, hasta lo inalcanzable.

Las tres áreas culturales compartieron algunas clases de utensilios de piedra, cuyas formas eran bastante uniformes a lo largo del Istmo, como, por ejemplo, los cinceles de basalto pulido y las navajas prismáticas de piedras silíceas y andesita. Aun así las navajas de la zona canalera en el Gran Darién se caracterizan por robustas hojas triangulares con hombros agudos, rasgos estos que los distinguen de las hojas prismáticas apedunculadas de Gran Coclé y Gran Chiriquí[170].

Las diferencias áreales en el acervo de artefactos son bastante más evidentes en la cerámica y en la piedra tallada, dos medios que trasmitían información simbólica e ideológica a través de las imágenes geométricas, zoomorfas y antropomorfas[171]. A manera de un resumen escueto, en la alfarería de los sitios chiricanos sobresale el uso de un *engobe*[172] rojizo, de patas cilíndricas o modeladas en forma de animales y de figuras humanas, así como de decoraciones consistentes en incisiones arregladas en hileras o bandas y delineadas por franjas pintadas en rojo.

Los alfareros de «Gran Coclé», por el otro lado, recurrieron a la zonificación de los motivos *plásticos*[173] y pintados. Pero las formas de las vasijas que emplearon este tipo de decoraciones, eran usualmente disímiles a las chiricanas. Lo que no compartieron con sus compañeros del occidente del Istmo, fue la *policromía* –el uso de varios pigmentos minerales (rojos, azules, negros y blancos) en una misma vasija– al menos hasta los 1000 años atrás cuando se desarrolla la cerámica tricroma conocida como el estilo *Lagarto* («Alligator Ware») en «Gran Chiriquí» (figura 9)[174].

La situación en «Gran Darién» es más complicada. Parece que el panorama cultural era siempre más heterogéneo, que en las dos otras áreas. Las provincias de Colón, Panamá Oeste y Panamá, comprenden una zona inusitada de tradiciones semióticas oscilantes, la cual está lejos de explicarse satisfactoriamente. Por ello, el resolver las interrogantes planteadas en este resumen representa un gran reto para el futuro. Las zonas de Gran Darién que más cerca están de las conurbaciones modernas, son las que proporcionan la base de datos más sólida.

En lo que comprende hoy en día la zona canalera, donde desciende la división continental, hasta su punto más bajo, así como en la franja costera que bordea las provincias de Panamá Oeste y Panamá (incluidas las islas de las Perlas), la alfarería estaba bastante ligada con las tradiciones de Gran Coclé; hasta aproximadamente los 1000 años atrás cuando se dio una reorientación algo abrupta en el arte alfarero por múltiples razones que aún son materia de discusión.

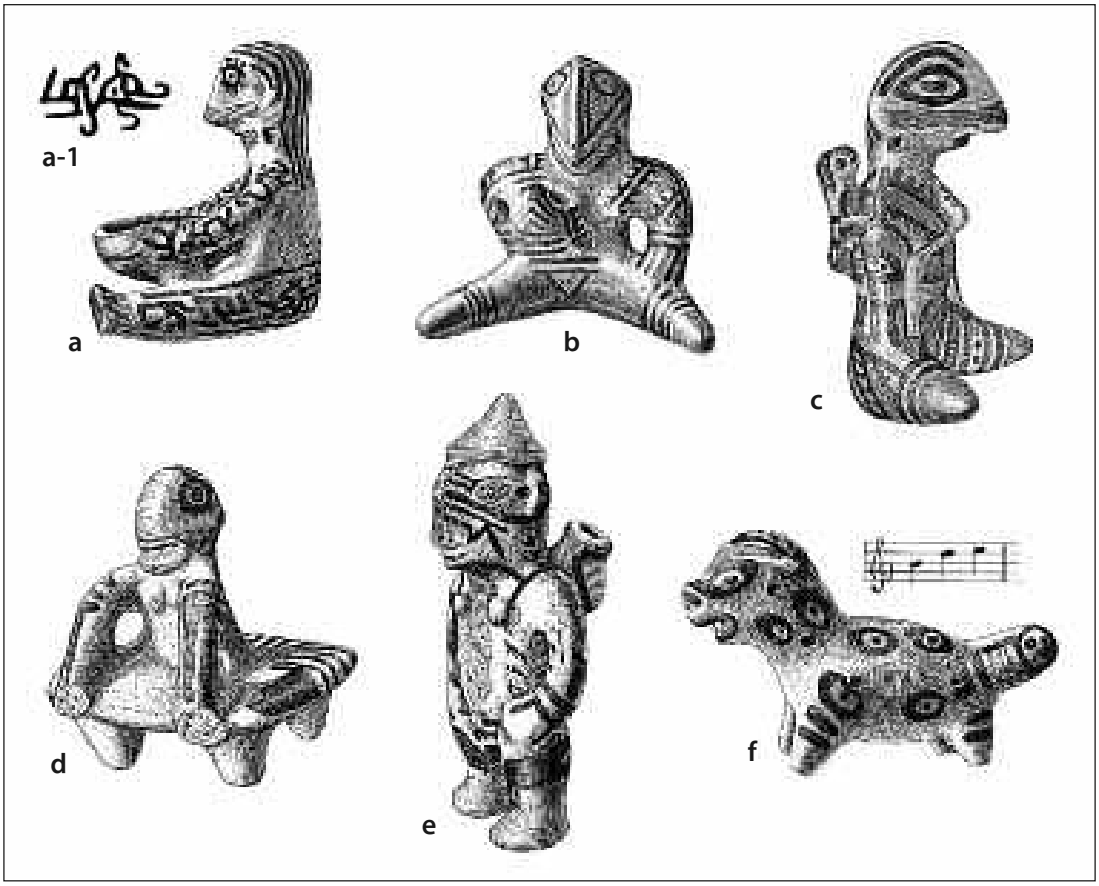


Figura 9. Las figurillas del tipo Lagarto de «Gran Chiriquí», producidas en vísperas de la conquista española, acusan muchos detalles sobre la vida cotidiana y ritual. Demuestran cómo se usaba la pintura facial y corporal de achiote (rojo) y jagua (negro).
a: Mujer confeccionando una vasija; **b**: mujer amamantando a un niño o animal; **c**: mujer con un niño a espaldas; **d**: persona sentada en un banco; **e**: hombre cargando una vasija (tal vez llena de agua); viste la misma clase de gorra cónica que aparece en las estatuas de Barriles; **f**: pito u «ocarina» en forma de felino (W. H. Holmes, *Ancient art of Chiriquí*, 1888, figura 226 [c, 9.5 cm], figura 227 [b, 8 cm], figura 267 [a, 9.5 cm], figura 268 [d, 7.8 cm], figura 269 [e, 12 cm], de Jacú, figura 311 [f, 5.6 cm]). Las medidas se refieren al alto.

Dichas diferencias áreales se desprendieron de múltiples factores. En cuanto a la alfarería, tanto del uso de distintas materias primas, como la arcilla, la arenilla, gravilla y/o piedra pulverizada (para hacer el desgrasante) y los pigmentos, estaban vinculados a la geología local. Los conceptos y las creencias propios de cada región, plasmados en el modelaje y/o la pintura, trasmitían información simbólica e «ideológica» que los usuarios precolombinos en cada área cultural interpretaban de acuerdo a su propia herencia cultural e intelectual. Esta habría incluido elementos atávicos compartidos por los demás grupos de habla chibchense y chocoana y otros de índole local, así como muchos otros más recientes que se referían a las historias y mitologías de agrupaciones particulares que se separaron del tronco común[175].

En resumen, la complejidad de esta faceta de las investigaciones arqueológicas es superior al estado actual de nuestros conocimientos. El tema es multifacético, por lo que no es nada fácil relacionar los grupos de artefactos imperecederos por sí solos con importantes parámetros sociales, como, por ejemplo, los territorios sociopolíticos, la producción y el trueque, las lenguas y las archaeo-etnias. Hacen mucha falta más investigaciones instrumentales sobre las materias primas utilizadas en la confección de la cerámica, la lítica y la orfebrería, aunque, como veremos más adelante, se han hecho importantes nuevos avances (por ejemplo, Palumbo, 2015)[176].

Localismo

Dentro de las tradiciones de cada una de las tres mayores regiones culturales consolidadas según nuestro planteamiento durante los últimos 2000 años de la Era Precolombina, se han identificado variantes locales, mayormente concernientes a las vasijas de barro y a los objetos de piedra tallados. Ciertas clases de artefactos de oro *sensu lato* también acusan estilos locales, los que se compaginan con los estilos de la cerámica pintada. La diversidad cultural expresada por estos artefactos, parece acrecentar a través del tiempo; esto por lógica, puesto que cada conflicto suele conllevar la disgregación social.

Chiriquí y Bocas del Toro: asentamiento de las tierras altas y de la costa del Caribe

Recorridos extensos en los años 60 y 70 no descubrieron evidencia de comunidades de los Períodos I-III en la costa e islas del golfo de Chiriquí, a diferencia del alto río Chiriquí, como leímos atrás. Parece ser, pues, que la temprana trayectoria cultural del Panamá occidental fue bastante distinta a la de Gran Coclé, a lo mejor porque acusaba un enfoque marcadamente menos costero. En las zonas central y norte de Costa Rica, donde la cerámica La Tronadora es tan antigua como la Monagrillo de Panamá –si bien muy diferente en lo tecnológico y conceptual– las zonas costeras también estuvieron, o deshabitadas, o solo levemente ocupadas para la misma época[177].

Aunque la arqueología de Chiriquí recibiera la atención de los eruditos primero que las demás provincias panameñas[178], no fue sino hasta los años 50 que esta provincia conociera investigaciones dirigidas por arqueólogos dispuestos a ir al terreno[179]. En la década de 1970, Olga Linares, nacida y criada en Chiriquí, y Anthony Ranere, se valieron de datos obtenidos en tres temporadas de campo que enfocaron tres zonas diferentes[180]. Los resultados abocaron en una hipótesis general de la dispersión y diversificación de los grupos de agricultores y alfareros en el Panamá occidental[181].

De acuerdo a una investigación paleoecológica realizada por Hermann Behling en las lagunas de Volcán, grupos de agricultores comenzaron a despejar los bosques húmedos en las faldas occidentales del Barú para los 3000 años atrás; y no hacia finales de este milenio como se creyó anteriormente[182]. El estilo de cerámica que habrían utilizado estos agricultores –Concepción (figura 10a-b)– exhibe un buen control de la simetría y de las decoraciones plásticas, las que son bastante intricadas[183] y señalan, o que aún no se han hallado sus antecedentes históricos en territorio panameño, o que esta vajilla fue introducida desde las cuencas de los ríos Térraba, Sierpe y Coto donde los arqueólogos costarricenses atribuyen los parecidos estilos Darizara y Curré al período comprendido entre los 3500 y 2300 a. P. (3800-2350 años atrás)[184].

Para el período comprendido entre los 1700 y 1300 años atrás, los agricultores asentados en los valles de Cerro Punta y El Hato, sembraban frijoles (*Phaseolus* spp.), camotes y variedades de maíz ya adaptadas al clima fresco y húmedo en los ricos y bien drenados suelos volcánicos. Esta población agrícola experimentó un rápido crecimiento demográfico seguido de una escisión social, la cual condujo a la formación de dos territorios –o cacicazgos– separados estos por una especie de «zona de amortiguamiento»[185]. El gran centro ceremonial de Barriles parece haber servido como un centro de reuniones para *ambos* territorios. Para los 1300 años atrás, Linares estimó la población de esta región en 2,430 personas con una densidad de 39 personas/km^2 [185]. En Sitio Pittí (Cerro Punta), una sencilla vivienda ovalada cuyos postes carbonizados arrojaron una fecha promedio de aproximadamente 1400 años atrás[187] se cubrió de ceniza volcánica, la cual fue interpretada como evidencia de lo que fue la última e impactante erupción del Barú según se pensaba en aquel tiempo. Es más, según Linares, dicha erupción terminaría por despoblar este valle y por impulsar a los damnificados hacia la costa caribeña de la laguna de Chiriquí, en Bocas del Toro, donde se habrían establecido en pequeños caseríos como Cerro Brujo para la misma fecha radiocarbónica[188].

Con el pasar de los años, sin embargo, se han ido modificando algunas hipótesis de Linares debido a que se han agregado nuevos datos sobre la secuencia eruptiva del Barú, respaldada por una cronología radiocarbónica. En primer lugar, la capa de pómez observada en 1972 en Sitio Pittí[189] (Cerro Punta), no representa la última erupción del Barú, acontecida unos 1400 años atrás, como Linares y sus colegas pensaban, sino, probablemente, la segunda de al menos tres. Según la investigación de Hermann Behling, las capas de tefra[190] depositados en los lagos de Volcán, localizados 16 km al suroeste del cráter del volcán Barú, se fecharon en: 1) 1790±50 a. P. (1825-1570 años atrás); 2) 1020±60 a. P. (1060-790 años atrás); y 3) 500±60 a. P. (655-455 años atrás). Por ello, la propuesta de Linares y sus colegas de que la última erupción del Barú ocasionó el despoblamiento de los valles de Cerro Punta y Volcán, seguido de una emigración a la costa del Caribe en Bocas del Toro, ya no es defendible. La última erupción ocurrió aproximadamente 500 años atrás y tuvo un gran impacto en la vida y cultura de los

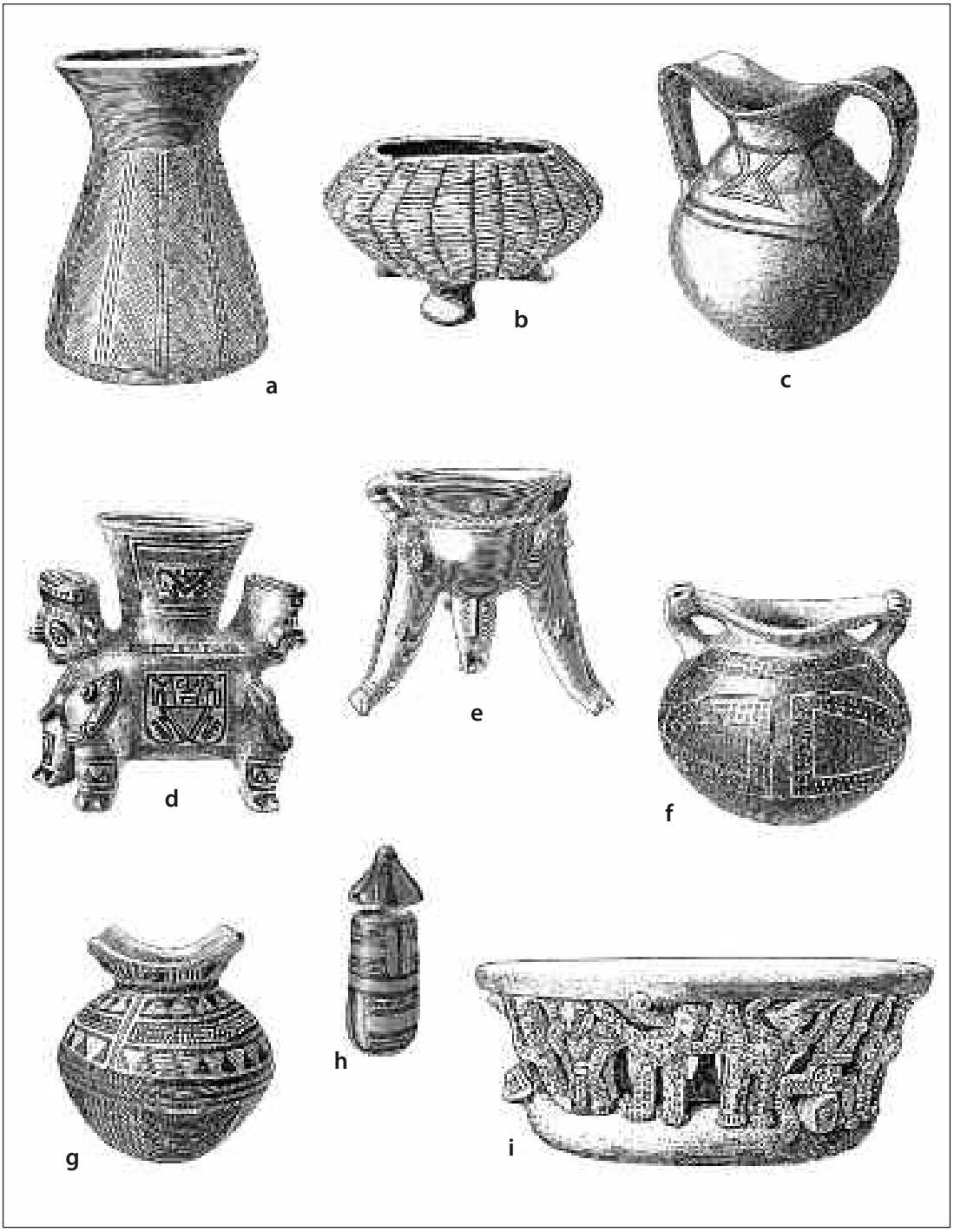


Figura 10. La tradición alfarera de «Gran Chiriquí» se remonta al 2300 a. P., fecha para la cual se producía la cerámica Concepción (**a-b**); **c**: tipo Linarte Línea Roja (Fase San Lorenzo, 1150-850 a. P.). Las otras vasijas pertenecen a la fase Chiriquí (850-500 a. P.); **d**: tipo lagarto; **e**: tipo Trípode, con patas pisciformes; **f**: tipo Chocolate Inciso, cuyas incisiones contienen residuos de caolina; **g-h**: tipo «Negativo»; **i**: posible asiento de cerámica, tipo Bisquit. (W. H. Holmes, *Ancient art of Chiriquí*, 1888, figura 204 [d], figura 223 [h]; G. G. MacCurdy, *A study of Chiriquian antiquities*, 1911, lámina 17a [f], 23b [e], 25a [c], 30f [g], 46e [i]). Los dibujos no están a escala.

pueblos originarios de la zona. Aunque los bosques montanos pluviosos se recuperaron considerablemente después de la erupción, los fuegos antropogénicos se volvieron esporádicos y la agricultura se detuvo en la región[191].

Se demostró que el Caribe centro y sur de Costa Rica recibió a grupos de agricultores conocedores del maíz entre los 2730 años atrás (laguna Bonillita, río Reventazón) y los 2800 años atrás (La Selva)[192]. La cerámica Black Creek, reportada en la costa cerca de la frontera con Panamá, acusa fechas comprendidas entre los 3440±40 a. P. (3835-3580 años atrás) y 2580±40 a. P. (2770-2500 años atrás). Cabe en lo posible, por ende, que –sea cual fuera su punto de origen– algunos agricultores alfareros ya estuvieran asentados en el litoral e islas de la bahía de Almirante y la laguna de Chiriquí mucho tiempo antes de 1350 a. P.; fecha establecida por Olga Linares para los primeros asentamientos en la península de Aguacate[193]. Desde fechas tempranas, les convenía a todas las comunidades localizadas en ámbitos disímiles, mantener contactos sociales y de trueque de valle y en valle y a través de la cordillera[194]; un patrón compartido por los doraces y chánguenas durante la época colonial y por los ngäbes en la actualidad.

Linares estimó que la población que residía en la península de Aguacate por los 1050 años atrás se acercaba a los 120 habitantes, reunidos en cuatro caseríos dispersos y consistentes en pequeñas estructuras separadas entre sí por 300 metros Ella estaba consciente, sin embargo, que deberán de haber existido asentamientos extensos y nucleados en Bocas del Toro conforme a la evidencia documental para el período de contacto (véase el capítulo 2).

En efecto, a partir de 2003, Tom Wake ha emprendido una investigación multianual en la punta noroeste de isla Colón, a la que se le dio el nombre de Sitio Drago. Este yacimiento abarca 15 hectáreas y posee profundos depósitos culturales; algunas acumulaciones de desechos alcanzan una altura de 1-2 m sobre la superficie actual. La alfarería señala lazos con la vertiente del Pacífico de Gran Coclé, Chiriquí, Diquís (Costa Rica) y Guanacaste (Costa Rica), de aquí que Wake aduce que Sitio Drago fue un centro de intercambio comercial. Fragmentos de esculturas y de metates tallados en forma de jaguar, al igual que una mayor cantidad de adornos confeccionados con conchas marinas y huesos de animales, en comparación con otros sitios bocatoreños, señalan la presencia, en Sitio Drago, de artículos trocados entre las élites regionals[195]. (Wake *et al*., 2004, 2012; Wake and Mendizabal, *en prensa*).

Quince fechamientos de ^{14}C, los que abarcan desde 1260 hasta 540 años atrás, confirman que el asentamiento de Sitio Drago se traslapa con el de cerro Brujo, aunque la ocupación en aquel sitio era más prolongada y continua. La presencia de piedras ahuecadas para moler alimentos vegetales; el uso general de los productos arbóreos; la diversidad taxonómica de los restos de reptiles y mamíferos terrestres y, por último, la gran variedad de moluscos y peces de arrecifes, manglares y playas que se utilizaban como alimentos humanos en Sitio Drago[196], se compaginan con los conceptos de Olga Linares de la «vegecultura»,

«la cacería en huertas» (*garden hunting*) y las estrategias de pesca en aguas costeras. Sin embargo, el enfoque de la subsistencia en Sitio Drago difería del de cerro Brujo, puesto que en aquel sitio, las mesas de moler (*metates*) aluden al cultivo y al uso intensivos del maíz, en tanto que la pesca abarcaba aguas profundas a cierta distancia de la costa.

Pacífico central: aldeas, policromía y orfebrería

Un pequeño caserío existió en La Mula-Sarigua durante el Período III-A. En otra parte de este extenso sitio ocupado interrumpidamente desde tiempos paleoindios, un botadero fechado entre el 2920 y 2520 (cal 760-200 a. C.) y asociado, al parecer, a una sola vivienda, comprobó la coexistencia de algunos elementos técnicos que a la postre sobresaldrían en la tradición alfarera de «Gran Coclé», como el uso del carbonato de calcio o caolina para rellenar incisiones y líneas pintadas en negro, las que encierran bloques ejecutados en otros colores (en este caso, rojo y beige)[197]. A partir de este momento, la población de La Mula-Sarigua creció rápidamente de manera que, cuando estaba en boga el bello estilo de cerámica policromada llamado «La Mula» (2200-1750 a. P.)[198], la zona ocupada cubrió 50-60 hectáreas[199]. Aunque no se pueda establecer que toda esta zona fuera utilizada simultáneamente durante este lapso, está claro que se trata de una *aldea* –habitada por 500-1,000 personas[200]– cuyo surgimiento estuvo vinculado a un momento oportuno en el desarrollo geomorfológico de la costa cuando, por un lado, el mar estaba más cerca que en la actualidad; y, por otro, todavía no existía la albina, la cual hace que sea incómodo vivir en este sitio hoy en día a causa de las nubes de sedimentos salobres que el viento alisios lleva tierra adentro durante los meses de verano. Otro factor que pudo haber influido en la preeminencia regional de La Mula-Sarigua para estas fechas es la cercanía de una gigantesca acumulación de cantos y guijarros de jaspe y ágata empleados para producir pequeños utensilios puntiagudos con pedúnculos logrados con muescas laterales. Estas herramientas funcionaron como una especie de cuchilla «boy scout»; para cortar, raspar, perforar, etcétera[201]. A lo mejor los moradores de La Mula-Sarigua las intercambiaban por hachas, zuelas, manos, metates y otros artículos producidos en asentamientos alejados de la costa[202].

En Coclé, Veraguas y Azuero se han reportado varios sitios contemporáneos con La Mula-Sarigua, tanto pequeños caseríos, como Se-133 en las estribaciones de Veraguas, como aldeas localizadas en zonas de aluvión, de los cuales las más extensas ya investigadas son SA-27 (Veraguas), Búcaro (Los Santos), Cerro Juan Díaz (Herrera) y Sitio Sierra (Coclé)[203]. Cerro Juan Díaz compartió con La Mula-Sarigua una ubicación ideal para aprovechar los recursos de distintos hábitats cercanos: vegas para las siembras y cacería de iguanas, estuarios y playas para la pesca y recolección de invertebrados marinos y sabanas arboladas para corretear venados y codornices (*Colinus cristatus*)[204]. A partir de este momento y hasta

Figura 11. Etapas en la evolución de la tradición de alfarería policromada de «Gran Coclé» (2300-850 a. P.).
a: Estilo La Mula (2300-1700 a. P.)*; **b**: estilo Tonosí (1700-1400 a. P.); **c**: estilo Tonosí, evolucionando hacia Cubitá (~1400 a. P.); **d**: estilo Cubitá (1400-1200 a. P.); **e**: estilo Conte Tardío (1200-1050 a. P.); **f**: estilo Macaracas tardío (1100-850 a. P.)*. Fotos: R. G. Cooke. No están a escala. (*)=Colección del Museo Antropológico «Reina Torres de Araúz».

después de la conquista española, se efectuaron centenares de entierros en este sitio, los cuales se distinguen por una llamativa variedad de métodos de preparar y enterrar a los muertos[205]. La sepultura más antigua consistió en un pozo vertical excavado a través de la roca madre en el cual se depositaron varios fardos de huesos humanos; probablemente los restos de personas que habían sido enterradas o expuestas a la intemperie. Uno de estos envolvió a un adulto y a un adolescente, acompañados de un ajuar que hace pensar en algún oficio ritual, como el de chamán o curandero (los «tuyras» y «tequinas» descritos por Fernández de Oviedo)[206]: dos espléndidas barras de piedra pulida, dos collares de dientes –uno de piezas de puma y el otro de tigrillos (*Leopardus pardalis*) y mapaches (*Procyon lotor*)–, adornos de conchas marinas del género *Spondylus* (las cuales eran apreciadas por sus colores púrpura y rosado) y un aro de metal con un alto porcentaje de cobre; el más antiguo objeto panameño de orfebrería que se haya fechado con el método del ^{14}C[207]. En el mismo emplazamiento mortuorio, aunque en una fecha más reciente, se enterró a otro adulto cuyo ajuar consistente en incensarios de cerámica, dos láminas martilladas de tumbaga, veinticuatro colmillos perforados de jaguar (*Pantera onca*) y puma, y cuatrocientas cuentas tubulares de *Spondylus* hace pensar que él, también, dirigió ceremonias rituales[208].

Poco a poco, el cromatismo, las imágenes y las formas preferidos por los alfareros (o alfareras) que hacían las vasijas La Mula se transformaron en el siguiente estilo de la tradición de «Gran Coclé», el Tonosí (1750-1400 a. P.) caracterizado, no solo por la cuidadosa selección de las arcillas, el buen control de la cocción, el engobe blanco y las líneas cuidadosamente trazadas, sino, también, por el inventario más variado de imágenes zoomorfas (basadas en animales), las cuales son escasas en el anterior estilo La Mula[209]. Otra característica única de este estilo es la representación de actividades humanas, pequeñas figuras abstractas que agarran artefactos y parecen participar en alguna «junta de trabajo», como la erección de una estructura[210]. Al mismo tiempo, se diversificó la producción de adornos personales y objetos rituales de piedra, concha, hueso y metal, los cuales representan muchas de las clases de animales que se pintaron y modelaron en la cerámica Tonosí (arañas, cocodrilos, ranas y sapos, aves, «felinos» y «perros»)[211]. En Cerro Juan Díaz, la mayor parte de los adornos de concha que se hallaron en las sepulturas depositadas antes de 1250 d. C. (700 años atrás) –cuando los estilos La Mula, Tonosí y Cubitá de la policromía estaban en boga– se confeccionaron de los ostiones «espinosos» (*Spondylus* spp.) y el «perlífero» (*Pinctada mazatlanica*), materiales que adquirieron un gran valor por toda la América tropical. Las perlas también se usaron para hacer dijes y cuentas[212]. Estas especies no viven en estuarios, sino en aguas claras cerca de arrecifes coralinos y rocas por lo que se supone que eran traídas al sitio por personas que las buceaban en otras zonas de la costa (por ejemplo, del farallón que está al frente de la playa Monagre o en isla Iguana). Es posible que uno de los artefactos más exquisitos en este emplazamiento funerario –una rana de cola larga confeccionada de «cambumbia» (*Strombus*) (figura 1)[213]– se hubiera

producido en un taller hallado en el sitio mismo, el cual contuvo centenares de fragmentos de cambombias (*Lobatus gracilior*) y otros gasterópodos (especialmente *Conu*s spp.), trabajados con útiles de piedra especiales (y, se supone, con cuerdas y herramientas de hueso y madera). Mediante un análisis cuidadoso de los residuos de manufactura, Julia Mayo logró determinar cómo las conchas se rompían, astillaban y pulían a fin de producir cuentas circulares y pequeños «bastones» que se usaban para hacer lindísimos collares[214].

Tal es la destreza exhibida por las cuentas, láminas, argollas, pendientes y figurillas de metal que se han hallado en sepulturas fechadas entre aproximadamente el 1800 y 1250 a. P., en «Gran Coclé» –reunidas por Warwick Bray en el «Estilo Inicial»[215]– que es lógico inferir que la metalurgia se introdujo a Panamá en un etapa tecnológicamente avanzada desde los grandes centros de producción del Norte de Suramérica[216]. A lo mejor fue llevada allí por artesanos itinerantes. Aunque las piezas del «Estilo Inicial» halladas en el Istmo guardan semejanzas con otras de Costa Rica y Colombia, no se puede determinar dónde se produjeron. Acabamos de señalar que algunos de los artículos de metal más antiguos de «Gran Coclé» pudieron haber formado parte de la parafernalia ritual de chamanes o curanderos, por lo que cabe en lo posible que, cuando la orfebrería apareció en Panamá, se valoró más por lo ritual o simbólico, que por lo suntuario o meramente decorativo. Esta hipótesis se apoya en la distribución del ajuar funerario en las sepulturas azuerenses del período 1800-1250 a. P., la cual, según Peter Briggs, no compagina con la de una sociedad jerarquizada siendo típica, más bien, de comunidades igualitarias en las que el oficio, la edad o el sexo de cada difunto es lo que determinaba los objetos que llevaba consigo al otro mundo. No todos los cementerios investigados contuvieron adornos de metal, en tanto que se han encontrado más de cuatro ítems de oro enterrados con un solo individuo. En El Indio (Los Santos), las únicas ofrendas depositadas en un cementerio de tipo grupal o familiar –colocado debajo de una estructura con un piso de arcilla (tal vez, una vivienda)– comprendieron vasijas, hachas, metates y ofrendas de alimentos. Ejemplares de las espléndidas «ollas dobles» del estilo Tonosí se hallaron tan solo con niños[217]. De igual manera, las ofrendas que acompañaron a veinticuatro individuos en Sitio Sierra, enterrados debajo de una estructura redonda entre el 2030 y 1730 (cal 40 a. C.-350 cal d. C.) constaron de vasijas pintadas e incisas, hachas pulidas, cuchillos, raspadores y pulidores de piedra, manos de moler (una cubierta de granos de almidón de maíz), cuentas de concha y ofrendas de espinas de raya y de granos de maíz. El oficio de un adulto maduro fue el de afilar y remendar hachas pulidas[218].

No se tiene a mano evidencia de obras públicas para el período comprendido entre el 2300 y 1250 a. P., en «Gran Coclé», a no ser que las terrazas revestidas con piedra de cerro Hacha (río Limón, Coclé del Norte) sean coevas con algunos tiestos hallados en este sitio cuyos diseños pintados se asemejan a los de las vasijas funerarias de Sitio Sierra[219]. En Cerro Juan Díaz se reportó un arreglo circular de hornos revestidos con piedras, utilizados para el 1450 a. P. (630 cal d. C.), los cuales

pudieron haber servido para desecar cadáveres[220]. Las sencillas viviendas ocupadas para estas fechas en este sitio tenían pisos de arcilla y postes de madera, al igual que en Sitio Sierra, unos siglos antes, donde una ovalada midió 8 x 4 m y otras tenían techos de paja o pencas[221]. En vista de que habría distado 12.5 km de la costa (un recorrido mucho mayor en cayuco) se supone que los habitantes de esta aldea habrían canjeado productos agrícolas que ellos mismos sembraban en los ricos suelos de aluvión por los pescados marinos que se hallaron en los botaderos, los cuales, a manera de especulación, habrían sido ahumados y salados por los pescadores que se acampaban durante esta época en la Cueva de los Vampiros localizada en la desembocadura del río Santa María[222].

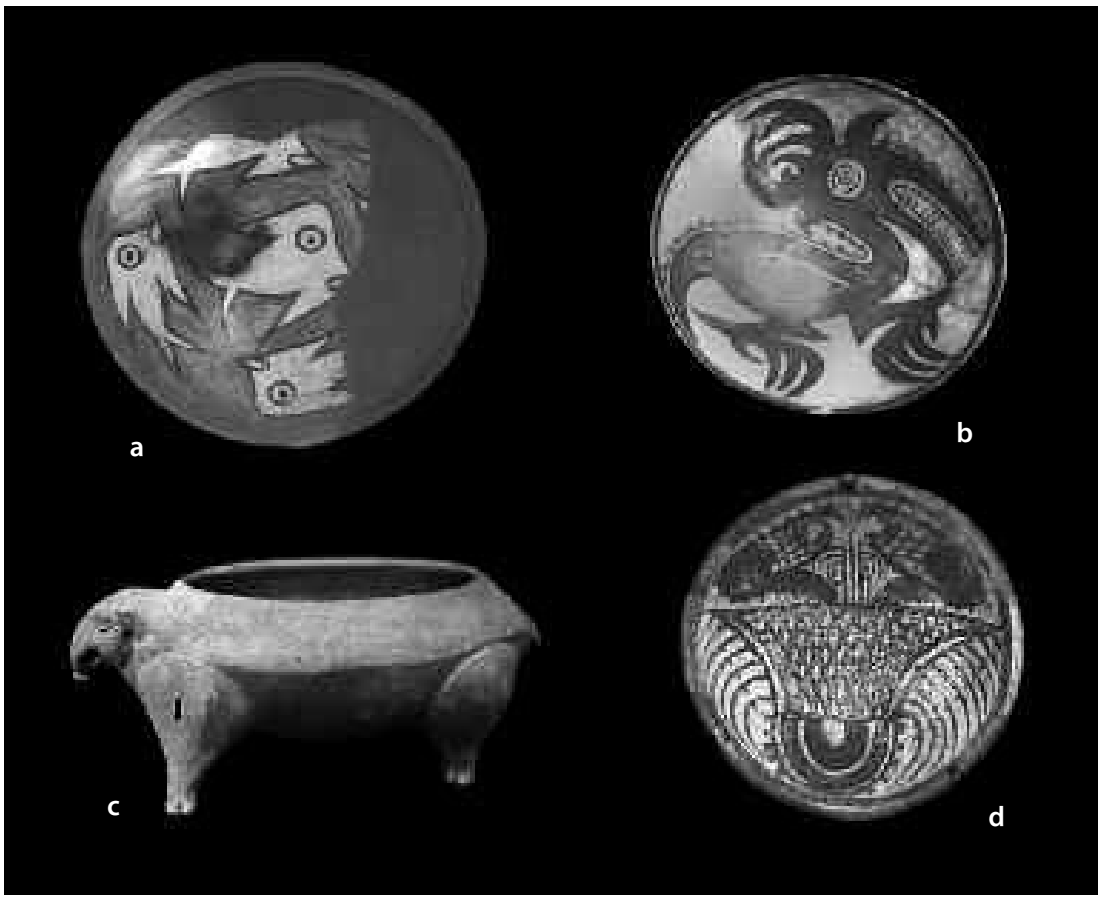


Figura 12. Aunque las figuras de animales que aparecen en el arte precolombino de Panamá son, por lo general, impresionistas, frecuentemente exhiben detalles que permiten una precisa identificación taxonómica de acuerdo a criterios biológicos.
a: Peces catarnica (Carangidae: *Selene*), plato Conte Temprano, cerro Juan Díaz; **b**: venado de cola blanca, macho con astas ramificadas (Cervidae; *Odocoileus*), plato Conte Temprano, procedencia incierta*; **c**: tapir (*Tapirus*), estilo Bisquit, Chiriquí, procedencia incierta*; **d**: cangrejo, quizás Familia Xanthidae (*Ozius* o *Eucides*) (John Christy, comunicación personal, 2003), plato estilo Conte Tardío, procedencia incierta*. Las fotos no están a escala. (*)=Colección del Museo Antropológico «Reina Torres de Araúz».

Asentamientos al este de El Valle

Señalamos atrás que se han recogido materiales culturales de los Períodos I-B y II-A en la región comprendida entre El Valle y la frontera colombiana, en tanto que datos paleoecológicos provenientes de las cuencas de los ríos Chagres y Tuyra advierten sobre la dispersión de grupos de agricultores hacia estas zonas antes del 4000 a. P. Por tanto, el hecho de que no se conozcan sitios alfareros en esta región, sino hasta finales del primer milenio a. P., se atribuye a la incompleta cobertura geográfica y temporal de las investigaciones arqueológicas realizadas en esta amplia región, la cual, en vísperas de la conquista española, fue territorio de «los de la lengua de cueva»[223].

A orillas del curso medio del río Chagres, inundado desde 1930 por las aguas de lago Alajuela, se conocen muchos sitios arqueológicos cuyos restos se exponen cuando cae el nivel del embalse durante la estación seca. En uno de ellos, isla Carranza, se descubrieron tiestos de platos y ollas decorados con incisiones y estampados de conchas marinas (*Anadara*), así como de una salvilla del estilo La Mula. Residuos carbonizados de alimentos vegetales adheridos a una de estas piezas arrojó una fecha de 2280±40 a. P. (400 [380]-210 cal a. C.). También se halló un escondite en el que se habían depositado un conjunto de útiles de piedra, lascas de jaspe, hachas romas y sin terminar y martillos de piedra; que, a lo mejor, pertenecieron a algún artesano. En un sitio vecino, isla Butler, un ejemplar de otro grupo de vasijas (al parecer el ajuar de un solo entierro sin restos humanos) arrojó una fecha de 1990±40 a. P. (60 cal a. C.-90 cal d. C.). Su diseño consistente en incisiones hechas con una especie de peine que graba líneas múltiples es muy parecido a otros reportados en isla Taboguilla[224] y en vecinos sitios costeros en tierra firme (Chumical y Palo Seco)[225], lo cual señala, no solo que todas estas comunidades compartieron las mismas tradiciones alfareras para el 2000 a. P., sino que, también, ya se hacían embarcaciones capaces de hacer travesías extensas en la bahía de Panamá.

Los contactos con la costa también se pusieron en evidencia en La Tranquilla, localizada en la orilla opuesta del río Chagres, donde se reportaron narigueras, cuentas y pendientes hechos de conchas y modelados como lagartos y aves en sepulturas de poca profundidad. El hallazgo de un tiesto del estilo Tonosí en una de estas hace pensar que este emplazamiento mortuorio se remonta al período comprendido entre el 1700 y 1450 a. P. Algunas narigueras y pendientes en forma de aves se hicieron de una concha rosada identificada como *Chama frondosa*, procedente del mar Caribe. Había un mayor número de cráneos que esqueletos enteros, lo que sugiere que aquellos se colocaron como ofrendas[226]. Esta práctica se reportó, también, en Cerro Juan Díaz y en Panamá Viejo en fechas más recientes[227].

En vista de que, tanto el tiesto Tonosí de La Tranquilla, como los pedazos de la salvilla La Mula hallados en isla Carranza, representaron hallazgos únicos,

se infiere que corresponden a vasijas importadas de sitios localizados hacia occidente, en «Gran Coclé». La categoría de cerámica que predominó, no solo en aquel cementerio, sino, también, en otros sitios localizados a orillas de lago Alajuela, es una vajilla engobada de rojo y decorada con animales modelados en bajorrelieve[228] Aunque nunca haya sido fechada por el método del ^{14}C, es probable que represente el período comprendido entre el 1700 y 1250 a. P. Acusa una amplia distribución en la región que abarca desde El Valle hasta la bahía de Cupica en Colombia[229], incluido el archipiélago de las Perlas[230], aunque Robert Drolet considera que fue importada a la Costa Arriba de Colón (Sitio Ronsuao, río Cuango, Colón) donde demostró ser coeva con otra vajilla sencilla de fabricación local[231]. En Panamá Viejo, se hallaron enormes urnas decoradas con monos, serpientes y cocodrilos en las que se habían depositado restos óseos humanos. Una fue tapada con una vasija cuyo borde exverso lleva una decoración geométrica pintada en negro sobre un fondo blanco[232]. En lo estilístico tiene mucho en común con variedades de cerámica fabricadas en «Gran Coclé»[233] aunque parece haberse producido en esta localidad. Mencionamos atrás que las normas culturales el epicentro de «Gran Coclé» ejercieron mucha influencia en esta zona de la costa hasta ~1150 a. P.

El sitio Ronsuao fue clasificado por Drolet como un taller especializado en la confección de útiles de piedra hechos con cantos rodados de basalto y usados para la pesca y la carpintería. Por otro lado, los escasos cuchillos de jaspe parecen haber sido importados desde el curso alto del río Chagres donde se han localizado talleres para la confección de dichas herramientas[234]. Drolet identificó más de veinte caseríos coevos con Ronsuao a lo largo de los ríos que fluyen hasta la Costa Arriba de Colón, zona que inmediatamente después del contacto español se convirtió en refugio para los cimarrones (esclavos africanos escapados)[235].

Cacicazgos: ricos y pobres, fuertes y débiles (Período V [1250-500 a. P.])

Por lógica, las transformaciones sociales y económicas que caracterizaron el período anterior repercutieron en la organización social y política de los indígenas precolombinos de Panamá. La intensificación del modo de producción agrícola habría reducido la movilidad de la población, especialmente en aquellas zonas de gran potencial agrícola donde se desarrollaron las aldeas. Como consecuencia de ello, se habrían fortalecido los sentimientos localistas y regionalistas: en la teoría, la heterogeneidad lingüística descrita por los españoles en el Panamá central y occidental –teniendo cada cacicazgo lengua propia– se remontaría a este período[236]. Simultáneamente el intercambio de alimentos, materias primas y artefactos habría adquirido nuevas dimensiones. Aquellas familias o parentelas que vivían en proximidad a las tierras más fértiles habrían podido utilizar los excedentes de la producción agrícola, por un lado, para

canjearlos por artículos de uso cotidiano, recursos alimenticios y objetos valiosos y prestigiosos que ellos no producían y, por otro, para organizar reuniones y fiestas, las cuales habrían servido para consolidar su respeto e influencia en la comunidad o territorio. De igual manera, aquellos sectores de la población que estaban bien ubicados para aprovechar recursos no alimenticios, como el oro aluvial y de veta, el cobre, el basalto y el jaspe, se habrían beneficiado de las posibilidades que aquellos les brindaban para el trueque y los tratos sociales. A medida que se ensalzaba el estatus de estas personas se habría afianzado su influencia política y, de aquí, su necesidad de legitimizar su posición en la sociedad mediante adornos iconográficamente significantes y de excepcional belleza o destreza. Por otro lado, la intensificación de la agricultura habría acelerado la degradación del paisaje y de los suelos a través de la deforestación y la erosión, situación que hecho más susceptible la producción de alimentos a los desbordamientos de los ríos, los vendavales, las invasiones de alimañas y las sequías, eventos que suelen ser bastante erráticos e imprevisibles en lo geográfico porque son capaces de arrasar con los cultivos y casas en un valle mientras los dejan intactos en otro vecino. Al mismo tiempo, dicha inseguridad habría consolidado la influencia de aquellas personas que se encargaban de dirigir las relaciones de los seres humanos con el mundo sobrenatural, como los chamanes y videntes, además de exacerbar los conflictos causados por el acceso a las mejores tierras.

Si bien el identificar con objetividad estos complejos y concatenados procesos no está siempre al alcance de los datos de campo arqueológicos, veremos en el siguiente capítulo que su relevancia al mundo prehispánico está confirmada por las observaciones de testigos oculares del momento del contacto español.

Ricos y pobres

Se ha seleccionado la fecha 1250 años atrás, para señalar el inicio del Período V de nuestra secuencia, porque es a partir de este momento cuando comienza a usarse el recinto funerario de Sitio Conte (Coclé) para enterrar a hombres adultos que lograron acumular grandes cantidades de artículos personales, muchos de los cuales exhiben una impresionante calidad técnica y artística. Desde su excavación por Samuel Lothrop y colegas de la Universidad de Harvard y J. Alden Mason del Museo de la Universidad de Pennsylvania, ambas en EE. UU., entre 1930 y 1940, las costumbres mortuorias y las inferencias socioculturales derivadas de estas se pregonaron como los epítomes de las sociedades cacicales del neotrópico, de manera que todos los escritos que abordan el tema de la riqueza y las jerarquías sociales hacen mucho énfasis en la naturaleza y distribución del ajuar funerario en las aproximadamente 100 tumbas que fueron investigadas[237]. Aunque se conocen muchos cementerios a lo largo y ancho del Istmo donde se enterraba a personas pudientes y ricas, Sitio Conte es el único excavado por

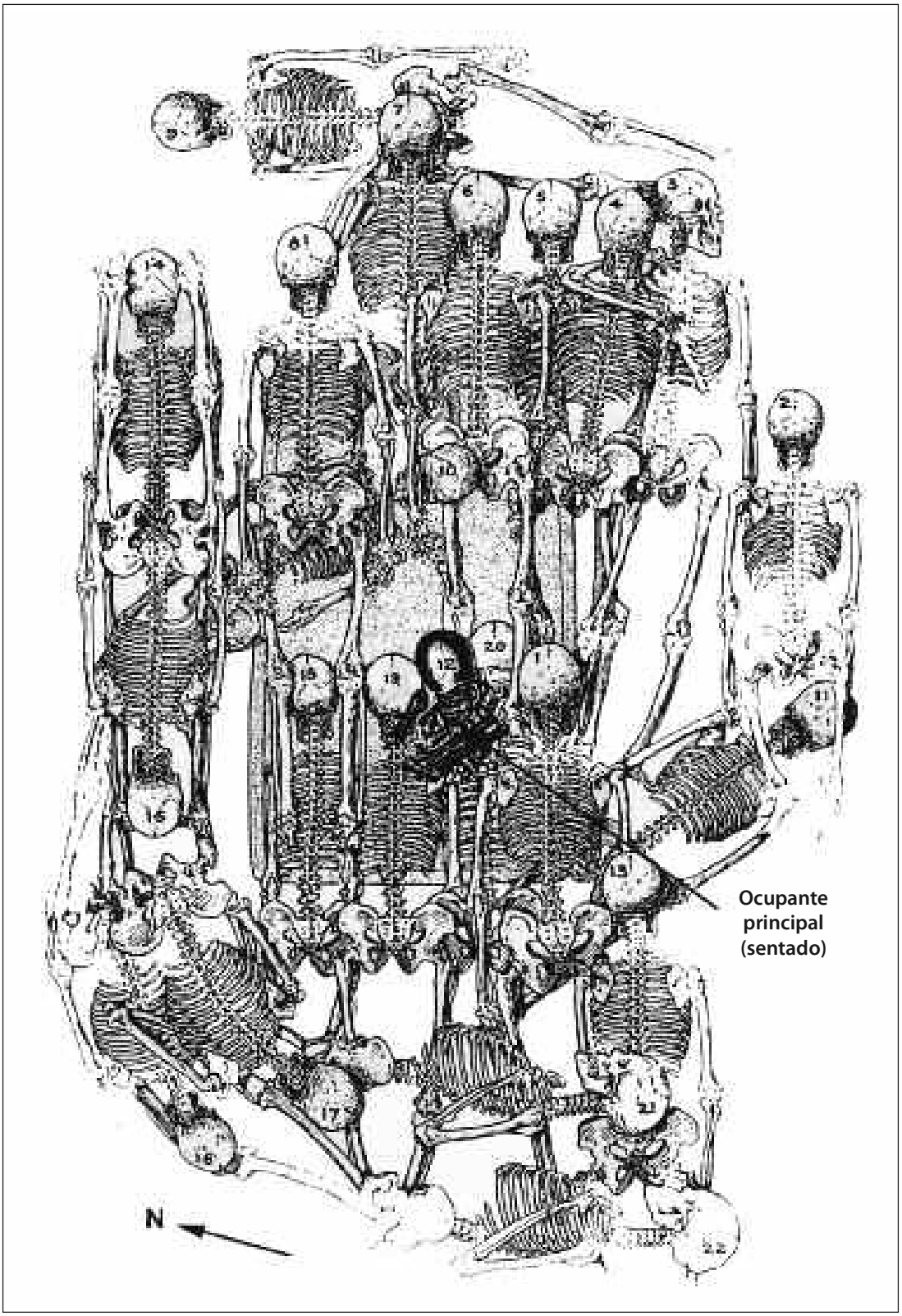


Figura 13. En las sepulturas más opulentas de Sitio Conte (Coclé), algunos ocupantes fueron enterrados sentados y rodeados de muchos otros esqueletos, los cuales han sido interpretados como prisioneros de guerra o mujeres del difunto. Cabe la posibilidad de que algunos sean los restos embalsamados de los ancestros, los cuales eran guardados en edificios especiales (S. K. Lothrop, *Coclé…*, *Part 1*, 1937, figura 31).

arqueólogos con un entrenamiento universitario, en donde los esqueletos humanos estaban lo suficientemente bien conservados como para permitir relacionar artefactos procedentes de sepulturas específicas con individuos cuya edad y sexo se pudo estimar[238]. Nuestros conocimientos del contenido de los demás sitios usados para enterrar a personas de alto rango social se restringen a descripciones de los artefactos más espléndidos hallados por aficionados o huaqueros que, por lo general, destruyeron las clases de evidencia que se requieren para interpretar los patrones funerarios en un contexto social e histórico[239]. Dicha situación es especialmente aciaga en Chiriquí y en el Veraguas occidental, donde se han abierto millares de tumbas; muchas a finales del siglo XIX[240]. Es un hecho que ninguna pieza entera de orfebrería, glíptica, ni piedra tallada ha sido contextualizada en una excavación científica en Chiriquí, lo cual, por lógica, repercute negativamente en nuestra evaluación del desarrollo cultural y de complejidad social del Istmo.

A diferencia de los grupos de sepulturas que consideramos atrás y de otros coevos ya estudiados en «Gran Coclé», como El Indio, La Cañaza[241], El Caño[242], Finca Juan Calderón[243], Las Huacas y Cerro Juan Díaz (Operación 4)[244], la población mortuoria de Sitio Conte es predominantemente adulta y masculina: el 94% de los 93 esqueletos cuya edad pudo determinarse, son adultos; de los cuales, el 77% son masculinos y el 23% femeninos[245]. Solo se encontró un esqueleto de niño[246]. En cambio, en el vecino y contemporáneo Cerro Juan Díaz (Operación 4), el 44% de los esqueletos (n=115) son preadultos, muchos de ellos niños y bebés. El 74% de los adultos cuyo sexo pudo establecerse (n=35), son femeninos[247]. No hay evidencia de mujeres, ni niños especialmente ricos, ni en Sitio Conte, ni en las crónicas españolas del siglo XVI, lo cual hace pensar que, si bien ciertas agrupaciones sociales acaparaban el poder –en el sentido de que solo de ellas podían salir los oficiales de mayor rango– no existían dinastías hereditarias. Esta observación se apoya en una frase contradictoria de la *Historia natural y general* de Fernández de Oviedo[248].

A los hombres pudientes en Sitio Conte se les enterraba frecuentemente sentados y envueltos en textiles[249]. En vista de que los cronistas describen el desecamiento de los cadáveres al fuego, así como casas mortuorias donde estos se guardaban ataviados[250], se supone que el entierro no siempre se efectuaba inmediatamente después del fallecimiento. En efecto, la gran variedad de modos de enterrar a los muertos que es evidente en la mayor parte de los cementerios precolombinos panameños, desde la época de Cerro Mangote hasta la Conquista[251], hace pensar en rituales prolongados que comprendieron varias etapas; por ejemplo, la inhumación o la exposición a la intemperie de los cadáveres, seguido por el reentierro en fardos o urnas de barro de los huesos exhumados o recogidos de un «zarzo» o cadalso. También se han reportado cremaciones.

Estas costumbres tan complejas subrayan cuán importante fue el cuidado de los ancestros y, de aquí, el mantenimiento de las buenas relaciones entre los

seres terrenales y sobrenaturales[252]. La manera en la que cada método de preparar a los difuntos se relacionaba con los grupos sociales, los sexos y las edades, no ha sido investigada a cabalidad, aunque, en el caso de Cerro Juan Díaz (Operación 4), las urnas contuvieron al menos un esqueleto de subadulto. Se mencionó atrás la costumbre de enterrar cráneos con otros esqueletos, práctica evidente, también, en Panamá Viejo donde una mujer ataviada con un lindo collar de cuentas de la concha *Spondylus* en forma de bastón (cuya antigüedad se calculó en 740±40 a. P. (1230 [1280] 1300 cal d. C.) (Beta 160239), estuvo acompañada de nueve calaveras, de las cuales dos dieron edades radiocarbónicas más tempranas (1550-1020 a. P.) (530-1190 cal d. C.)[253]. Esto hace pensar que estas habían sido

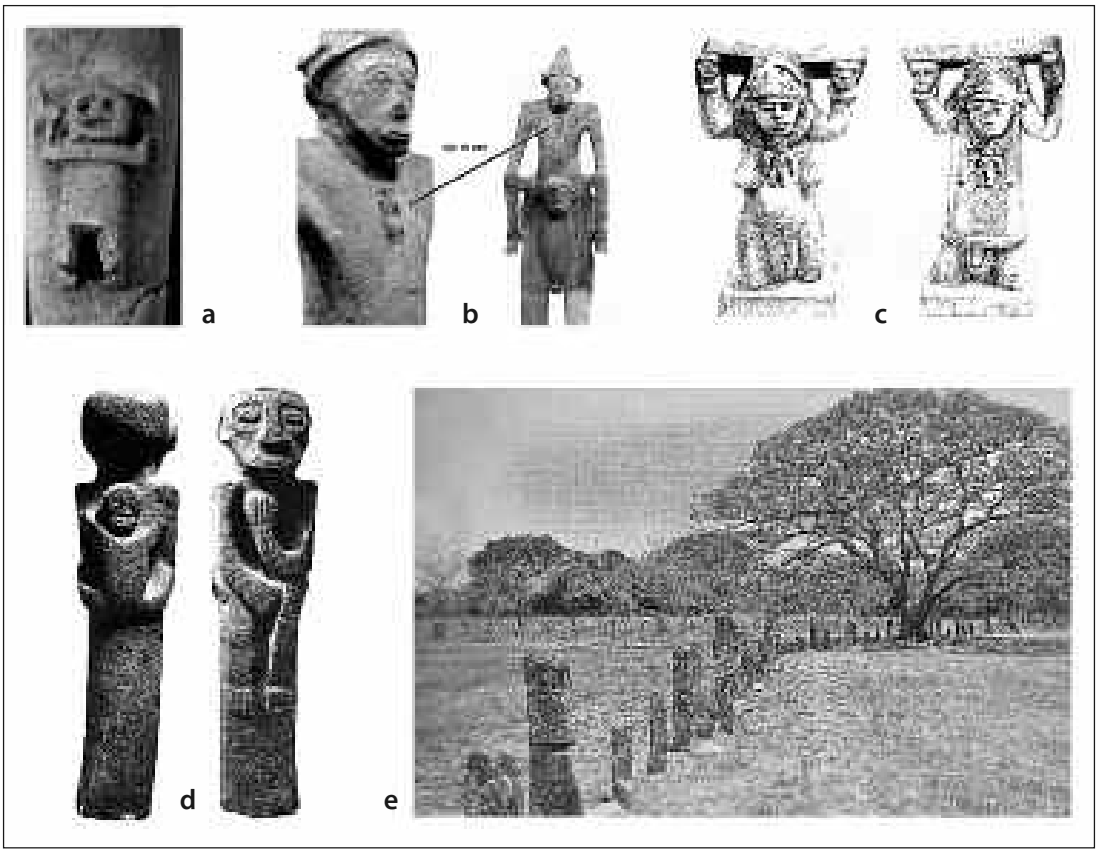


Figura 14. Dos centros ceremoniales: Barriles (Chiriquí) (a-c) El Caño (Coclé) (d-e).
a: Pata de un gran metate que demuestra una figura humana que sostiene un hacha de piedra; **b**: algunas figuras sentadas llevan sobre sus pechos pequeñas figurillas, las cuales podrían representar efigies humanas fundidas en oro; **c**: patas de un metate que retratan a una figura femenina y a otra masculina; ambos tienen los genitales exagerados y agarran cabezas humanas (las figurillas humanas colgantes podrían ser representaciones de piezas de oro); **d**: estatua de piedra que representa a un humano con un animal a espaldas; **e**: columnas de basalto hexagonal arregladas en filas, las cuales parecen definir un área ritual. Ilustraciones: Olga Linares (a, b, c), Museum Rieterberg, Zurich (d), A. Rodaniche (e), Carlos Fitzgerald (f).

guardadas durante varias generaciones[254]. También es posible que los entierros secundarios (esto es, los que contienen huesos redepositados) representen a aquellas personas que morían a cierta distancia de los emplazamientos donde se les enterraba en fechas o épocas especiales, cuando se reunía la comunidad entera para enterrar a sus muertos.

Samuel Lothrop concluyó que la distribución por sepultura de los artefactos mortuorios en Sitio Conte reproducía el sistema de posiciones sociales descrito por los cronistas, perteneciendo los entierros mejor ataviados a los caciques (*sacos* y *quevíes* de acuerdo a la terminología indígena), los medianamente opulentos, a los *cabras*[255] y los que tenían pocos artefactos, a la plebe. De acuerdo a Gaspar de Espinosa, quien presenció las exequias del cacique Parita o Antatará en 1519, el atuendo de este fue extravagante, consistiendo en los siguientes objetos de oro: un yelmo, cuatro collares, dos brazaletes, dos polainas, un grupo de discos y otros objetos pequeños y un cinturón decorado con campanitas. Las hamacas de paja, mantas y cordeles que envolvieron los restos mortales de Parita fueron, también, de excepcional calidad. Dos caciques sucesores, envueltos en sendos fardos, también estaban bien ataviados, pero «ni tan rica ni apuestamente» como aquel[256]. Excepto las campanas, esta lista compagina bien con el ajuar de Sitio Conte donde, según Peter Briggs, las personas más ricas eran las únicas que poseían discos repujados, figurillas humanas y de animales fundidas en moldes y expertamente confeccionadas, polainas, brazaletes y yelmos (aunque no necesariamente todos juntos), así como el mayor número de artículos finos de otros materiales, como dientes de cachalote y huesos de manatí tallados. Aunque en los cementerios coevos de El Indio, La Cañaza y Cerro Juan Díaz, la gente humilde tenía uno que otro artículo de concha y no más de quince dientes perforados de perro, venado, cocodrilo o tiburón, un hombre pudiente de Sitio Conte poseyó ocho collares que comprendieron doscientos colmillos de saíno o puerco de monte (*Tayassu*) y otro difunto, un artefacto de más de trescientos dientes de perro[257]. En la tumba 74, se hallaron aproximadamente 7,000 artículos de metal, incluidos trescientos accesorios de oro para orejeras en forma de barra; los dos ocupantes principales se enterraron conjuntamente con veintiséis discos repujados. Se infiere, pues, que regía el concepto del «valor agregado»: entre más influyente y opulento un individuo, mayor era el número y la calidad de sus atavíos[258].

Imágenes y sociedad

Una alta proporción de los artículos producidos por los indígenas precolombinos se decoraron con motivos geométricos e imágenes zoomorfas y antropomorfas. Si bien en algunos casos su función pudiera haber sido meramente estética o decorativa, se sobreentiende que la mayoría –hasta los más abstractos– trasmitía, o información resguardada en el acervo intelectual

de las comunidades que los usaban, como, por ejemplo, mitos, historias, creencias religiosas, fábulas sobre la organización social y las reglas de parentesco, o detalles que identificaban la clase social, como los tatuajes o la pintura facial y corporal. Este tema es tan abarcador que no podemos hacerle justicia en un ensayo de esta índole, por lo que referimos a los lectores a algunas publicaciones relevantes[259].

Varias clases de objetos, hechas de todos los medios disponibles, desde la madera hasta el oro de mayor quilataje, compartían los mismos iconos. En cuanto a aquellos zoomorfos y antropomorfos, algunos no parecen trasmitir información más precisa que clase u orden («un reptil», «un sapo», «un tiburón», «un ser humano», etcétera). En otros casos, sin embargo, es obvio que el artista quería que el observador se fijara en detalles que permitían la identificación de un género de animales (por ejemplo, «mapache», «cocodrilo», «iguana») y hasta de una especie («venado de cola blanca», «raya chucho»). En otros casos, son tantos los detalles referentes al atuendo, la pose, las armas y las prendas, que se supone que los iconos representan a seres reales o míticos, que el dueño habría podido nombrar. Un grupo de imágenes que parece referirse a los personajes de mitos, cuentos e historias comprende efigies gemelas modeladas en oro –a veces seres humanos, a veces animales humanizados–, las cuales blanden armas, como macanas y estólicas y visten tocados, collares, cinturones y ligas en los brazos y piernas. Se encontraron muchas en sepulturas en Finca Calderón[260]. Uno de los iconos más prominentes en las últimas sepulturas de Sitio Conte es un reptil, seguramente un caimán o cocodrilo, el cual frecuentemente exhibe características humanas. Cuando este aparece en algún objeto de gran valor, como un disco repujado, viste como un ser humano importante, con armas o bastones de mando, orejeras, cinturones y adornos en los brazos y piernas. En cambio, en objetos enterrados en sepulturas de gente humilde, no lleva atavíos; como si el artesano quisiera indicar que el mundo sobrenatural es una réplica del terrenal[261]. Estos comentarios son, por supuesto, especulativos. Sin embargo, en vista de que algunos grupos humanos que hablan idiomas de la estirpe chibchense, como los bribris y cabécares, recuerdan la época cuando existían clanes ranqueados que llevaban los nombres de animales y plantas[262], es factible que detalles iconográficos como los del saurio llaman la atención a la afiliación social, en un sentido tanto real, como simbólico. Tal vez sea significante, en este sentido, que el felino sea mucho más frecuente en el arte de «Gran Chiriquí» (especialmente en los bellos metates), de lo que es en «Gran Coclé»; esta discrepancia podría reflejar diferencias entre estas dos áreas culturales en lo referente a los mitos de origen y a las relaciones de los seres humanos con las especies de animales.

Poner a prueba hipótesis de esta índole con datos de campo adecuadamente registrados, si bien está al alcance de un proyecto de arqueología bien concebido y ejecutado, es hoy en día una tarea en extremo difícil –tal vez imposible– debido

a los estragos a los que han sometidos los cementerios indígenas de parte de los saqueadores y de las construcciones.

Fuera cual fuera su significado intelectual, para el 1250 d. C. los artículos de oro habían trascendido el papel principalmente ritual que se les atribuyó en el período anterior al convertirse, como los detalles funerarios de Sitio Conte lo indican, en símbolos manifiestos del poder y de las hazañas personales. Los soldados españoles se toparon con jefes militares que desplegaban piezas de oro durante las batallas, como el cacique veragüense Pocoa, descrito en el capítulo siguiente, o el «capitán» de Parita visto por Espinosa «armado con muchas patenas y armaduras de oro y puñetes puestos sobre una aljubeta de algodón que traía vestida»[263]. Fernández de Oviedo se dio perfecta cuenta de lo arraigado que estuvo este comportamiento en la sociedad prehispánica de Panamá: «cuando salen en campo de guerra llevan caracoles grandes hechos bocinas [...] y también tambores y muy hermosos penachos y algunas armaduras de oro en los pechos y patenas y brazales y otras piezas en las cabezas [...] y de ninguna manera como en la guerra se precian de parecer gentiles hombres e ir lo más bien aderezados que ellos pueden»[264].

Aunque las «guerras» precolombinas no se equiparaban con las europeas del Medioevo en cuanto a los niveles de violencia[265], siendo más bien ataques repentinos o escaramuzas, en cierto sentido ritualizados, está claro que los vencidos eran maltratados, mutilados y, en ocasiones, ejecutados. También se les obligaba a trabajar para los vencedores, labrando en los campos y cargando mercancía en los viajes de trueque. Puede ser, por ende, que los grupos de esqueletos que se encontraron acompañando a los personajes principales de algunas tumbas en Sitio Conte, hubieran sido prisioneros tomados en los enfrentamientos bélicos. También cabe en lo posible que algunos esqueletos de sexo femenino sean los de mujeres inmoladas durante la inhumación[266], un comportamiento característico de otras sociedades guerreras como los vikingos.

En el arte de la «Gran Chiriquí», son frecuentes las representaciones de cabezas humanas. Los bordes de los enormes metates hallados en Barriles están decorados con cabezas estilizadas en tanto que algunas de las figuras sentadas arriba en las estatuas dobles y otras talladas en las patas de metates, agarran cabezas humanas y hachas de dacita de doble filo[267]. En este último caso y en el de muchas estatuas de piedra halladas en áreas circunvecinas de Costa Rica, la actividad representada parece ser, en verdad, el despliegue de las cabezas de los enemigos, práctica que continuó en Panamá durante casi todo el período colonial[268]. Una efigie en oro hallada en Sitio Conte representa a gemelos que portan macanas de cuyos extremos distales cuelgan cabezas humanas[269]. Cabe advertir, sin embargo, que cada representación o hallazgo de una cabeza humana requiere ser analizada independientemente en vista de que, como ya ha hemos comentado, existen otras explicaciones igualmente sustentables por la presencia de estos elementos en un sitio arqueológico.

Centros ceremoniales

Barriles, localizado en la cordillera occidental de Chiriquí en la falda suroeste del volcán Barú, es uno de los sitios mejor conocidos de la América Central gracias a sus monumentos de piedra tallada, tales como los epónimos barriles, cuyos extremos están decorados con figuras humanas en bajorrelieve, los enormes metates también decorados con cabezas humanas y las cuatro estatuas dobles que representan a un ser humano que viste una gorra cónica y está sentado sobre los hombros de otro. Las facciones notoriamente diferentes del de abajo podrían señalar que pertenecía a un grupo étnico, grupal o de clase distinto al de la persona que sostiene[270].

En la literatura profesional, este sitio ha sido asociado con el período 2250-1350 a. P., debido a que existen ciertas semejanzas entre la iconografía de las estatuas (como las gorras, las figuras dobles y las cabezas humanas) y la de la cerámica modelada de la Fase Bugaba de la cordillera de Chiriquí (1750-1350 a. P.)[271]. Hay quienes creen que este conjunto de artefactos e imágenes delatan una simbiosis simbólica entre el poder político, la agricultura basada en el maíz, el ciclo de siembras y cosechas que esta actividad encierra y la conducta bélica[272].

Desafortunadamente, existen algunas incógnitas acerca de la relación estructural y cronológica entre las diferentes zonas del sitio: 1) el área socioceremonial donde, en 1949, el arqueólogo Matthew Stirling localizó una plataforma con un «piso» de lajas, rodeada por petroglifos hechos sobre piedras grandes; 2) el área habitacional localizada al este de esta; y 3) el cementerio en el que se descubrieron urnas de cerámica junto con sus con tapaderas, en dieciséis tumbas en forma de pozo, las cuales estabas forradas con piedras y tenían cuatro o más compartimientos. Algunas urnas del tipo Valbuena llevan diseños abstractos de animales pintados y delineados con incisiones. Aunque las clases de vasijas halladas en las sepulturas sí parecen remontar al período (1750-1350 a. P.) y, de aquí, al Período IV de nuestra secuencia (ver cuadro de periodización), la antigüedad de las *estatuas* no está clara. Después de abandonado el valle de Cerro Punta para los 1350 a. P., el tamaño de Barriles aumentó hasta aproximadamente los 1150 a. P.[273], lo que sugiere que su importancia como centro ceremonial acrecentó. Este dato reviste interés a la luz de las pequeñas efigies humanas que los personajes sentados de las estatuas dobles llevan en sus pechos[274] porque, asumiendo que el que talló las esculturas estaba pensando en objetos de metal y no de otras sustancias, como la resina; esta clase de figurillas fundidas en moldes no se manifiesta en el Istmo hasta después de los 1350 a. P. Por consiguiente, cabe en lo posible que las estatuas de Barriles sean más recientes que los entierros en los pozos revestidos con piedras.

Aunque Barriles no fue el sitio arqueológico más grande del área de El Hato y Cerro Punta[275], sí fue el único que mostró evidencia de ser un centro ceremonial, lo que hace pensar que sus actividades rituales no se ceñían a un

solo cacicazgo. En otras áreas de Chiriquí, como Santa Marta y Río Negro[276], así como en zonas adyacentes de Costa Rica[277], se han reportado fragmentos de esculturas monolíticas parecidas a las de Barriles, lo cual podría indicar que existen por descubrir otros centros igualmente imponentes. En el resto del sector panameño de «Gran Chiriquí», el único sitio donde se haya reportado estatuas talladas en forma de figuras humanas es Villalba, en el litoral de golfo de Chiriquí, donde, según Linares, estaban arregladas en un círculo[278].

En Sitio Conte, Lothrop descubrió hileras de columnas de basalto hexagonal, los cuales bien pudieron haber señalado los límites del cementerio[279]. Al otro lado del río Coclé del Sur, se extiende el sitio de El Caño, hoy en día un parque arqueológico, donde en los años 20, un locuaz aventurero norteamericano, A. Hyatt Verrill, desenterró con técnicas tristemente inapropiadas[280], un mayor número de columnas, tanto naturales, como talladas en forma de animales y seres humanos, así como esculturas que llamó «altares» y un número indeterminado de entierros[281]. Nunca sabremos hasta qué punto el dibujo que hizo de un «templo», compagina con la realidad. Posteriormente se halló una calzada de cantos rodados[282] y varios montículos funerarios que cubren entierros. Los que están debajo de los túmulos funerarios son coevos con parte del cementerio de Sitio Conte, aunque los difuntos distaron de ser tan opulentos como los *cabras* y *sacos* de aquel sitio[283]. Dentro de los rellenos de aquellos se hallaron urnas funerarias depositadas después del contacto español, las cuales contuvieron piezas de oro, concha y piedra, así como cuentas de vidrio europeas[284].

Pese a los problemas de cronología, los apuntes de campo de Verrill y los artefactos funerarios hallados en ambas orillas del río (cuyo cauce actual bien podría haberse cortado después de abandonado el sitio) hacen pensar que los arreglos de columnas son coevos con los entierros de Sitio Conte y que toda esta zona arqueológica, incluyendo cerro Cerrezuela donde existen terrazas revestidas con piedras (de presumida construcción prehispánica), constituye un solo, gigantesco recinto ceremonial. No se ha reportado ninguno igual en toda el área de «Gran Coclé». En Finca Calderón, o El Hatillo (He-4), localizado a orillas del río Parita –un sitio muy extenso que fue ocupado al momento del contacto y bien pudo haber sido uno de los dos «asientos» del cacique Parita en 1517/19– se conoce un arreglo de montículos funerarios, pero, hasta donde lo sabemos, no se ha hallado aquí evidencia de un recinto ceremonial. Por consiguiente, se supone que la preeminencia de conjunto Sitio Conte/El Caño/Cerrezuela atraía a personas que vivían allende del cacicazgo en cuyo territorio se encontraba (el cual habría sido el de Natá en 1516). Entre las esculturas llevadas a museos extranjeros, sobresale una que muestra a un ser humano con un animal en su espalda. Otra, que se salvó de los saqueos y se encuentra en el museo de El Caño, es el torso de un hombre que viste una espectacular rana, seguramente de oro, en su pecho. Los cronistas describen varios juegos rituales en el Istmo, entre ellos, uno, visto en «Tabarabá» (río San Pedro arriba), que por usar una pelota

de caucho, le hizo recordar a Espinosa el «bateyn» de las Antillas mayores. Otros parecen haber sido competencias basadas en el lanzamiento de proyectiles. Las grandes balserías de los ngäbes eran convenidas por personas capaces de reunir suficientes alimentos y bebidas fermentadas como para complacer a miles de participantes que acudían a las canchas especialmente preparadas en un sentido, tanto práctico, como ritual. Cabe en lo posible, por consiguiente, que el actual parque arqueológico hubiese desempeñado la doble función de acoger los restos de los guerreros más valientes de varios cacicazgos de «Gran Coclé», los cuales, pese a la frecuente hostilidad mutua, habrían guardado remembranzas de un origen y experiencias en común y, por otro lado, celebrar eventos rituales con areytos, cantos y juegos, los cuales habrían servido, no solo para que los jugadores sobresaliesen y que los músicos y músicos y cantores brillaran, sino, también, para que *quevíes, sacos* y *cabras* se olvidaran interinamente de sus celos y querellas al reafirmar su herencia cultural común y al procurar entablar alianzas y tratos sociales.

Aporte de la documentación escrita del período del contacto

Aquellos aspectos universales de la conducta humana que nos fascinan cuando leemos sobre las sociedades del pasado, como el amor, el odio, la violencia, la crueldad, la astucia y la generosidad, son en extremo difíciles de abordar con datos que no sean documentales por lo que las descripciones e interpretaciones presentadas en este se beneficiarán de lecturas de las crónicas españolas del período del contacto (1502-1550 d. C.), las cuales serán resumidas en el segundo capítulo. Cabe advertir, no obstante, que los europeos que trasmitieron dichas observaciones a pergamino y papel se criaron en un mundo radicalmente distinto al del indígena americano teniendo sus propias actitudes, creencias y agendas sociales y políticas, de manera que, cuando escudriñamos los documentos del período del contacto español, es preciso procurar distinguir entre la verdad y la propaganda, la objetividad y el prejuicio y la razón y la imaginación. A manera de ejemplo, aunque el capitán español Gaspar de Espinosa proveyera abundantes y minuciosos detalles sobre quienes sometió –los cuales confirman y en muchos casos amplían la demás información– también creyó que existieron «indios de dos caras y otros que tenían los pies redondos y las espinillas salidas de un palmo adelante»[285].

Notas

[1] Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales; Sistema Nacional de Investigadores, Secretaría Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación, Panamá.
[2] Museo Nacional de Costa Rica.
[3] Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, Panamá.
[4] Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, Panamá.

[5] Les pedimos disculpas al grupo de investigadores que han reforzado la temática aquí considerada, si las siguientes síntesis (capítulos I y II) no le hacen justicia a sus esfuerzos y logros; si hemos dejado afuera aportes significativos, o si nuestras síntesis son deficientes, o incorrectas. Además, estamos conscientes de que los muchos practicantes de la arqueología de rescate en los proyectos de desarrollo nacional, están mejorando la cobertura geográfica de las investigaciones. A la vez, llamamos la atención a la necesidad de hacer públicos los descubrimientos de cada proyecto para el beneficio de nuestros conocimientos colectivos sobre el pasado y presente de los pueblos originarios. La ciencia no es un secreto, sino un elemento fundamental, tanto de la nacionalidad panameña, como de la educación holística de sus ciudadanos a todos los niveles.

[6] U. Constenla, *Las lenguas del área intermedia*; U. Constenla, *Chibchan languages*.

[7] Hoy en día, muchos arqueólogos prefieren usar estas iniciales, considerándolo incorrecto darles prioridad a los preceptos cronológicos de la fe cristiana (a. C./d. C.) sobre las creencias de las otras religiones internacionales.

[8] Llamado «Yebra» en el idioma local, según la apreciación aural de la fonética autóctona de parte de los españoles.

[9] Colón llegó a la localidad el 6 de enero de 1503 y permaneció allí hasta el 16 de abril del mismo año. Se consultó: F. Colón, *The life of the admiral Christopher Columbus by his son Ferdinand*.

[10] Por ejemplo: Newson, «Pathogens, places and peoples»; Nathan Nunn y Nancy Qian, «The Columbian exchange: A history of disease, food, and ideas», *Journal of Economic Perspectives,* volumen 24, 2010, pp. 163-188.

[11] D. Arias, «Una visión sintética del origen de los emberá y los wounaan en Colombia», *Revista Lotería*, número 446, Panamá, 2003, pp. 53-64.

[12] S. G. Coates y T. Stallard, «How old is the isthmus of Panama?»; León S. *et al*., «Transition from collisional to subduction-related regimes».

[13] Por ejemplo: Bray *et al*., «Early metalwork in Caribbean Colombia and lower Central America»; Cooke, «Orígenes, dispersión y supervivencia de las sociedades originarias de la subregión istmeña de América»; M. Martínez Mauri, *La autonomía indígena en Panamá*; P. Vargas Sarmiento, *Los emberá y los cuna*…

[14] «Arte de confeccionar objetos de piedras finas».

[15] «El comportamiento de los animales y los seres humanos».

[16] «Poseyendo varios significados».

[17] Labbé, *Guardians of the lifestream*, figura 56…

[18] Cooke, «The Gilcrease Collection and the Gran Coclé culture area…».

[19] «Un entramado de caña o bambú recubierto con barro».

[20] «En forma de animales».

[21] No es del agrado de todos que, tanto la arqueología precolombina, como el folclor, hayan sido dominados por una sola región en este istmo multicultural; es decir, ¡Gran Coclé en la arqueología y Las Tablas en el folclor!

[22] Se han suscitado discusiones acérrimas entre especialistas de múltiples disciplinas sobre la antigüedad del *cierre definitivo* del puente terrestre, así como de las conexiones terrestres anteriores entre América del Norte y del Sur; por ejemplo: O'Dea *et al*., *Science Reviews*, 2016. La emergencia geológica del Istmo se aprecia mediante animación en un *omniglobe* existente en el Museo del Canal Interoceánico de Panamá (nota del director).

[23] Jackson y D'Croz «The ocean divided...». Se recomienda, también, que se consulte: F. Rodríguez y A. O'Dea, *Historia natural de istmo de Panamá*; A. Coates (compilador), *Paseo pantera*.

[24] C. Colón, *Los cuatro viajes del Almirante*…; Price (editor), *Encyclopedia of the languages of Europe*; Diamond y Bellwood, «Farmers and their languages…».

[25] Véanse, por ejemplo, O'Fallon y Fehren-Schmitz, «Native Americans experienced a strong population bottleneck…».

[26] «Aquella región comprendida entre la zona lacustre y Nicaragua y las cuencas de los ríos Atrato y San Juan, cuyo levantamiento y posterior unión formaron el puente terrestre centroamericano».

[27] Por ejemplo, Paul Rivet, *Les origines de l'homme Américain*…

[28] Un excelente resumen de este panorama se encuentra en: Alfredo Castillero C., *Conquista, evangelización y resistencia*…; consultar, también, T. D. Arias, «Los cholos de Coclé...»; Cooke *et al.,* «Transformaciones sociales y culturales de los amerindios de Panamá»; Richard G. Cooke, «Los guaimíes sí tienen historia…».

[29] Cooke, «Alianzas y relaciones comerciales entre indígenas y españoles…».

[30] Por ejemplo, Barrantes *et al*., «Microevolution in lower Central America…»; Perego *et al*., «Decrypting the mitochondrial gene pool of modern Panamanians...»; Grugni *et al*., «Exploring the Y chromosomal ancestry of modern Panamanians…».

[31] Adolfo Constenla U., 1991 y 2012, *op. cit*.

[32] Richard G. Cooke, «Prehistory of native Americans…», *Journal of Archaeological Research*, 2005.

[33] D. R. Piperno, «Paleoethnobotany in the neotropics from microfossils…»; Piperno y Pearsall, *The origins of agriculture in the lowland tropics…,* Academic Press, San Diego, 1998; Dolores R. Piperno, «The origins of plant domestication in the New World tropics…»; Dolores R. Piperno *et al*., «Niche construction and optimal foraging theory».

[34] «La reconstrucción de los ambientes del pasado basada en investigaciones sobre la naturaleza y evolución del entorno físico, la vegetación y el clima».

[35] En la versión de este capítulo que se publicó en 2004, el primer autor optó por un sistema cronológico basado en el concepto de los «años antes del Presente» (a. P.), el que prescindió de la costumbre, que era muy popular en ese entonces entre muchos arqueólogos –y sigue siéndolo–, de adoptar la costumbre de la fe cristiana de hacer una división temporal en torno a la hipotética fecha del nacimiento de Jesucristo. Conforme esta modalidad, se divide la historia profunda en dos periodoperíodos *muy desiguales*: uno larguísimo denominado «antes de Cristo» (o «a. C.») y otro de poquísima duración: «después de Cristo» (o «d. C.»). Hay otra complicación: muchos arqueólogos alrededor del mundo que no profesan la fe cristiana, se opusieron, de manera que ahora se considera correcto en el ambiente académico suplantar la palabra «Cristo» con otra: «Común». Ya no se acepta «antes de Cristo» (o a. C.)» ni «después de Cristo (d. C.)», sino «antes de la Era Común (a. EC)» y «Era Común (EC)». Pero esto último no parece lógico tampoco, ¡puesto que, el concepto que aun rige la nomenclatura divisoria del pasar de los años, es el cristiano!

[36] Agradecemos la asistencia de Ron Hatfield, de Beta Analytic Inc., Miami, Florida.

[37] «Un periodoperíodo comprendido entre los 13000 y 10000 a. P. (aproximadamente 15500-11500 años atrás) el que se define por el calentamiento del clima, la desglaciación y rápidas oscilaciones de temperatura y precipitación de región en región».

[38] José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, 1892, p. 1.

[39] Por ejemplo, Rivet, *Les origines de l'homme Américain*, *op. cit*.

[40] Fagundes *et al*., «Mitochondrial population genomics supports a single pre-Clovis origin with a coastal route for the peopling of the Americas»; Kumar *et al*., «Large scale mitochondrial sequencing in Mexican Americans…»; Perego *et al*., «Distinctive paleo-indian migration routes from Beringia marked by two rare mt DNA haplogroups».

[41] Adovasio y Pedler, *Strangers in a new land*, pp. 217-227; Dillehay, «Probing deeper into first American studies»; Dillehay *et al*., «Monte Verde: Seaweed, food, medicine, and the peopling of South America».

[42] Dillehay, *Monte Verde: A late Pleistocene settlement in Chile...*
[43] Dillehay *et al*., «Chronology, mound-building and environment at Huaca Prieta, coastal Peru, from 13700 to 4000 years ago».
[44] M. R. Waters, y T. W. Stafford, «Redefining the age of Clovis: Implications for the peopling of the Americas», *Science*, volumen 315, 2007, pp. 1122-1126.
[45] Por ejemplo, Batista *et al*., «Mitochondrial DNA diversity in the Kuna Amerinds of Panama»; Kolman *et al*., «Reduced mt DNA diversity in the ngöbe amerinds of Panamá»; «Mitochrondrial and nuclear DNA diversity in Chocó and Chibcha Amerinds of Panamá».
[46] Perego *et al*., «Decrypting the mitochondrial gene pool of modern Panamanians…», *op. cit*.
[47] José de Acosta, *op. cit*.
[48] Ugo. A. Perego *et al*. , «Decrypting the mitochondrial gene pool…», *op. cit*.
[49] Cooke *et al*., «Radiocarbon chronology of early human settlement on the Isthmus of Panama (13,000-7,000 a. P.).
[50] Jaimes, «Nuevas evidencias de cazadores-recolectores […] en el Noroccidente de Venezuela».
[51] Adovasio y Pedler, *op. cit*. [nota 39], figura 23.6.
[52] Ranere y Cooke, «Late glacial and early Holocene occupation…».
[53] Pearson, «Pan-continental paleoindian expansions and interactions…», figura 38c.
[54] Cooke, «Orígenes, dispersión y supervivencia de las sociedades originarias de la subregión istmeña de América».
[55] Pearson, «Paleoindian dispersals and the origins of fishtail projectile points…»; G. A. Pearson, «An updated overview of Clovis across Middle America…».
[56] Ranere, «The Clovis colonization of Central America».
[57] Pearson y Ream, «Clovis on the Caribbean coast of Venezuela».
[58] Politis, G., «Discusión y consideraciones finales…», en: *Estado actual de las investigaciones en el sitio arqueológico Arroyo Seco 2*.
[59] Aceituno *et al*., «The initial human settlement of Northwest South America…».
[60] Ranere and Cooke, *Late glacial*…, *op. cit*.; Pearson, *Pan-continental*…, *op. cit*.; Ranere y Cooke, «Evidencias de ocupación humana en Panamá a postrimerías del Pleistoceno…».
[61] Pearson, *Pan-continental*…, *op. cit*.
[62] Pearson, *Pan-continental*…, *op. cit*., pp. 64-67; Pearson, «First report of a new Paleoindian quarry site on the Isthmus of Panama», *Latin American Antiquity*, volumen 14, 2003, pp. 311-322.
[63] Cooke, «Human settlement of Central America and northernmost South America...».
[64] Crusoe y Felton, «La alvina de Parita…».
[65] Cooke *et al*., 2013: figura 2a; Pearson 2017: figura 4a; Ranere, 2006: figure 4.2a; G. A. Pearson, *Pan-American Paleoindian dispersals*…, *op cit*., 2004.
[66] Cooke and Ranere, «Origins of wealth and herarchy…», figura 4e-f; Snarskis, «The lower Caribbean…», figura 8.2f.
[67] Gruhn *et al*., «Los Tapiales: A paleo-indian campsite in the Guatemalan highlands…».
[68] Ranere, 2006, *op. cit*., pp. 75-83.
[69] Cooke *et al*., 2013, *op. cit*.; Pearson and Cooke, «La Cueva de los Ladrones…», 2007.
[70] Comunmente representado en los mapas como «Alajuela», pero la ortografía correcta es «Alhajuela».
[71] Pearson, *Pan-vontinental*…, *op. cit*., pp. 67-71; Ranere y Cooke, *Late glacial*…, *op. cit*.; Pearson y Cooke, «The role of the Panamanian land-bridge during the initial colonization of the Americas».
[72] Pearson y Cooke, «Cueva de los Vampiros», figura 7d-f; Cooke *et al*., 2013, figure 2e y 5.
[73] Bird y Cooke. «Los artefactos más antiguos de Panamá».

[74] Núñez, Lautaro *et al*., «Cuenca de Taguatagua en Chile: El ambiente del Pleistoceno superior y ocupaciones humanas…».
[75] Bird and Cooke, 1977, *op. cit*.
[76] Véase el resumen en Cooke *et al*., 2013, *op. cit*.
[77] Nami y Stanford, «Dating the peopling of northwestern South America: An AMS date from the El Inga site, Highland Ecuador».
[78] Se estima que las temperaturas atmosféricas durante el Tardiglacial estaban en un 5-7% más bajas que las actuales, en tanto que la precipitación anual experimentó una reducción de un 25-40% (Piperno y Pearsall, *op. cit.* p. 91).
[79] Piperno y Jones, «Paleoecological and archaeological implications…».
[80] Piperno *et al.,* «Starch grains reveal early root crop horticulture…», *The origins of agriculture*…, *op. cit*., pp. 175-176.
[81] Estos no eran, forzosamente, descendientes de los inmigrantes más antiguos, los cuales, como señalamos atrás, podrían haber sido grupos pre-Clovis aún poco visibles en el registro arqueológico del Istmo.
[82] Para estas fechas no hay evidencia de las hachas de piedra, ni alisadas, ni por lo que se supone que las poblaciones en esta zona de Veraguas eliminaban los árboles descortezándolos o quemándolos con material combustible amontonado en las bases de los troncos.
[83] Calcedonias, ágatas y jaspes.
[84] La muestra lítica incluye a lasquillas de andesita preparadas por la técnica bifacial, véase: Ruth Dickau, S. D. Redwood y R. G. Cooke, «A 4,000-year old shaman's stone cache at Casita de Piedra, western Panama», *Archaeol. Anthropol. Sci*., 2012.
[85] Georges A. Pearson y R. G. Cooke, «Cueva de los Vampiros, Coclé, Panama: Nuevos datos sobre la antigüedad del ser humano en el istmo de Panamá», *Arqueología del Área Intermedia*, volumen 7, 2007, pp. 39-70; Diana R. Carvajal, R. G. Cooke y M. Jiménez, «Taphonomy at two contiguous coastal rockshelters in Panama: Preliminary observations focusing on fishing and curing fish», *Quaternary International*, volumen 180, 2008, pp. 90–106.
[86] Dolores R. Piperno, A. J. Ranere, I. Holst y P. Hansell, «Starch grains reveal early root crop horticulture in the Panamanian tropical forest», *Nature*, volumen 407, 2000, pp. 894-897.
[87] Richard G. Cooke y A. J. Ranere, «Prehistoric human adaptations to the seasonally dry forests of Panama», *World Archaeology*, volumen 24, 1992, pp. 114-133.
[88] Calcedonias, ágatas y jaspes.
[89] Wilson Valerio L., «Investigaciones preliminares en dos abrigos rocosos en la región central de Panamá», *Vínculos*, volumen 11, 1985, pp. 17-29; Wilson Valerio L., *Análisis funcional y estratigráfico de Sf-9 (Carabalí), un abrigo rocoso en la región central de Panamá*, tesis de grado, Universidad de Costa Rica, 1987.
[90] Patricia Hansell, *The rise and fall of an early formative community: La Mula-Sarigua, central Pacific Panama*, tesis doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Temple, Filadelfia, 1983, platos 54 a-d; Cooke y Ranere, *The origin of wealth and hierarchy*…
[91] Russel H. Mitchell, «Panama projectile points», *Panama Archaeologist*, volumen 3, 1960, pp. 22-34.
[92] La única especie reportada en los depósitos culturales del PeriodoPeríodo II-A, es el armadillo (*Dasypus novemcinctus*), en el Abrigo de Carabalí (véase, Richard G. Cooke y Anthony J. Ranere, «Human influences on the zoogeography of Panama: An update based on archaeological and ethnohistorical evidence», en: *Biogeography of Mesoamerica. Proceedings of a Symposium* (Mérida, Yucatán, México, 26-30 de octubre de1984), edición a cargo de S. P. Darwin y A. L. Welden, publicación especial del Mesoamerican Ecology Institute, Tulane University, Nueva Orleans, 1992, pp. 21-58, cuadro 2.

[93] Las excavaciones realizadas en 2002-06 en «Vampiros», no confirmaron la presencia de restos de peces y moluscos estuarinos en los estratos de los periodoPeríodos I-B y II-A, a lo mejor por razones edáficas (Diana R. Carvajal, R. G. Cooke y M. Jiménez, «Fishing, curing fish and taphonomy at two contiguous coastal rockshelters in Panama: Preliminary observations». *Quaternary International*, volumen180, 2007, pp. 90-106.

[94] Por ejemplo, Jane E. Dorweiler y J. Doebley, «Developmental analysis of teosinte glume architecture: A key locus», *American Journal of Botany*, volumen 84, 2001, pp. 1313-1322; Hugh H. Iltis, «Homeotic sexual translocations and the origin of maize (*Zea mays*, Poaceae): A new look at an old problem», *Economic Botany*, volumen 54, 2000, pp. 7-42.

[95] Dolores R. Piperno, Irene Holst, Klaus Winter y Owen McMillan, «Teosinte before domestication: Experimental study of growth and phenotypic variability in late Pleistocene and early Holocene environments», *Quaternary Internationa*l, volumen 363, 2017, pp. 65-77.

[96] Anthony J. Ranere, D. R. Piperno, I. Holst, R. Dickau y J. Iriarte. «The cultural and chronological context of early Holocene maize and squash domestication in the Central Balsas River Valley, Mexico», *Proceedings of the National Academy of Science*, volumen 106, número 13, 2009, pp. 5014-5018.

[97] Piperno, Dolores R, «The origins of plant cultivation and domestication in the New World Tropics», *Current Anthropology*, volumen 52, 2015, cuadro 1.

[98] Se cree que esta planta de origen africano llegó flotando en la corriente ecuatorial del suroeste a la costa norte de Suramérica desde donde se dispersó a otras regiones americanas. Sus semillas son capaces de germinar después de estar inmersas en agua salada durante 224 días (Piperny y Pearsall, *The origins of agriculture*..., *op. cit*., p. 140).

[99] Ruth Dickau, «Microbotanical and macrobotanical evidence of plant use and the transition to agriculture in Panama», en: *Integrating Zooarchaeology and Paleoethnobotany*, edición a cargo de Amber M. VanDerwarcker y T. M. Peres, Springer, 2010, pp. 99-134.

[100] Ruth Dickau, A. J. Ranere y R. G. Cooke, «Starch grain evidence for the preceramic dispersals of maize and root crops into tropical dry and humid forests of Panama», *Proceedings of the National Academy of Sciences,* volumen 104, 2007, pp. 3651-3656.

[101] Doris Weiland, «Prehistoric settlement atterns in the Santa María drainage of Panama: A preliminary analysis», en: *Recent Developments in Isthmian Archaeology*, edición a cargo de Frederick W. Lange, British Archaeological Reports, Oxford, 1984, pp. 31-53.

[102] Alexandra S. Bartlett y E. S. Barghoorn, «Phytogeographic history of the Isthmus of Panama, during the past 12,000 years. (A history of vegetation, climate and sea level change)» en: *Vegetation and vegetational history of Northern South America*, edición a cargo de Alan Graham, Elsevier, Nueva York, 1973, pp. 233-247; Dolores R. Piperno, *Phytolith analysis: An archaeological and geological perspective*, Academic Press, San Diego 1988, pp. 208-209.

[103] John C. Griggs, *The archaeology of Central Caribbean Panama,* tesis doctoral inédita, Universidad de Texas, Austin, 2005, pp. 309-324, figuras 245-246.

[104] Juan Guillermo Martín, F. Bustamante, I. Holst, A. Lara-Kraudy, S. D. Redwood, L. A. Sánchez-Herrera y R. G. Cooke, «Ocupaciones prehispánicas en isla Pedro González, archipiélago de las Perlas, Panamá. Aproximación a una cronología con comentarios sobre las conexiones externas», *Latin American Antiquity*, volumen 27, 2016, pp. 378-396, 2016.

[105] Se supone que los navegantes que llegaban a Pedro González zarpaban de alguna parte de la costa de la bahía de Panamá; es decir, una distancia por mar de aproximadamente 30 km si salieran de la costa darienita. Las aguas de la bahía de Panamá se vuelven muy picadas, máxime en las estaciones secas (enero-abril), cuando los vientos alisios soplan con gran fuerza. Deben anunciarse, no obstante, algunos *caveat*: 1) se han efectuado pocos reconocimientos en el archipiélago; 2) no se han ubicado otros sitios precerámicos enterrados; y 3) es imprescindible concentrar adicionales prospecciones en la isla del Rey,

con mucho la más grande del archipiélago (250 km^2). Por el otro lado, se esperan los resultados de la excavación de rescate efectuada en playa Don Bernardo en 2015. Las calas abrieron un área bastante más extensa que en los años 2007-2010 (7 x 4 x 4 metros). Después del rescate, el Grupo Eleta tuvo a bien subvencionar el demorado análisis. En este momento (septiembre, 2018), Sergio Castro (Uninorte, Barranquilla) y Máximo Jiménez (STRI) están analizando la arqueofauna, en tanto que Georges Pearson recién terminó un análisis detallado de la industria lítica.

[106] Richard G. Cooke y M. Jiménez. «Fishing at pre-hispanic settlements on the Pearl Island archipelago (Panama, Pacific), I: Pedro González island (4030-3630 cal BCE)», en: *Fishes-culture-environment through archaeoicthyology, ethnographyand history*, 15th Meeting of the Fish Remains Working Group, septiembre de 2009, Poznań and Toruń, Poland.

[107] Richard G. Cooke, T. A. Wake, M. F. Martínez-Polanco, M. Jiménez-Acosta, F. Bustamante, I. Holst, A. Lara-Kraudy, J. G. Martín y S D. Redwood, «Exploitation of dolphins at a 6000 yr old preceramic site in the Pearl island archipelago, Panama», *Journal of Archaeological Science: Reports*, volumen 6, 2016, pp. 733-756.

[108] Mike Buckley, R. G. Cooke, M. F, Martínez-Polanco, F. Bustamante, M. Jiménez-Acosta, A Lara-Kraudy, y J. G. Martín, «Archaeological collagen fingerprinting in the neotropics: Protein survival in 6000-year old dwarf deer remains from Pedro González, Pearl islands, Panama», en, *Zooarchaeology in the neotropics: Environmental diversity and human-animal interactions*, edición a cargo de M. Mondini, A. S. Muñoz y P. M. Fernández, Springer, 2017; María Fernanda Martínez-Polanco, M. Jiménez-Acosta, M. Buckley y R. G. «Impactos humanos tempranos en fauna insular: El caso de los venados de Pedro González (archipiélago de las Perlas, Panamá)», *Archaeobios*, volumen 9, número 1, 2015.

[109] James P. Clary, P. Hansell, A. J. Ranere y T. Buggey, «The Holocene geology of the western Parita bay coastline of central Panama», en: *Recent developments in isthmian archaeology*, edición a cargo de Frederick W. Lange, British Archaeological Reports, Oxford (International Series 212), 1984, pp. 55-83.

[110] Albina: «una zona plana que se cubre con las mareas más altas del ciclo lunar. Al vaciarse las mareas, la superficie se seca, dejando una delgada capa de sal», véase, Clary *et al*., *op. cit*.

[111] James P. Clary *et al*., «Holocene geology…», *op. cit*.

[112] Charles McGimsey, III, «Cerro Mangote: A preceramic site in Panama», *American Antiquity*, 1956, pp. 151-161.

[113] Una muestra de carbón vegetal hallada en el «estrato C» de McGimsey fue fechada en 6810±110 a. P. (7865-7480 años atrás); se recogió en el fondo de los suelos suaves justo encima de la zona arcillosa rojiza. Otra datación obtenida por Ranere en 1979 en la zona roja, dio 6670±215 a. P. (7985-7165 años atrás) (Beta-1219).

[114] Richard G. Cooke, «Archaeological research in central and eastern Panama: a review of some problems», en: *The archaeology of lower Central America,* edición a cargo de F. W. Lange y D. Z. Stone, University of New Mexico Press (School for American Research), Albuquerque, 1984, pp. 263-302.

[115] Véase, Richard G. Cooke. «Huaquería y coleccionismo en Panamá», *Revista Nacional de Cultura*, volumen 27, Panamá, 1997, pp. 50-66.

[116] Richard G. Cooke y A. J. Ranere, «Precolumbian fishing on the Pacific coast of Panama», en: *Pacific Latin America in prehistory: The evolution of archaic and formative cultures*, edición a cargo de Michael Blake, Washington State University Press, Pullman, 1999, pp. 103-122.

[117] Richard G. Cooke, D. S. Steadman, M. Jiménez-Acosta e I. Isaza-Aizprúa, «Precolumbian exploitation of birds around Panama Bay», en: *The archaeology of mesomerican animals*, edición a cargo de K. F. Emery y C. M. Götz, Lockwood Press, pp. 479-530; Richard G. Cooke, M. Jiménez y A. J. Ranere, «Influencias humanas sobre la vegetación y fauna de vertebrados

de Panamá: Actualización de datos arqueozoológicos y su relación con el paisaje antrópico durante la época precolombina», en: *Evolución en los trópicos,* edición a cargo de E. Leigh, E. A. Herre, J. B. C. Jackson y F. Santos-Granero, Smithsonian Tropical Research Institute, Panama, 2007, pp. 562-593.

[118] Richard G. Cooke y Anthony J. Ranere, «Human influences on the zoogeography of Panama…», *op. cit*.

[119] Aimée E. Huard, *Cerro Mangote: Interpretations of space based on mortuary analysis*, tesis doctoral, Graduate School of Binghamton University, State University of New York, 2013, figura 2.8.

[120] Richard G. Cooke, «Etapas tempranas de la producción de alimentos vegetales en la baja Centroamérica y partes de Colombia (Región histórica Chibcha-Chocó)», *Revista de Arqueología Americana,* volumen 6, 1992, pp. 35-70.

[121] Gordon R. Willey y Charles R. McGimsey III, *The Monagrillo culture of Panama,* Peabody Museum, Cambridge Mass., 1954, figuras 15 y 49.

[122] Piperno, Dolores R, *The origins of plant cultivation*..., *op. cit*.

[123] Aimée E. Huard, «Cerro Mangote…», *op. cit*., p. 184.

[124] Charles R. McGimsey, M. B. Collins y T. W. Mckern, «Cerro Mangote and its population», *Journal of the Steward Anthropological Society*, volumen 16, números 1 y 2, 1986-7, pp. 125-157.

[125] Estos son los entierros 20A, 23A, 26, 31E y 69. Las fechas proveídas por la Universidad de Arizona en 1988, son: AA-4942/44/45/46/47.

[126] Richard G. Cooke y Luis Alberto Sánchez, «Coetaneidad de metalurgia, artesanías de concha y cerámica pintada en Cerro Juan Díaz, Panamá», *Boletín del Museo del Oro*, volumen 42, Colombia, 1997, pp. 57-85, figura 6.

[127] Claudia P. Díaz, *Estudio bioantropológico de rasgos mortuorios de la Operación 4 del sitio arqueológico Cerro Juan Díaz, Panamá central*, tesis de grado, Universidad de los Andes, Santafé de Bogotá, 1999.

[128] Al pie de Cerro Mangote y cerca de la orilla coclesana del río Santa María, se ubica un extenso y profundo asentamiento cuya cerámica más antigua acusa una ocupación comprendida entre los 2200 y 1700 años atrás; véase, John Ladd, *Archaeological investigations in the Parita and Santa María zones of Panama*, Smithsonian Institution Bureau of the American Ethnology, Bulletin 193, Washington, D.C., 1964, pp. 154-184.

[129] Augusto Oyuela-Caycedo, «Rocks versus clay*:* The evolution of *pottery* technology in the case of San Jacinto 1, Colombia», en: *The emergence of pottery: Technology and innovation in ancient societies,* edición a cargo de J. Barnett y J. M. Hoopes, Smithsonian Institution Press, Washington, 1995, pp. 133-144, cuadro 1; se recalibraron las muestras Pitt 0155 y 0154 con Intcal13.

[130] R. G. Cooke y A. J. Ranere, *The origin of wealth and hierarchy*…, *op. cit*., p. 270, *contra* Oscar Fonseca Z., «La cerámica temprana de Costa Rica [...] (4000-2500 a. P.)», *Revista de Arqueología Americana*, volumen 13, 1997, pp. 41-68; Betty Meggers, «La cerámica temprana en América del Sur...», *Revista de Arqueología Americana*, volumen 13, 1997, pp. 7-40.

[131] Richard G. Cooke, «Monagrillo, Panama's first pottery (3800-1200 cal BC) summary of research (1948-1993), with new interpretations of chronology, subsistence and cultural geography», en: *The emergence of pottery: Technology and innovation in ancient societies,* edición a cargo de J. Barnett y J. M. Hoopes, Smithsonian Institution Press, Washington, 1995, pp. 169-184.

[132] Gordon R. Willey y Charles R. McGimsey, III, *The Monagrillo culture of Panama,* Peabody Museum Harvard University, Cambridge, 1954, figuras 12a-d, 46, 47a-d; Richard G. Cooke «Monagrillo, Panama's first pottery» *op. cit*., figura 14.2.

[133] Fumie Iizuka, R. G. Cooke, P. Vandiver y L. Frame, «Inferring provenance, manufacturing technique, and firing temperatures of Monagrillo Ware (ca. 4,800-3,200 BP), Panama's first pottery», en: *Craft and science: International perspectives on archaeological ceramics*, edición a cargo de M. Martinón-Torres y C. Cartwright. Doha, Bloomsbury Qatar Foundation, Qatar; *contra* Cooke, R. G., 1995; «Monagrillo, Panama's first pottery», *op. cit*.

[134] Willey y McGimsey, *The Monagrillo culture of Panama*…, *op. cit*.

[135] Griggs, *Archaeology of Central Caribbean*…, *op. cit*.; las fechas referidas a los tiestos Monagrillo son: Beta-121168/131421/131425/143855.

[136] Iizuka *et al*. «Inferring provenance…», *op. cit*.

[137] Olga F. Linares, *Cultural chronology of the gulf of Chiriquí,* Smithsonian Contributions to Anthropology, 8. Washington, D.C., 1968; Charles R. McGimsey, III, «Investigaciones arqueológicas en Panamá. Informe preliminar sobre la temporada de 1961-1962», *Hombre y Cultura*, volumen1, número 3, Panamá, 1964, pp. 39-55.

[138] Anthony J. Ranere, «Preceramic shelters in the Talamancan range», en: *Adaptive radiations in prehistoric Panama*, edición a cargo de O. F. Linares y A. J. Ranere, Peabody Museum Monographs, Harvard University Press, Cambridge, 1980, pp. 16-43.

[139] Por ejemplo, Francisco Corrales, *An evaluation of long-term cultural change,* tesis doctoral, Universidad de Kansas, Lawrence, 2000; Víctor J. Acuña, «La Florencia-1, un sitio precerámico en la vertiente atlántica central de Costa Rica», *Vínculos*, volumen 9, números 1 y 2, 1983, pp. 1-14.

[140] Dolores R. Piperno e Irene Holst, «The prescence of starch grains on prehistoric stone tools from the humid neotropics: indications of early tuber use and agriculture in Panama», *Journal of Archaeological Science,* volumen 25, 1998, pp. 765-776.

[141] Linda R. Perry, R. Dickau, S. Zarrillo, I. Holst, D. M. Pearsall, D. R. Piperno, M. J. Berman, R. G. Cooke, K Rademaker, A. J. Ranere, J. S. Raymond, D. H. Sandweiss, F. Scaramelli, K. Tarble y J. A. Zeidler. «Starch fossils and the domestication and dispersal of chili peppers (*Capsicum* spp. L.) in the Americas», *Science,* volumen 315, 2000, pp. 986-988.

[142] Dolores R. Piperno, K. H. Clary, R. G. Cooke, A. J. Ranere y D. Weiland, «Preceramic maize in central Panama», *American Anthropologist*, volumen 87, 1985, pp. 871-78.

[143] Por ejemplo, La «arenga» (*Opisthonema libertate*), la «catárnica» (*Selene peruviana*) y la «horqueta» (*Chloroscombrus orqueta*), véase Richard G. Cooke, «Prehistoric nearshore and littoral fishing in the eastern tropical Pacific: an ichthyological evaluation», *World Archaeology,* volumen 6, 1992, pp. 1-49; Cooke y Ranere, «Precolumbian fishing on the Pacific coast of Panama…», *op. cit*.

[144] Por ejemplo, Richard G. Cooke y G. Tapia, «Stationary intertidal fish traps in estuarine inlets […] on the Pacific coast of Panama: Descriptions, evaluations of early dry season catches and relevance to the interpretation of dietary archaeofaunas».

[145] Richard G. Cooke y M. Jiménez, «Pre-Columbian use of freshwater fish in the Santa Maria biogeographical province, Panama», *Quaternary International*, volumen 185, 2008, pp. 46-58.

[146] Richard G. Cooke, «La pesca en estuarios panameños: una visión histórica y cultural desde la Bahía de Parita», en: *Panamá: Puente biológico*, edición a cargo de S. Heckadon Moreno, Smithsonian Tropical Research Institute, Panamá, 2001, pp. 45-53.

[147] Mientras Cerro Mangote –el único sitio definitivamente ocupado en el PeriodoPeríodo II-B en el litoral del Pacífico– cubrió tan solo 1,750 m^2, se conocen siete sitios costeros con cerámica Monagrillo, de los cuales el conchero de Monagrillo (Boca de Parita) ocupó 1.4 ha, y el de Zapotal una ha.

[148] Cooke y Ranere, *The origin of wealth and hierarchy*…, *op. cit*., p. 273. Zapotal fue habitado desde los 4010±100 a. P. (4825-4235 años atrás) hasta 3580±80 (3980-3580 años atrás);

véase: Tanya Peres, *Coastal subsistence and settlement in the early ceramic: A zooarchaeological study from central Pacific Panama*, tesis doctoral, Universidad de Florida, Gainesville, 2001.

[149] Dolores R. Piperno, «Phytolith and charcoal evidence for prehistoric slash and burn agriculture in the Darien rainforest of Panama», *Holocene*, volumen 4, 1994, pp. 321-325; Mark B. Bush y Paul A. Colinvaux, «Tropical forest disturbance: palaeoecological records from Darién, Panama», *Ecology*, volumen 75, 1994, pp. 1761-1768. Parece que el maíz se sembraba a orillas de los pequeños lagos que fueron muestreados cerca de Cana, cuando los niveles de agua bajaban durante la estación seca exponiendo tierra fértil. Estas ciénagas se represaron hasta aproximadamente los 4000 a. P. (4600 años atrás), por lo cual no se puede determinar si la perturbación antropogénica en evidencia a partir de esta fecha, representa las primeras incursiones de agricultores en esta área.

[150] Iizuka *et al*. «Inferring provenance…», *op. cit*.

[151] Neville Harte, «El sitio Guacamayo», *Boletín del Museo Chiricano*, volumen 3, David, Panamá, 1996, pp. 3-7.

[152] Cooke, «Monagrillo, Panama's first pottery», *op. cit*., figura 14.3; Cooke, «Archaeological research…», *op. cit*.

[153] Matthew W. Stirling y Marion Stirling, «El Limón, an early tomb site in Coclé province, Panama», *Bureau for American Ethnology,* boletín 191, plato 27, 1964. Véase, también, Griggs, *Archaeology of the Central Caribbean*, *op. cit*., p. 130 y figura 68.

[154] Alain Ichon, *L' archéologie du Sud de la péninsule d' Azuero, Panama,* Études Mésoamericaines, Serie II, México, D.F., Mission Archéologique et Ethnologique Francaise au Méxique, México, D.F., 1980, figura 49a.

[155] Diana Carvajal, C. P. Díaz, L. A. Sánchez H. y R. G. Cooke, «¿Fue Cerro Juan Díaz, una aldea precolombina en el o la villa, el pueblo de indios de Cubita?», en: *Memorias del VI Congreso Centroamericano de Historia, Panamá*, 2006, pp. 100-123.

[156] Leo P. Biese, «Cerro Largo: An atypical gravesite in Central Panama», *Ethnos,* 1967, pp. 26-34, figura 6.

[157] Hans Feriz, «Zeugnisse einer unbekannten vokolumbischen Kultur in Panama», en: *Umschau in wissenschaft und technik,* Frankfurt am Mein, 1959, p. 23.

[158] Luis A. Sánchez Herrera, «Reporte tipológico y cronológico de los componentes cerámicos de cerro Cebollal (LP-134), La Pintada, provincia de Coclé», *Revista Española de Antropología Americana,* volumen 37, 2007, pp. 159-178. Los tiestos no Monagillo de Cebollal están ilustrados en las figuras 3a-b y q-v de este trabajo. En las postrimerías de la era precolombina, cuando se producían las vajillas monocromas (Cortezo) y policromas (Mendoza), parcialmente coevas con la conquista española, el Abrigo Cebollal fue utilizado como lugar de entierro y, tal vez, parar minar algún mineral cuya utilidad aún se desconoce; Sánchez, *op. cit*., Julia Mayo, A. Mojica, A. Ruíz, E. Moreno, C. Mayo y G. I. de Gracia, «Estructuras arquitectónicas incipientes y áreas de explotación minera prehispánica de las cuencas de los ríos Grande y Coclé del Sur, Panamá», *Revista Española de Antropología Americana*, volumen 37, número 1, 2007, pp. 93-110.

[159] Leo P. Biese, «Cerro Largo: An atypical gravesite in central Panama», *Ethnos,* 1967, pp. 26-34, figura 4p-q.

[160] Carvajal *et al*., «Fishing, curing fish and taphonomy», *op. cit*.

[161] *Op. cit*.

[162] Véase, por ejemplo, Walton C. Galinat, «The archeological maize remains from Volcán, Panama: A comparative perspective», en: *Adaptive radiations in prehistoric Panama,* Peabody Museum Monographs 5, Harvard University Press, Cambridge, edición a cargo de O. F. Linares y A. J. Ranere, Harvard University Press, 1980, pp. 175-180.

[163] Por ejemplo, en las cuencas de los ríos Belén y Coclé del Norte y en la Costa Arriba de Colón, consultar: John C. Griggs, *Archaeological survey and testing in the Belén river valley, Panama,* tesis de maestría, Texas Tech University, Lubbock, Texas; Griggs *et al*., *Un estudio preliminar arqueológico*…; Griggs *et al*., *Recopilación y presentación de datos ambientales y culturales...*; Robert D. Drolet, *Cultural settlement along the moist Caribbean slopes of Eastern Panama*, tesis doctoral, University of Illinois, Urbana 1980; Griggs, *Archaelogy of the central Caribbean, op. cit*.

[164] Russell H. Mitchell, «Preliminary report on wooden artifacts […]; varios artefactos de madera se hallaron en tumbas anegadas en Las Filipinas, Veraguas, véase Philip Dade, «Tomb burials in southeastern Veraguas», *Panama Archaeologist,* volumen 2, 1960, pp. 16-34.

[165] Samuel K. Lothrop, «Coclé: An archaeological study of central Panama, Part 2», *Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, volumen 8, Cambridge, 1942.

[166] Por ejemplo, Richard G. Cooke, «Panamá: Región Central», *Vínculos*, volumen 2, San José, Costa Rica, 1976, pp. 122-140; Richard G. Cooke, «Archaeological research in central and eastern Panama…», en: *The archaeology of lower Central America*, edición a cargo de Frederick W. Lange y Doris Z. Stone, University of New Mexico Press, Albuquerque 1984, pp. 263-302.

[167] Juan G. Martín-Rincón, «Panamá la Vieja y el Gran Darién» en: *Arqueología de Panamá la Vieja,* edición a cargo de Beatriz E. Rovira y Juan G. Martín-Rincón, Patronato Panamá Viejo, Panamá, 2002, pp. 230-250, (CD-ROM); Luis A. Sánchez H., «Panamá: arqueología y evolución cultural», en: *Artes de los pueblos precolombinos de América Central,* Museu Barbier-Mueller, Barcelona, 2002, pp. 115-145.

[168] Anthony J. Ranere y Richard G. Cooke, «Stone tools and cultural boundaries in prehistoric Panama: an initial assessment», en: *Paths to Central American prehistory*, edición a cargo de Frederick W. Lange, University Press of Colorado, Niwot, Colorado, 1996, pp. 49-77.

[169] Cooke, «The Gilcrease Collection», *op. cit*.

[170] Georges A. Pearson, «La industria lítica prehispánica de Panamá Viejo: Hacia una caracterización tipológica y tecnológica», *Canto Rodado*, volumen 1, 2006, pp. 133-156.

[171] «En forma de seres humanos».

[172] «Una capa de arcilla suspendida en agua con la que se cubre una vasija sin cocinar a fin de imperbealizarla y permitir que la superficie se pula y alise bien».

[173] «Que altera la superficie de la vasija en alguna forma, mediante incisiones, raspados, estampados, punteados y la aplicación de pedazos de arcilla húmeda».

[174] Holmes, *Ancient art of the province of Chiriquí*; MacCurdy, «A study of Chiriquian antiquities…».

[175] Consultar, por ejemplo, John M. Hoopes y O. Fonseca Zamora, «Goldwork and Chibchan identity: Endogenous change and diffuse unity in the Isthmo-Colombian Area», en: *Gold and power in ancient Costa Rica, Panama and Colombia*, edición a cargo de J. Quilter y J. M. Hoopes, Dumbarton Oaks, Washington, D.C., 2003, pp. 49-89.

[176] Scott Palumbo, M. Gloitko, S. Christensen y G. Tietzer. «Basalt source chacterization in the highlands of western Panama using portable X-ray florescence (pXRF) analysis», *Journal of Archaeological Science Reports*, volumen 2, pp. 61-68.

[177] John M. Hoopes, «The Tronadora complex: Early formative ceramics in Northwestern Costa Rica», *Latin American Antiquity,* volumen 5, número1, 1984, pp. 3-30.

[178] Véase el resumen en Richard G. Cooke y Luis A. Sánchez H., «Arqueología en Panamá (1888-2002)», en: *Panama: Cien años de república,* edición a cargo de Alfredo Figueroa, Manfer, Panamá, Editorial Universitaria, Panamá, 2004, pp. 111-149.

[179] Exceptuando una breve campaña efectuada por Sigvald Linné cerca de Boquete («Archaeological fieldwork in Chiriqui», *Ethnos,* volumen 1, Gotemburgo, 1936, pp. 95-102.

[180] La zona central del golfo de Chiriquí, los valles de El Hato y Cerro Punta en las faldas del Barú y la península de Aguacate en la laguna de Chiriquí (Bocas del Toro).

[181] Olga F. Linares, «Adaptive strategies in western Panama», *World Archaeology*, volumen 8, 1977, pp. 304-319; Olga F. Linares, «Conclusions», en: *Adaptive radiations in prehistoric Panama*, pp. 233-247; Olga F. Linares, P. D. Sheets y E. J. Rosenthal, «Prehistoric agriculture in tropical highlands», *Science*, volumen 187, 1975, pp. 137-145.

[182] Cabe aclarar que Linares y sus colegas descartaron como anómalas, tres fechas de ^{14}C obtenidas en uno de los sitios de Cerro Punta (Pittí-González): 2685±110 a. P. (3080-2465 años atrás), 2445±80 a. P. (2725-2350 años atrás) y 2310±80 a. P. (2700-2125 años atrás). Sin embargo, estas dataciones son cónsonas los datos paleoecológicos obtenidos por Behling en las lagunas de Volcán («A 2860-year high-resolution pollen and charcoal record from the cordillera de Talamanca in Panama: A history of human and volcanic forest disturbance», *The Holocene*, volumen 10, 2000, pp. 387-393.

[183] Catherine Shelton, *Formative settlement in western Chiriqui, Panama: Ceramic chronology and phase relationships*, tesis doctoral, Temple University, Filadelfia, 1984, figuras 4.1-4.4.

[184] Francisco Corrales, *An evaluation of long-term cultural change*…, *op. cit*. Algunos rasgos de la cerámica Darizara y Curré tienen paralelos en la pequeña muestra de tiestos hallados por Ranere en los abrigos rocosos del río Chiriquí, por lo que es prematuro presumir que no existan en esta provincia, conjuntos de cerámica más antiguos que el estilo Concepción.

[185] Linares *et al.,* «Prehistoric agriculture…».

[186] Linares y Sheets, *Highland agricultural villages*…, *op. cit*.

[187] Spang, Sara y E. Jane Rosenthal, «The Pittí-González site…», en: *Adaptive radiations in prehistoric Panama*...

[188] Linares y Sheets, *Highland agricultural villages*…, *op. cit*., p. 55; *The Pittí-González site*…, *op. cit*., p. 287; Olga F. Linares, «Ecology and prehistory of the Aguacate peninsula in Bocas del Toro», en: *Adaptive radiations in prehistoric Panama..., op. cit*., pp. 57-66.

[189] E. Jane Rosenthal, «Excavations at Barriles (BU-24): A small testing program», en: *Adaptive radiations in prehistoric Panama..., op. cit*., p. 292; *Formative settlement in western Chiriquí*…, *op. cit*. Uno de los petroglifos hallados por Stirling estuvo cubierto por una capa de ceniza (*ibidem*).

[190] Tefra: «Material sólido de cualquier tamaño lanzado por un volcán hacia la atmósfera, frecuentemente transportada por el viento».

[191] Karen Holmberg, «The cultural nature of tephra: 'Problematic' ecofacts and artifacts and the Barú volcano, Panama», *Quaternary International*, 2015, pp. 1-9.

[192] Sally P. Horn, y L. M. Kennedy, «Pollen evidence of maize cultivation 2700 aP at La Selva…», *Biotropica,* 2001, 33, pp. 191-196; L. A. Northrop y Sally P. Horn, «Pre-Columbian agriculture and forest disturbance in Costa Rica…», *Holocene,* 6, pp. 289-299, 1996.

[193] Linares, *Ecology and prehistory of the Aguacate peninsula*..., *op. cit*.

[194] *Advertencia*: Si bien es cierto que, tanto en Chiriquí y Costa Rica, como en el Panamá central y oriental, los datos paleoecológicos señalan que, cuando grupos de agricultores entraban en una zona de bosques y tierras vírgenes, lo hacían de manera invasora, es imprudente suponer que la dispersión humana hacia regiones montañosas y húmedas haya obedecido *en todos los casos* a un movimiento lineal de grupos grandes procedentes de zonas de clima estacional. Destacamos atrás que bandas de paleoindios se movilizaban en los bosques pleistocénicos de la vertiente del Caribe, en tanto que la presencia de costillas de manatí en Cerro Mangote indica que grupos precerámicos estaban activos en la costa atlántica durante el PeriodoPeríodo II-B, una observación cónsona con los descubrimientos de Griggs en Sitio Lasquita…, *op. cit*. Los recorridos efectuados por Griggs y su equipo encontraron evidencia de sitios del PeriodoPeríodo II-A en la caribeña región occidental del Canal.

[195] Wake *et al*., 2004, 2006, 2012; Wake and Mendizabal (*en prensa*).

[196] Thomas Wake, «Prehistoric exploitation of the swamp palm (*Raphia taedigera*: Arecacae) at Sitio Drago, isla Colón, Bocas del Toro, Panamá». *The Caribbean Journal of Science*, volumen 42, número 1, 2006, pp. 11-19; T. A. Wake, J. De Leon y C. Fitzgerald, «Prehistoric Sitio Drago, Bocas del Toro, Panamá», *Antiquity*, volumen 78, p. 300.

[197] Las fechas son: 1) 2820±50 a. P. (cal BC 760 [620] 415]; y 2) 2640±60 a. P. (500 [365] 200 cal a. C.). Consultar: Cooke y Ranere, *Wealth and hierarchy*..., *op. cit*., pp. 278-281, figura 9m; *The rise and fall of an early formative community*..., *op. cit*., figuras 37k-m y 41d.

[198] Hansell, *The rise and fall of an early formative community*…, *op. cit*., tomo 2, lamina 57; Ilean I. Isaza, *Desarrollo estilístico de la cerámica pintada del Panamá central*..., tesis de licenciatura, Universidad Autónoma de Guadalajara, México, 1993, pp. 88-93, figura 17.

[199] Hansell, *The rise and fall of an early formative community*…, *op. cit*. Una síntesis gráfica de la evolución de los estilos de la policromía de «Gran Coclé» se presenta en: R. G. Cooke y L. A. Sánchez, «Panamá prehispánico…», en: *Istmo…,* 2003, ilustración 10; y R. G. Cooke y L. A. Sánchez, «A reappraisal of the Tonosi research project...», en: *Misceláneas en honor a Alain Ichon,* edición a cargo de Arnauld, Charlotte *et al.,* Caudal, Guatemala, 2003, figura 2.

[200] Cooke y Ranere, *The origins of wealth and hierarchy*…, *op. cit*., p. 275.

[201] Hansell, *The rise and fall of an early formative community*…, *op. cit*., tomo 2, láminas 42-43; Ranere y Cooke, *Stone tools and cultural boundaries*, *op. cit*., figura 3.8.

[202] Cooke y Ranere, *The origins of wealth and hierarchy*…, *op. cit*., p. 281.

[203] *Ibidem*, figura 2.

[204] Máximo Jiménez, *Explotación de vertebrados acuáticos y terrestres*..., tesis de graduación, Escuela de Biología, Universidad de Panamá, 1999.

[205] Richard G. Cooke, «Cuidando a los ancestros...», en: *Panamá: Puente biológico*, *op. cit*., pp. 54-62; Claudia P. Díaz, *Estudio bioantropológico de rasgos mortuorios de la Operación 4*…, tesis de Grado, Universidad de los Andes, Bogotá, 1999.

[206] Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias...,* edición a cargo de J. Amador de los Ríos, Real Academia de Historia, Madrid ,1849-1855, tomo 2, pp. 126-129.

[207] Richard G. Cooke y Luis A. Sánchez H. «Coetaneidad de metalurgia…», *Boletín Museo del Oro*, volumen 42, Bogotá, 1998, pp. 57-85. Richard G. Cooke *et al.,* «Contextualized goldwork from 'Gran Cocle…», en: *Precolumbian gold…,* edición a cargo de Colin McEwan, British Museum Press, Londres, 2000, figuras 8.6, 8.7 y 8.8. Colágeno de la dentina del adulto arrojó una fecha de 1870±40 a. P. (cal 130 [250] 370 d. C.) confirmando su contemporaneidad con cerámica del estilo La Mula (no se hallaron vasijas enteras en esta sepultura).

[208] *Ibidem*. Es posible que los objetos de concha, oro y colmillos hubieran formado un solo artefacto ritual, como un delantal o una camisa.

[209] Richard G. Cooke *et al.,* «Who crafted, exchanged and displayed gold…?», en: *Gold and power in ancient Costa Rica, Panama and Colombia,* edición a cargo de Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, Dumbarton Oaks, Washington, D.C., 2003, p. 97, figura 2; *Archéologie de Sud de la Péninsule*…, *op. cit*., pp. 100-154; Armand Labbé, *Guardians of the lifestream*…, Bowers Museum, Los Ángeles, 1995, figuras 17, 22, 127; Luis A. Sánchez H., *Análisis estilístico de dos componentes cerámicos de Cerro Juan Díaz...,* tesis de licenciatura, Universidad de Costa Rica, San Pedro, 1995.

[210] Ichon. *L'archéologie du dud de la péninsule*…, *op. cit*., pp. 138-40, figura 41.

[211] Luis A. Sánchez H. y Richard G. Cooke, «¿Quién presta y quién imita?: orfebrería e iconografía en 'Gran Coclé, Panamá», *Boletín Museo del Oro,* volumen 42, Bogotá, 1998, pp. 87-111.

[212] Cooke y Sánchez, *Coetaneidad de metalurgia…, op. cit*., figuras 6c y 8; Cooke *et al*., *Contextualized goldwork from 'Gran Coclé*…, *op. cit*., figura 8.7.

[213] *Coetaneidad de metalurgia…, op. cit*., figura 6d; *Contextualized goldwork from 'Gran Coclé…, op. cit*., figura 8.7u.

[214] Julia Mayo T., *La industria prehispánica de conchas marinas en 'Gran Coclé, Panamá*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2004.

[215] Warwick M. Bray, «Sitio Conte metalwork…», en: *River of gold…, op. cit*., pp. 33-46.

[216] Las piezas panameñas del «Estilo Inicial» indican que ya se conocían: el martilleo en frío, el recalentamiento, el revestimiento con láminas muy delgadas y la fundición en moldes, tanto a espalda abierta, como usando núcleos de carbón y arcilla. Según Ilean Isaza, un fragmento desprendido de una figurilla de ave, hallado en la sepultura del «chamán» en Cerro Juan Díaz referida atrás, está compuesto de dos delgadas capas de diferentes proporciones de oro y cobre (una gran hazaña técnica). Aunque la presencia de osmio (un mineral parecido al platino) hace pensar que dicha pieza podría haber procedido del área cultural La Tolita-Esmeraldas, en la zona fronteriza de Colombia y Ecuador –conocida por ser el único centro metalúrgico que recurría regularmente al uso de este mineral– se ha reportado el platino en minerales panameños (*Who crafted, exchanged and displayed gold*, *op. cit*., p. 96).

[217] Peter S. Briggs, «*Art, death and social order*…», BAR, Oxford, 1989, pp. 20-45; «La diversidad social de Panamá central…», *Revista Patrimonio Histórico,* Panamá, Segunda Época, número 1, 1992, pp. 74-104.

[218] Richard G. Cooke, «El hachero y el carpintero...», *Revista Panameña de Antropología,* volumen 2, 1978, pp. 48-77; *Desarrollo estilístico de la cerámica pintada del Panamá central..., op. cit*., pp. 79-83, figuras 52-62. Un conjunto de vasijas sorprendentemente similares a las de este cementerio está exhibido en el museo de El Valle (Coclé).

[219] Cooke *et al.*, *Who crafted, exchanged and displayed gold…, op. cit*., p. 113.

[220] Cooke y Sánchez, *Coetaneidad de metalurgia…, op. cit*., figures 2 y 3; *Contextualized goldwork from 'Gran Coclé'…, op. cit*., figura 8.6.

[221] Richard G. Cooke, «Los impactos de las comunidades agrícolas…», *Actas del IV Simposio de Ecología Tropical,* INAC/STRI, Panamá, 1979, tomo 3, pp. 919-973; *Desarrollo estilístico de la cerámica pintada del Panamá central…, op. cit*.

[222] *Relación entre recursos pesqueros, geografía y estrategias de subsistencia..., op. cit*. Las especies marinas más frecuentes en las muestras: arenga, catarnica, ñaoñao (*Orthopristis chalceus*) y horqueta (*Chloroscombrus orqueta*), así como la cojinúa (*Caranx caballus*), cojinúa ojona (*Selar crumenophthalmus*), bonito (*Euthynnus lineatus*) y pez aguja (*Tylosurus*) esquivan aguas turbias por lo que habrían sido pescadas a distancias mayores que los 12.5 km.

[223] Capítulo 2, pp. 10-12.

[224] Matthew W. Stirling y Marion Stirling, «The archaeology of Taboga, Urabá, and Taboguilla islands of Panama», *Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology Bulletin*, volumen 191, Washington, D.C., 1964, pp. 285-348.

[225] Cooke, observación personal.

[226] Russel H. Mitchell, «Burial practices and shellwork of La Tranquilla (CZ3), Canal Zone», *Actas y Memorias del 30 Congreso Internacional de Americanistas,* México, D.F., 1964.

[227] *Estudio Bioantropológico..., op. cit*., Lámina 10.

[228] En inglés se conoce cómo «Relief Incised Brown Ware». Leo Biese, «Prehistory of Panama Viejo», Smithsonian Institution, Washington, D.C., 1964.

[229] Richard G. Cooke, «Cupica…», en: *Recent advances in the archaeology of the northern Andes*…, edición a cargo de Augusto Oyuela-Caycedo y J. Scott Raymond, Institute of Archaeology, California, Los Ángeles, 1998, figura 8.5a y c; Luis Máximo Miranda, *Aporte preliminar a la arqueología del oriente de Panamá,* tesis de licenciatura, Universidad de Panamá, 1973.

[230] Sigvald Linné, *Darién in the past…,* Goteborg, 1929, pp. 81, 90 y 154.